

CUANDO APRENDAMOS A LLORAR

SAMUEL BERTOMEU



Capítulo 1

CUANDO APRENDAMOS A LLORAR

Samuel Bertomeu

PRIMERA PARTE

11 de marzo 2021

9: 10 de la mañana

La puerta cruje cuando la abro. El viento la empuja fuertemente, estampándola contra la pared. El frío y el viento entran a raudales al mismo tiempo que me incitan a avanzar. No intento resistirme. Dejo el maletín en el suelo, al lado de la puerta. Y con gran esfuerzo, la cierro. Luego el silencio. Las ventanas, la madera... todo cruje. Ese es el silencio de la soledad, cuando ya no queda nada. Pero la casa está viva. No estoy solo. ¿Cómo he llegado hasta aquí? Me temo que todavía no puedo dar una respuesta.

Enciendo la chimenea, para que la casa entre en calor. Hace tiempo que está solitaria, esperándome. A mí...y a los demás. Sé que pronto la casa me hablará, me susurrará, me contara esas historias que quisiera a la vez olvidar y recordar.

Me siento en el escritorio. Es la hora de empezar. Saco el ordenador del maletín. Compruebo que la mesa está sujeta al suelo, con el trozo de papel debajo de la pata para que no se mueva. A través de la ventana, observo el temporal que hay fuera mientras alivio el frío de mis manos con mi aliento. La leña empieza a crepitar, y cuando el fuego desprende

su calor ya no tiemblo.

Saco del maletín un viejo cuaderno. Acaricio la cubierta, deslizando suavemente mis dedos sobre él. Esa textura de papel rugoso; acariciando el pasado con las yemas. Lo abro y extraigo una foto. Allí esta ella, con los ojos cerrados y... bueno, habrá tiempo para explicarlo. Enciendo el ordenador. Me detengo a pensar antes de teclear. ¿Cómo debería empezar esta historia?

1

Recuerdo su voz, su cálida voz agrietada estaría siempre en mi memoria. "No te preocupes, hijo mío..." diría. Recuerdo el tiempo dilatándose, oscureciéndose muy lentamente mientras buscaba su voz en algún rincón de mi memoria.

En la penumbra de mi habitación, mientras el resplandor de la luna se colaba por mi ventana me fijé en el sobre color crema que resguardaba esa invitación. El universo había conspirado contra mí, para que recordase que mi abuela ya no estaba.

"Acompáñame y te mostraré muchas historias. Historias de verdad" Una promesa.

Escuché la manecilla del reloj a lo lejos, en ese pulcro silencio de mi habitación. "Vete a casa y descansa" dijo papa, aferrado a la mano de mamá. Y allí estaba yo, a punto de salir, con el sonido de la ambulancia todavía presente en mi mente, llevándose a mi madre. Nadie me esperaría esa noche.

Salí rápidamente de la casa para olvidar.

2

Escuché la música, la percibí en el aire, primero como un susurro muy

lejano, luego como una canción.

El jardín estaba alumbrado por las luces. Me adentre sin que nadie reparase en mí. Solía hacerla algún vecino, una vez al año. Pero eso a mí me daba igual.

Mi abuela debería estar aquí, conmigo.

En mis manos tenía esa cámara, la misma que ella me dio antes de morir. Sintíendola frágil, tan frágil que mis manos la protegían del aire, como si pudiese colarse en su interior y romperla. Solo ella me diría lo necesario para no sentirme triste, ni asustado...para que no me sintiera culpable por lo de mamá.

Al lado de la mesa del jardín, la gente vaciaba sus copas para volver a llenarlas. No estaba allí simplemente para recordar a mi abuela. Quería olvidar la ambulancia en mi casa, llevándose a mi madre.

Eché un vistazo alrededor, buscando esas historias escondidas en los ojos de esos desconocidos. En el centro del jardín unos niños ansiaban alcanzar las bombillas que colgaban sobre sus cabezas. Yo también, en mi niñez, siempre saltaba mirando hacia arriba, estirando el brazo, intentando agarrar las bombillas con mis manos. A pesar de la vergüenza al recordarlo me pareció una bonita imagen, una bonita historia que contar. Apreté el botón y la máquina la escupió. La guardé en el bolsillo.

En otra parte, muy cerca de mí, jóvenes de mi edad seguían el ritmo de la música. Mirase donde mirase veía el mundo. Gente de todas las edades, antiguos amigos... gente mayor con los huesos desgastados que a pesar de todo tenían el deseo de divertirse. Veía a esos niños jugando juntos, empujándose, persiguiéndose... con sus risas, sus caricias... Observaba al mundo, tan lejos pero cerca a la vez, como un Dios que todo lo ve pero que ellos no son conscientes de que existe. Apropiarme de esas historias me hacían sentirme poderoso.

La música se alzaba, internándose en la gente. Intenté seguirla, al igual que los demás, moviendo caderas y brazos, riendo y bebiendo; besándose; abrazándose... celebrando que estaban vivos, que sentían...que eran felices. ¡Clic! Una foto más.

¿Me reconocería alguien? ¿Sabrían que soy el hijo de los Garbert?
¿Sabrían ya lo que había pasado? ¿Lo que yo había hecho?

Aunque mis manos ansiaran atrapar esas historias supe que este lugar no era para mí. Me faltaba ella. Esos eran sus amigos, los nietos de sus amigos, y yo...¿quién era yo?

Intenté reprimir mis lágrimas. Rabia, dolor, impotencia...Lo sentía todo. El ruido de la música, los gritos... Todo se acumulaba en mi cabeza.Y de pronto: Las sirenas."Los recuerdos siempre hacen ruido", decía mi abuela. Sin duda alguna... La ambulancia estaba allí, otra vez, en mi cabeza.

Dejé mis manos inertes.

Con la cámara colgada del cuello dirigí mis pasos hacía la calle.

En el instante en que me di la vuelta, con el rabillo del ojo, casi imperceptible, vi algo. Alguien dentro de la gente. Algo que desencajaba. Como una pieza en un rompecabezas equivocado. Dentro de esa multitud corriendo y bailando, ella estaba quieta como una estatua.

Ella.

Algo inverosímil, algo poético, como si el tiempo pudiese pararse y a la vez continuar. Insignificante para aquellos que pasaban por su lado. Una muchacha, vestida de blanco, en medio del jardín...con los ojos cerrados. Invisible para aquellos que no veían.

La contemplé durante unos segundos, eternos.

Decidí aproximarme, contemplar sus mejillas ruborizadas, mechones pegados por el sudor en ellas. Su respiración ralentizándose mientras el pecho subía y bajaba poco a poco, sosteniendo los zapatos en la mano. Sus pies descalzos se movían, sus dedos abrazaban la hierba. Podía sentir, yo también, su frescor con solo mirarlos.

Fui testigo de ese diminuto brillo en sus parpados, cuando la tristeza se le escurrió por debajo. Lágrimas brillantes en ese frágil y rostro blanco. Allí estaba lo que buscaba.

Mis manos ya no estaban inertes. Puestas alrededor de la cámara me la llevé a la altura de los ojos, enfoque bien, la encuadré y una vez listo apreté el botón.

3

Me encontré con su mirada. Unos preciosos ojos de color miel me observaban fijamente. Escondí la foto con sigilo en el bolsillo. Podría haberla evitado, marcharme de allí...Pero me había atrapado. El corazón

latía violentamente mientras el calor me recorría todo el cuerpo.

Empezó a caminar, temblorosa y cansada, escurriéndose entre la gente. Sus piernas se movían con elegancia, su vestido ondulaba... Se detuvo muy cerca de mí, con una media sonrisa entre sus labios. Archeó débilmente las cejas y me preguntó:

—¿Por qué?— su sonrisa desapareció.

Sentí el dulce aroma de su perfume mientras me quedaba en silencio, encogiéndome de hombros.

—¿Por qué?— insistió.

— Te he visto. — confesé

Su sonrisa reapareció de nuevo, más grande, más feliz... mostrándome sus blancos dientes.

Dejó caer los zapatos y se acercó a la mesa de las bebidas. Pidió dos rones con cola y me la ofreció sin preguntar. Le di las gracias y bebí.

Sus parpados volvieron a llenarse de tristeza

—Tranquilo...estoy bien.— Se enjuagó las lágrimas con el dorso de la mano, forzando una sonrisa en sus labios.

La música se detuvo en ese momento. El murmullo de la gente y sus risas parecían lejanas. Desvió la mirada hacia la cámara.

—¿Puedo?

—si...claro, por supuesto. - titubeé

La agarró entre sus manos con delicadeza.

—Son melancólicas...las fotos.—La estudió con la mirada.

Sin previo aviso apretó el botón. Un destello de luz inundo mis ojos.Cuando la foto salio, la chica sin nombre me la tendió.

Allí estaba yo, mi cara ocupando toda la foto, mostrando mis gruesas cejas, mi flequillo esparcido por mi frente y mis ojos inexpresivos.

—Lo que te decía. Melancólica.

—Eso no significa que este triste.- reproché

—Yo no he dicho que estés triste.

Me quedé en silencio. No sabía qué quería decirme, tal vez ni siquiera ella misma lo supiera.

—A mí todas me recuerdan el pasado. Incluso esta. Ahora ya ha pasado.

No sabía si estaba jugando conmigo. Ni siquiera cuando buscó mi mano y acercó sus labios a mi oreja....

—Bailemos — susurró y yo sonrojé.

Tiró de mí, mientras sus manos pequeñas, suaves y cálidas me agarraban del brazo, como si temiera que echara a correr. La seguí sin resistencia. Me rodeó el cuello, tiró de la correa de la cámara y la depositó con suavidad en una silla que había cerca. En todo ese proceso sus brillantes ojos no se apartaron de mi mirada.

¿Era yo o las luces empezaron a parpadear?. No conseguía dejar de ver esas sirenas en la oscuridad.

Volvió a tirar de mi, llevándome entre la multitud. Por mas que quisiera entenderlo no lo conseguiría. Yo era el observador, el que se mantenía al margen de todo. cuando le pregunté el por qué se detuvo un momento, pensativa, con los labios separados.

—Porque te he visto.—

Hubo algo en ello, por su forma de decirlo, con esa voz rota...parecía decirlo de verdad. No lo dijo como yo. Lo dijo de una forma que no sabría explicar. No como si me hubiese visto por casualidad, todo lo contrario, como si me hubiese estado buscando. A mí, justo a mí. Noté el brillo extraño en sus ojos, ocasionado por el alcohol, por la tristeza que salía de su pecho.

La gente se movía velozmente a nuestro alrededor. La muchacha se internó como pudo entre la multitud sin soltar mi mano. Y yo estaba allí, rodeando su cuerpo con mis brazos, sintiendo su calidez inexplicablemente como algo refrescante y agradable. Nunca había experimentado eso. Con ninguna chica...con nadie.

La gente empezó a gritar, a silbar... Los colores se mezclaban entre sí. Mis ojos se pasearon alrededor, volviéndome la vista confusa. La chica movió sus caderas de un lado a otro, levantando los brazos al aire, sacudiendo la cabeza , dejando libre su pelo... tiró de mí una y otra vez, sin conseguir

nada.

—Por favor...— No quería darse por vencida.

Cuando la música se apaciguó, se torno amable, cariñosa, como si quisiera envolvernos. La música era magia.

La gente seguía bailando cuando nosotros empezamos también. Lo hicimos juntos, mirándonos. La música se convirtió en sentimiento, el piano haciendo sonar las piezas del corazón. La gente hizo caso a las pautas. Sabían muy bien como interpretarlas. Un anciano rodeo a su esposa con las manos. Yo miré a la *mía*, a mi pareja. Dos rostros inexpresivos mirándose a los ojos, como si mirásemos el uno al otro nuestros pozos profundos llenos de oscuridad. Ninguno de los dos quería aproximarse demasiado, por miedo tal vez a descubrir nuestros secretos más ocultos.

La música lenta y triste... una melodía que poco a poco recorrió todo mi cuerpo. Solo existía ella, la música. Y ella, la chica sin nombre.

Las luces se desvanecieron sin extinguirse del todo. Las estrellas a lo lejos, casi invisibles, lejos, muy lejos, a años luz...nos observaban. Me las imaginé reflejadas en sus ojos mientras ella las miraba, escrutando el cielo. Nuestras palmas se unieron, nuestros dedos se aferraron. Y mi piel se estremeció. Puse mi otra mano en su cadera, su mano sobre mi hombro. Se avergonzó. Miró al suelo, observando sus pies descalzos. La tristeza de esa música nos cubrió como un manto sobre nuestras cabezas. Se pegó a mí.

Tal vez su deseo era abrazarme, tal vez yo lo anhelaré también. Dejó caer su cabeza sobre mi hombro. Nos movimos lentamente al compás, viajando con nuestros cuerpos pacíficamente. Al poco rato sentí la humedad... sus lágrimas atravesando mi camisa.

Sin saber cómo, una emoción desconocida me dio el valor necesario para abrazarla.

"Déjame dormir... Estoy cansado de mi dolor"

"Este es el susurro de la tierra,

allí donde las hierbas pueden cantar"

Palabras que se repetían una y otra vez en mi cabeza...

Y es que el recuerdo de aquella tarde a floraba de mi mente de repente. La ambulancia sonando, las luces alumbrando la noche...llegaba a nuestra casa y todo por culpa mía. Llegaron a tiempo. Justo a tiempo. "No lloraré".

Hacía tiempo que no lo hacía, aunque lo necesitara.

“¿Qué recuerdo la habrá hecho soltar sus lágrimas? ¿Querrá también descansar de su dolor? ¿De dormir... y tal vez no volver a despertar?”

La chica sin nombre me miró, con más lágrimas en sus ojos.

—Tengo que... volver a casa — parecía confundida, mirando a su alrededor.

Me dio las gracias y me soltó.

Me dejó atrás, allí de pie, sin más. Se fue corriendo, sin saber muy bien por qué. Fue como despertarse de un sueño, de aquellos que cuando te despiertas te preguntas si son de verdad.

Sentí miedo en mi interior, debajo de mi estómago. Miedo a estar solo, allí, sin nadie más. No pude decir palabra, como si alguien me hubiese atado una cuerda en la garganta, asfixiándome las palabras. No podía hacer nada más que observarla mientras sus pasos pisaban las ramas del suelo, adentrándose en la oscuridad.

Saqué la foto de mi bolsillo.

La miro mientras escribo todo esto. Allí estas tú. En el pasado. Y es que todas las fotos tienen una historia. Reconozco esa aflicción en tus ojos. Aquella tristeza ajena y sin embargo próxima.

No supe muy bien el porqué quería que te quedases, no entendí exactamente si al día siguiente te recordaría como un sueño, como uno de esos sueños que tratas de recordar nada más despertarte.

Ahora que lo sé todo, recuerdo lo ingenuo que era para no darme cuenta de que mi abuela, antes de irse, incluso antes de yo nacer me había preparado una última historia.

4

El móvil vibró sobre la mesita. Abrí los ojos en busca de su luz cegadora y lo apagué.

Me levanté en medio de la oscuridad y corrí la persiana. El sol entró débilmente en la habitación. Otra mañana más.

Me pregunté cuanto duraría eso. Si al levantarme las cosas habrían cambiado. Me vestí, me aseo y cuando fui al comedor, el desayuno ya

estaba en la mesa.

La tele estaba encendida. Miré a a mi alrededor, intentando encontrarla, temiendo que estuviese cerca de mí. No soportaba ver esa expresión en su cara. Esa rabia a través de sus ojos.

Me senté en la mesa, intentando hacer el mínimo ruido posible. Me llevé la tostada a la boca. Crujió justó cuando sentí sus pasos detrás de mí. Se sentó en el sofá. Inmune, mirando fijamente a la pantalla con los ojos en blanco, perdidos... con la mandíbula apretada. Habían pasado dos semanas desde el incidente.

La mujer del noticiario, junto con su acompañante llenó nuestro incomoda tensión. *"La ola de calor puede llegar de forma desprevénida durante la semana"*

Me estaba observando.

"¿Cómo un tigre mirando a su gacela?"

"Así es!"

Tenía miedo. Sus ojos inyectados en sangre parecían maldecirme. Desvió la mirada, con los labios fruncidos. Observe su cuerpo flaco, arrugado, piel amoldada a sus huesos; Las venas tensas a través de su fina piel. Desvié la mirada. Dejé la taza en la mesa. El saco de huesos se levantó del sofá. Vino hacía mi, agarró la taza de la mano y se fue a la cocina.

Una vez fuera, Rony se acerco a mi, con su pelaje rojo y a rallas, maullando. Lo arropé entre mis brazos. Su ronroneo resonaba en mi pecho, calmándome parcialmente del miedo. Juliana, nuestra vecina, estaba allí, observándome. Me miró sin saludarme. Los labios unidos, formando una línea recta. Giró la cabeza sin decir nada, caminando hacía su casa con el periódico en la mano. Estaba allí cuando lo dijo. El momento en que mi madre grito (mientras la subían a la ambulancia) que había sido yo. Sí. Recuerdo verla allí, al igual que todos los vecinos.

Dejé al gato al suelo, siguiéndome este, hasta la casa de la abuela.

Metí la llave. La cerradura se abrió y empujé la puerta hacía dentro, en el pulcro silencio que había heredado de mi abuela.

Me deslicé pegado a la puerta. Respiré profundamente. *"Nunca olvidarán lo que hice"*

Miré las paredes como si estuvieran desnudas, los muebles como si no estuvieran. La casa necesitaba esa voz que le daba sentido a su

existencia. Tomé fuerzas y me levanté.

Empecé en la cocina. Rebusque en el mueble donde descansaba la televisión. Había medicamentos, un espejo pequeño, un neceser con *toallitas* secas, un pintalabios usado color rosa...

Había alguna foto mía de cuando era pequeño, en sus brazos, allí en el recibidor. Sentí un inexplicable sensación de temor, de miedo al encontrarme con un recuerdo. Hacía dos meses de la muerte de mi abuela y todavía estaban sus cosas tal cual las dejó.

La casa estaba en silencio y por un momento detuve la mirada en el sofá de cuero marrón, donde me sentaba cuando me daba un helado con chocolate, poniendo en mi regazo ese pequeño trapo de cocina para no mancharme. Era hora de recoger lo que me quedaba de ella.

Lo guardé en una caja de cartón. Todo objeto de recuerdo, todas las pequeñas historias que me hablaban de ella... Y sin darme cuenta, descubrí que esos objetos conservarían su historia, su vida. Con la certeza de que cada uno de ellos me haría viajar en el tiempo,

Tal vez si lo frotaba..., como si fuera a salir un genio... pidiendo el deseo de volver a verla...Estaría allí, a mi lado, otra vez. Al tocar ese cepillo rosa con sus púas desgastadas la volví a ver allí delante del espejo, tirando de sus rizos grises con suavidad mientras me sonría a través de su reflejo. Ella me veía a mí y yo a ella.

Limpié el cepillo de los pocos pelos que quedaban.

Durante media hora, antes de que todo el vecindario despertara estuve tumbado en su cama, recordando, pensando y anhelando que en cada rincón de esa casa nada de ella desapareciera por completo.

Debajo de su cama había algo muy valioso. Lo más importante. Y fue entonces, al agacharme para sacarlo, cuando recordé todo lo demás.

Abrí esa maleta. La que había debajo de su cama. Era Grande, de cuero; con las correas desgastadas. Dentro había Hombres, mujeres, niños...simples desconocidos, coleccionadas de sus viajes. Eran su mundo, eran su vida... Fotografías, algunas en blanco y negro. Robaba vivencias para entregármelas

—Coge una, hijo, y te contaré una historia.—

El hombre sin camisa, la gente asustada por algo, el ave deformada por la lluvia furiosa sobrevolando la ciudad.

Y la niña del helado. Relamiéndose los labios.

Eran Historias dulces, a veces tristes, a veces demasiado reales. Y es que nunca olvidaré esas palabras. Esas que se repiten; a momentos; en sueños...una voz del pasado que una vez fue la mía: Sigue contando abuela.

Cuando me hablo de la niña del helado me mantuve expectante, ya que empezaba así:

“ Erase una vez una niña...La niña aprendió a hablar, a conocer nuevas palabras, hasta que un día descubrió en lo profundo de su ser una palabra que sabía pronunciar, incluso escribirla pero que no conocía. Una palabra que tristemente nunca pudo usar. Era una palabra especial, porque no podía decírsela a cualquiera. Era un nombre; una prueba de amor...”

Cuando contaba esas historias la sonrisa de mi abuela nunca desfallecía, nunca vi ni una lágrima, ni siquiera un poco de tristeza. ¿Por que debía hacerlo?

Cuando cerró los ojos para siempre se llevó con ella todas sus historias... aunque pensándolo bien yo todavía guardo esos momentos en los que me convertí en testigo de su vida.

–Sigue contando abuela.

Sin darme cuenta, en tan solo un segundo se me humedecieron los ojos, al descubrir que ya nunca más volvería a pronunciar esas palabras.

Pensándolo ahora... Aquí, en presente; el que soy ahora; mis lagrimas asoman por los recuerdos.

Me llevé la mano al bolsillo y extraje esa foto que te hice a ti. Esa muchacha que conocí en ese día que me gustaría olvidar y a la vez recordar. Te metí con suavidad en la maleta, como una historia más que necesitaba resguardar junto con las demás historias de mi abuela.

5

Había una segunda *casa*, en un callejón que terminaba repentinamente cerrado por una barandilla.

El pueblo en el que me críe se mantenía a cuatro metros sobre el río. Me gustaba acercarme lo suficiente para observar la corriente. Esa paz

infinita... Dejaba la bici apoyada entre maceta y maceta, encima del hierro oxidado de la barandilla. Las flores, colgadas allí conferían un toque alegre, con sus verdes hojas. No tenía ni idea de plantas, ni sus clases, ni siquiera sus nombres... pero sabía que debían ser las preferidas de Clara.

Justo en la puerta de la librería mantenía colgado un cartel escrito a mano que decía:

"Vuelvo en segundos, disculpen las molestias"

Miré el reloj, todavía tenía tiempo para llegar a la cita con Ada.

Esperé pacientemente mientras observaba a través del escaparate, con las manos en los bolsillos. Podía respirar, nada que temer. Estaba a salvo en ese callejón, sin que nadie me viera, sin nadie que supiera que yo era el hijo de los Garbert. Lo estaría aún más dentro de la librería.

Observé mi reflejo. Tenía los ojos demacrados, agotados... el rostro decaído y triste. Mis cejas grandes y pobladas parecían furiosas.

"Quiero leer algo triste" La pena ajena siempre es más fácil de aceptar que la nuestra. El verano estaba a punto de empezar. El hecho de encontrarme siquiera con un compañero fuera de clase significaba apartar la vista y esconder mis ojos a través de ese flequillo. No quería mentirme, sabía que veían en mí, y del qué se reían: de un chico raro, diferente, a quien no le gustaba el fútbol y que prefería estar leyendo un libro. No tenía a nadie salvo a Ada.

—Perdona, ¿podrías...?

Su presencia me sobresaltó

Clara estaba justo a mi lado, con una caja grande en las manos. La llave de la tienda estaba encima.—Si, claro, por supuesto. Tendí mis brazos y ella la dispuso sobre ellos y metió las llaves en la cerradura. En se instante, mientras la observaba, intenté ver en su rostro una pizca de inquietud al verme allí...saber si también habría llegado a sus oídos lo que yo había hecho. Cuando al fin abrió la puerta el tintineo sonó como diminutos cristales lloviendo del cielo.

Se dio a un lado, dejándome pasar, y cerró la puerta detrás de mí. Dejé la caja en el suelo, al pie del mostrador.

—Perfecto, aquí está bien. Muchísimas gracias.

La mujer me sonrió, como hacia de costumbre. Si realmente había

escuchado los rumores lo disimulaba muy bien.

La estancia era pequeña y acogedora. Era una librería escondida en un callejón de la ciudad, donde se guardaban cientos de historias. Historias que existían antes de que yo naciera, esperando a ser descubiertas por mí, que mis manos pudiesen pasar entre sus finas capas de polvo, esperando a ser consumidas, a ser devoradas poco a poco.

Me acerqué a las estanterías, estudiando los títulos. Sabía lo que iba a encontrar antes de verlo. Sabía que después de *Jane Eyre* inexplicablemente había un libro de *Kafka* que en su día se había colado en esa sección y allí se había quedado. Era lo agradable de esa habitación, esa trampa para lectores que debían preguntar a la mujer para encontrar aquello que buscaban. O ser como yo, estudiar, memorizar por sí mismos, con los dedos... la textura de esos libros mezclados y recordarlos.

La mujer se había acostumbrado a que rebuscase por todas partes. Parecía incluso complacerla —Aunque a veces me fuese con las manos vacías—. Nunca me miró con indiferencia, sin embargo nuestras voces apenas se conocían. Solía relajarse detrás del mostrador, leyendo un libro, esperándome a que terminase mi búsqueda.

Me arrodillé, sacando libro tras libro. Ningún título me llamaba realmente la atención. Observé la estancia una vez más...por si acaso. Aún sabiendo que después de *La Isla del tesoro* a su lado estaba *Fahrenheit 451* y que al lado de este... "Espera. No." Estaba seguro de que allí se encontraba uno sobre *Jane Austen*. Sin embargo un libro oscuro sustituía su lugar.

Al fin uno nuevo. Como buscar un huevo de pascua escondido.

Lo saqué con el máximo cuidado. Me daba vergüenza si en ese momento Clara me observaba y me viera sonreír.

No había título, no había nada salvo un estampado en relieve de unas rosas negras. Solo recuerdo abrirlo. Fue suficiente para saber que algo como aquello era como encontrar un tesoro escondido, una reliquia.

El corazón se avivó y se descontroló como un fuego. Sabía que eso no debía estar allí. Luego llegó el dolor en el pecho, por el miedo, por pensar en la idea de llevármelo, de mentir, de hacerme el despistado.

Los segundos en los que me acerqué de la estantería hacía el mostrador fueron eternos. Puse la isla del tesoro encima del cuaderno negro, teniendo todas las de perder a mi favor.

Clara apartó a un lado para verlo con sus propios ojos.

—Hoy te llevas dos...- sonrió.

Me observó a través de esas gafas. Lo hacía siempre, cada vez que yo contemplaba los libros, y eso no me molestaba. La conocía a través de su mirada, de su físico. Esos ojos oscuros, ese pelo color ceniza...ella me conocía desde que era pequeño. Pero ese día percibí una inquietud, un aviso de algo, una mirada distinta en esos ojos oscuros. Por primera vez después de tanto tiempo intuí que la mujer deseaba decirme algo. Observó el cuaderno y esperé a que me dijera lo peor. Que me dijera que eso era personal, que tal vez fuera su diario, que su cabeza le había dado pie a una confusión mientras ordenaba la estantería... Sin embargo al verlo allí no dijo nada. Le tendí el dinero sobre el mostrador y me deseó que lo disfrutase.

Solo al salir me di cuenta de que me había cobrado el precio de la isla del tesoro, como si no hubiese visto esas rosas negras en ningún momento.

11 de marzo 2021

11:25 de la mañana

Supongo que la historia ya ha empezado.

Hablo de un pasado lejano, de una muchacha que apenas conocí y de un libro especial que encontré una vez.

Nunca sé donde encontrarle un principio cuando explico una historia. Es inútil poder decir que este sea su principio, o que empezó mucho antes de escribir la primera palabra. Sea como sea *mi* historia empieza justo aquí, cuando salgo de la librería con un cuaderno en las manos.

Una parte de mí sabía que esto es el final de otra historia. Una historia que...

No. Todavía es demasiado pronto para pensar en ello. Me preparo una taza de café, para aliviarme. Me detengo a pensar mientras saboreo el aroma que desprende.

Descubrí la librería gracias a mi padre. Me llevaba con él en sus brazos, desde que era un bebé. La época en la que quiso aprender inglés o a tocar la guitarra, por ejemplo, compró sus respectivos volúmenes en esa tiendecita. Desde que tengo uso de razón nunca dejé de acudir a ese

lugar.

Pienso en esa tarde saliendo con el tesoro de la isla y ese cuaderno en mis manos, sin poder evitar devolverle la mirada a la mujer, observándome a través del escaparate.

Miro al pasado como si estuviera delante, como un ser omnipresente que todo lo ve. La veo sonreír, sin yo saberlo, tal vez un poco inquieta.

Puedo saber lo que siente, o eso me gusta imaginar. La observo días antes, con el cuaderno en sus raspadas manos, buscando un rincón adecuado dónde colocarlo. La observo decir a un cliente que este cuaderno no está en venta, que se ha equivocado, que ha sido un error. Le obliga amablemente a dejarlo en el mostrador, ofreciéndole una sonrisa. Luego, un poco más tarde la veo devolviendo el cuaderno en un sitio más escondido, un sitio donde muy pocos saben buscar.

Vuelvo a recordar ese día, yo saliendo con el cuaderno en la mano. Ella está allí, sonriendo, al saber que al fin, yo, lo he encontrado.

6

La vi sentada en el banco, de espaldas a mí. El río reflejaba la luz del sol con todo su esplendor. Con el brazo estirado en el respaldo, Ada observaba como el sol se escondía lentamente. Me acerqué con sigilo, con la bici en mis manos. A dos metros de ella se escondía la famosa furgoneta roja con cortinas a rayas colgadas en las ventanillas. Sonreí.

Avancé hacia ella, sigilosamente. Su mano se movía frenéticamente, despellejando el banco de su pintura verde, llevándose los restos con las uñas.

Dejé la bici detrás del banco y me senté a su lado.

Sus ojos estaban ocupados, contemplando silenciosamente la luz. La miré. Esa nariz de perfil, puntiaguda... y esos labios esponjosos, un poco agrietados. Se los humedeció como si se hubiese puesto brillo de labios.

Lo primero que dijo es que se había cortado el pelo, como si no fuera evidente. Ya no llevaba el largo cabello que le llegaba hasta la cintura. Ahora le rozaba levemente el cuello, largo por los lados, cayendo en descendiente por delante.

Se lo peinó hacia atrás con la mano. Un mechón le ocultaba la parte derecha de la cara.

Silencio.

Cuando se lo cortaba era para dejar algo atrás, algo sobre lo que quería deshacerse. Nos quedamos mirando el firmamento, el río pasar lentamente ante nosotros,

— Creí que no querías compartir este lugar conmigo. Juntos.

—Es cierto... Pero aquí estamos.

—¿Y que hacemos aquí?

Otra vez ese silencio, sabía que ahora debía dejarla unos segundos.

—Cuando descende el sol este lugar es triste ¿O solo me lo parece a mi?

—Es posible...— le sonreí con ternura y ella me devolvió la misma sonrisa.

—Casi sin darnos cuenta el sol se marcha. Contemplamos algo tan bello que si apartamos un instante la mirada no vemos como desaparece.

Parecía a punto de llorar. Pero resistió.

Conocía la historia. Su madre llevándola de la mano, sentadas, mirando el mismo cielo crepuscular. Era para avisarla, para prepararla de lo que estaba a punto de ocurrir. Cada vez que lo ve la recuerda. El momento en que se le escurría de la mano, desvaneciéndose poco a poco. Las lágrimas empezaron a deslizarse lentamente. Me había explicado esa historia muchas veces.

—Lo siento...me ha abierto los recuerdos. Hoy estoy sensible.—y se echó a reír sin ganas.

—Esta bien desahogarse de vez en cuando— tenía la garganta echa un nudo.

—Ya no soy una niña Julen. —Se secó las lágrimas de los ojos — He venido aquí porque no sabía donde ir.

Miré la furgoneta, allí, oculta. Había pasado la noche en asientos desplegados. Sabía que su ropa estaría colgada de una percha en el maletero con las zapatillas debajo del asiento delantero.

—¿hoy no trabajas?

—No, hoy no. Y eso ha sido peor para él. Si no fuera por mi, el muy cerdo se estaría mordiendo el brazo.

Intenté mirar su cuerpo, sus brazos. Pero estaban rodeados con una fina chaqueta de verano. Cuando se lo pregunté me temblaron los labios.

—No, por Dios, tranquilo, no me ha hecho daño.

Nunca me dijo que la pegase o le hiciese daño, nunca lo insinué siquiera...pero todos conocíamos a su padre.

Se levantó. y yo hice lo mismo. La seguí hacia la furgoneta, con la bici en mano. Al abrir la puerta encontré la cama improvisada que había hecho con los respaldos. Metió la mano detrás del asiento del acompañante y sacó su neceser.

—Como si estuvieras en tu casa...— me señaló con la mano.

Me senté encima de su *cama*, con las piernas colgando. Tenía suerte de tener esa furgoneta. Era lo único bueno que pudo quedarse de su madre.

Sacó el dentífrico y se lavó los dientes en la pequeña fuente para beber. Terminó escupiendo en el suelo.

—¿A donde quieres ir? - dijo mientras se acercaba - ¿que quieres hacer?

Miré el reloj.

— No tengo ni idea.

—¿Que tal unas birras.?

Suspiré. El sabor de una cerveza bien fría en ese caluroso verano. La compañía de un alma solitaria como la mía, intentando evadirnos de nuestros problemas. Juntos.

—Pero ni siquiera son las once. — Sonreí. Era el momento de dejar las preocupaciones encerradas.

— Entonces me parece aún mejor.

Había tomado copas de más, suficientes para desorientarme levemente, notar el peso en mi cabeza y sobre mis hombros. Después de unas birras pedimos dos pizzas, como siempre. Ella la margarita y yo la de cuatro quesos. Durante breves momentos se quedaba callada, mirándome atentamente, con la pizza intacta en su mano.

Después de tomarse demasiadas solía ponerse contenta, más de la acostumbrada, pero después de todo el día juntos parecía extraña.

—Hoy estás un poco rara. ¿te pasa algo?

Negó con la cabeza, Fue la segunda persona en un mismo día que me pareció que estuviera a punto de decirme algo importante pero que al final no lo hizo.

Cuando anocheció me llevó a casa. No solía conducir cuando había bebido, pero tampoco se emborrachaba nunca. Esperamos dos horas mientras charlábamos hasta que se le pasó el efecto.

Se despidió con un beso y me abrazó tan fuerte que noté que algo la afligía y se moría por decirme. No quise insistir, sabía que la presión no la haría hablar.

— Mañana hablamos ¿vale? Tengo algo importante que decirte.

Podría haber insistido, pero sabía que la mejor forma era dejar que ella misma decidiera cuando decirlo. Nos dijimos "hasta mañana". Los domingos quedábamos siempre en la cafetería, como un ritual.

Llegué tarde a casa. Al entrar escuché los leves ronquidos de mi padre. Ya estaba durmiendo después de un día lleno de trabajo.

La casa estaba en silencio, mi madre relajada en el sofá. La mesa todavía tenía migas de pan. Estaba esperándome, para saber si estaba dispuesto a cenar. Al ver que no me dirigía al comedor se levantó furiosa y recogió la mesa, con el trapo en la mano, arrastrando las migas hacia el suelo.

Podría haberla dicho que no vendría a cenar, pero no lo hice, no lo hacía desde lo ocurrido.

Las paredes eran de papel. Escuché las voces de mi madre en la cocina. Quejándose, maldiciendo con mi nombre en sus labios. Las voces, los gritos siempre viajando como un soplo, colándose entre las grietas.

Me sentí mal, que pensaré que quisiera hacerla daño. Cuando en realidad temía escuchar su voz a través del teléfono y decirle que no vendría. Me

sentí estúpido y Cobarde.

Me quedé con las manos apoyadas en la puerta, haciendo presión.

Al poco rato, cuando mi madre se acostó en el sofá, me atreví a entrar en la cocina y salí de casa, con la comida sobrante envuelta en papel de aluminio. Antes de abrir la puerta de la caseta mi preciosa perra blanca movió la cola de un lado a otro, relamiéndose.

Cordero con setas y pimentón rojo y verde. Se lo zampo de un bocado. Su estómago se contraía, moviéndose la única mancha marrón que había en su espalda. Al terminar, paseamos un rato hasta llegar al río.

De vuelta a casa me metí en mi habitación y cerré la puerta.

Saqué el cuaderno de la bolsa, mirándolo con detenimiento bajo la luz de la cómoda. Acaricié el relieve. Esa extraña sensación de tener el diario de un desconocido.

Si hay algo más fuerte que escribir tus propios pensamientos es dejarlos en manos de un extraño.

Antes de abrirlo dirigí la vista hacia la cámara, descansando en la estantería.

La chica sin nombre. Tú. Otra vez apareciendo en mi mente de forma fugaz y desaparecer de la misma forma, volviendo cuando te venía en gana. Como la adrenalina. Fuerte y breve por momentos... la sensación de que algo va a ocurrir.

Quería que esa misma sensación, al yo recordarte, fuera simplemente para mí, que nadie, ni siquiera con la única persona con la que sería capaz de hablar, Ada, supiese nada de ti.

Verte en esa imagen me transportaba a ese preciso momento, consiguiendo olvidar por un momento todo lo malo. Eras el secreto máspreciado y guardado. Como las historias que solos yo y me abuela conocíamos. "Tal vez, si estuviera viva, le hubiese hablado de ti" pensé.

Cerré los ojos, observándote otra vez bailando. Preguntándome como era posible que en ese momento tan afligido nuestros caminos se hubiesen cruzado. ¿Qué hubiera pasado si no hubiese hecho la foto? ¿Si simplemente me hubiese acercado a ti? ¿si no te hubiese dejado escapar?

Todo podría haber sido muy diferente.

¿Cuál era tu historia?

Volví a sentir el abrazo de Ada cuando salimos del bar, ese sentimiento tan doloroso que me transmitió cuando lo hizo. Y de pronto ya no era Ada quien me abrazaba, sino tú en ese jardín, llorando sobre mi hombro.

Me avergoncé conmigo mismo cuando te imaginé llorando por mí. Imaginándome que me conocías, que percibías hasta las emociones incomprendidas que habitaban en lo más profundo de mí ser.

Me hubiese gustado llorar por ti. La pena ajena me parece mas fácil de asimilar que la mía propia.

Desvanecí ese pensamiento mientras reflexionaba. ¿Qué hubiese pasado si yo no hubiese ido a esa fiesta? ¿Qué hubiese pasado si esa tarde noche mi madre... si yo no...?

A veces era mejor no preguntárselo.

Encendí la lámpara de la cómoda. Abrí el cuaderno...observé esa caligrafía perfecta, con sus páginas finas, La luz dejó entrever las letras de su reverso. Parecían flotar sobre el papel, como si este no existiera.

Leí sus primeras palabras. Al día siguiente no las recordaría. Era tarde, estaba cansado. Prácticamente me quedé tirado en la cama hasta que me dormí.

8

En sus manos nacieron las manchas de la vejez, o tal vez de la enfermedad. Mamá agarró la cesta de la ropa, las arrugas se estiraron, sus dedos se adhirieron a la cesta, sus brazos se tensaron. Allá donde la vieras solo pensabas en el dolor.

A pesar de todo, se mantenía en constante movimiento, como si nada. Nunca salía de casa, se pasaba los días cambiando algún mueble, cosiendo alguna prenda...

intenté averiguar, sin resultado, que pensaba dentro de su cabeza. Parecía una persona normal, tranquila... Sin deseos de quitarse la vida.

Cuando salía de casa las vecinas se acercaban a ella para preguntar como estaba. Empecé a ver en ella la repulsión, cerrando las cortinas, bajando las persianas, manteniéndose anónima, alejada, sin aspirar el aire, la

vida, la luz... Escondese para que no la viéramos, solo que supiéramos que estaba allí. A veces deseaba sentirse compadecida. Tomarse un bote de pastillas para conseguirlo.

Medité en lo que dijo la doctora, que sí quisiera suicidarse de verdad lo habría hecho. Pensé en las veces que lo hizo, dejando evidencias por la casa, pequeñas pistas para que lo supiéramos. La caja de pastillas vacía, encima de la mesa, o su respiración. Acelerada, asustada...a través de la puerta del baño,

Si quisiera morir lo haría en silencio, querría estar tranquila. " Si quisiera morir lo haría". Ni las evidencias ni las palabras de esa mujer me consolaban de lo que yo había hecho.

Nada me haría sentirme mejor. Nada que pudiera limpiarme la conciencia. Ni siquiera el perdón.

Se acercó en el espejo mientras lo limpiaba, a su reflejo, hasta dejarlo bien reluciente. Juraría que nunca había sido feliz.

Me gustaría recordar su voz. Escuchar sus palabras preguntándome con voz severa por que no me había terminado la leche. Me gustaría volver atrás y dejar de lado el móvil vibrando sobre la mesa y no cogerlo.

"Tardaré un poco, besos"

Me hubiese gustado saber que pensaba en su cabeza.

Me fui, dejando sus palabras en su boca. "tráeme unas pelis de la biblioteca" dijo cuando cerré la puerta.

En la calle, la gente empezó a saludarme. Alguien me dio los buenos días con el pan recién sacado del horno en la mano y con una sonrisa. Me pregunté consternado que habría pasado... si lo habrían olvidado, o sí habían sido imaginaciones mías desde el principio. Tal vez la gente no era tan mala ni prejuiciosa como pensaba

Al empujar la puerta, el olor a sirope y vainilla me inundaron el estómago. Observé con atención el establecimiento entero. Era grande. Interior de madera rustica, con asientos viejos y colores suaves.

Lo que más me gustaba de las cafeterías eran los pequeños detalles. Como la cesta de frutas encima de la barra, con las naranjas redondas y grandes. Cosas insignificantes como aquellas me llamaban la atención. Ver como la chica abría e introducía cuidadosamente las pinzas para coger las frambuesas dentro de un bote de cristal... las tazas humeantes de

chocolate en invierno y el sonido de la cafetera; el ruido que hacía la taza al posarse sobre la madera de la mesa; el sonido que hacían los lectores al pasar alguna página polvorienta y desgastada de algún libro viejo, (nuevo para ellos, tal vez) mientras con la mano libre hundían el croissant en el chocolate.

Elegí el rincón de la cafetería, al lado del gran ventanal, donde solíamos sentarnos cuando no estaba ocupado.

Mía se acercó, sonriéndome.

—¿Lo de siempre?

Le sonreí.

—¿Con un croissant?

—Perfecto.

Revisé el teléfono. Tenía otro mensaje de Ada.

"Tardaré un poco mas de lo esperado. Perdóname"

Suspiré. Otra vez a esperar, últimamente siempre llegaba tarde.

Que tuviera algo importante que decir, y encima llegara tarde, me hacía pensar que no debía ser tan importante al fin y al cabo.

Mía me miraba desde el otro lado de la barra. Era preciosa. Me sonrió mientras metía el café caliente en una taza.

Pensé en lo que decía la voz desconocida dentro de mí. Que dejara los libros a un lado y viviera las cosas de mi alrededor. Me imaginé acercarme hasta ella y pidiéndole salir algún día...

Me reí de mi mismo con solo pensarlo. No era tan valiente y decidido como me gustaría.

Saqué el diario mientras esperaba el café. Mientras esperaba tenía tiempo para leer.

Abrí la primera pagina.

La caligrafía era legible, bien trazada. Me fijé en los pequeños detalles: la tinta casi travesando al otro lado del papel, débiles marcas de una pluma en la piel del libro.

La letra de un hombre que escribía para persistir.

3 de Marzo 2012

La vi por primera vez en esa calle, admirando las tejas rojas. Con una bufanda desgastada alrededor de su cuello. La falda corta se le movía con la brisa. Llevaba las manos escondidas en su abrigo. Me dio la sensación de que se estaba despidiendo.

Cuando bajé del coche me miró. Se cubrió su rostro pálido con la bufanda, dejando al descubierto esos ojos dulces... y sin más echó a andar, huyendo de mi.

Mi hija bajó luego, sin haber prestado atención a esa niña. Estaba contenta. Lo habíamos conseguido. Nos aproximamos a la casa. En el mismo sitio donde la muchacha había estado segundos antes. Observé las tejas rojas, las ventanas.. Era una casa grande, demasiado para nosotros dos....

Se acercó al enorme cartel, encima del césped y lo descolgó.

La casa ya era nuestra.

La segunda vez que la veo creo que estoy en un sueño. Abro los ojos. Me encuentro en un lugar conocido, familiar. En el que todos hemos estado alguna vez. Tengo el brazo dolorido, vendado y a mi lado esta ella, leyendo un libro.

Nota mi presencia y me mira. Deja caer el libro abierto sobre sus piernas. Tiene la piel casi tan blanca como la nieve.

Intento mover las piernas, pero a penas las siento. Me quito la manta y las observo como si no fueran mías. Poco a poco empiezo a sentirlas.

Solo recuerdo el semáforo en rojo y luego...nada más.

Me fijo en sus muñecas vendadas. Observo sus manos pasar página. Me pregunto si me recordará

Observo sus ojos apagados. Le faltan esa chispa que tenemos los vivos. La chispa que nos hace humanos. Veo sus manos como si fueran huesos de cristal, su piel pálida deja entrever esas venas de su piel.

En ese preciso instante entra una mujer. Corre la cortina para mantener la intimidad. "¿Estás bien? ¿Necesitas algo?" oigo su voz a través de ella "Esta tarde te dan el Alta. Podremos marcharnos entonces" Se hace un largo silencio en el otro lado de la cortina Oigo la conversación. Algo sobre su madre. La muchacha pregunta por ella. Solo alcanzo a oír: tendremos

que hablar sobre esto, tarde o temprano.

Cierro los ojos e intento calmarme. La muchacha empieza a sollozar. Justo cuando Kate entra en la habitación. Mi hija se acerca a mí, con ojos llenos de lágrimas, casi sin poder contenerse.

Me siento estúpido y avergonzado al tener un vago recuerdo. El sermón dulce de mi hija me alivian. "La conducción no es para tí"

La niña sigue llorando.

La oímos los dos a través de la cortina. Nos observamos, pensando en lo nuestro. Estamos bien. Saldremos adelante, como siempre.

Despierto otra vez, después de un breve descanso. La niña duerme con sus manos delante de su rostro. Sus parpado blancos contorneados de unas pestañas oscuras.

Observo el libro en la mesita. El príncipe y el mendigo. Dos personas idénticas con diferencias abismales. Un buen libro. Ponerse en el lugar del otro, para darse cuenta que el dolor es el mismo. La miro a ella y pienso en mí.

Al acercarse Kate, cuando vuelve a mí, me dice que no es la primera vez que la ve. Me concede su secreto.

"Nos mira desde la calle algunas noches..."

Me siento ultrajado, como si me hubiese robado algo que solo yo podía saber. Me hago el indiferente. No le digo lo que yo sé. Que no nos observa a nosotros, sino a su casa. La casa que ahora es nuestra.

Se levanta, después de darme un beso en la frente, allí donde esta la herida. "Voy a por un café"

Observo ese rostro pálido, ese cuerpo frágil. Me pregunto que le habrá pasado, que se habrá echo para creer que merecía hacerse eso.

Se despierta, me observa, como los ojos de una recién nacida, limpia, pura, pero extrañamente sin vida. Me arden las mejillas.

Agarra el libro, fingiendo que lo lee.

Ese juego de miradas me pone nervioso.

"Me llamo Alain" digo al fin.

Me quedo en silencio. Sigue mi mirada hasta sus muñecas. No dice nada, deja que mire, que vea lo que se ha hecho.

"Como te llamas?" pregunto.

"¿Acaso importa?" lo dice con dulzura. Una lagrima brota de su ojo izquierdo.

Desvía la mirada. Decido quedarme callado, cuando soy yo el que quiere conversar, indagar...

El tic tac del reloj suena en la estancia. Demasiado silencio. Quiero preguntarle si se acuerda de mí, si me vio esa mañana de octubre, hace meses. Pero decido no hacerlo.

"¿Qué es?" Pregunta.

Miro mi cuaderno, allí, a mi lado.

Sonrío. Le cuento lo que escribo. Sus ojos se clavan en él, se aferran.

"¿Escribirá sobre mí?" su pregunta me sorprende.

me mira suplicante, anhelando que sea así.

"¿Quieres que escriba sobre ti?"

"No estoy segura" admite

No sé cómo explicarlo. No son sus palabras las que hablan, sino sus ojos. Me pide exactamente eso que quiere escuchar. Lo de esa mañana cuando la vi por primera vez. Sus ojos añoran una vida que ya no tiene. Ahora yo vivo en sus recuerdos, en esa casa que ahora es mía.

"En ese caso..." le digo " si tengo que escribir sobre ti necesitaré saber tu nombre"

Sonríe, cabizbaja. La tristeza tiene un aspecto débil en su rostro.

*Cuando dice su nombre me parece que esta vez lo dice como si importase.
"Arlette, Me llamo Arlette"*

Mis manos se quedaron inmóviles sobre el papel, la yema de mi dedo bajo su nombre. El suspiro de un lector, esperando, sin saber que espera. Es como tomarse un café sorbo a sorbo alargando el tiempo, sin apresurarse. Y de pronto...un destello, una imagen en mi mente: Unos ojos sin chispa.

La imagen desapareció con el ruido de la cafetera, las voces de los clientes, la velocidad de los coches fuera de la calle,...Todo me envolvía y yo podía percibirlo. Como si estuviera fuera de mi cuerpo.

Pensé en esa pequeña posibilidad, aunque fuera mínima. Blanca, piel pálida, el contorno negro de unas pestañas. Tragué saliva. ¿Bastaba con sentirlo? ¿Sin tener ninguna prueba?

La taza ya estaba en la mesa. Sorprendido me pregunté en que momento habría llegado allí. Miré a Mía detrás de la barra, mientras secaba los vasos. Me sonrió.

—Parece que disfrutas del libro...— me guiñó un ojo.

Había estado tan inmerso en el cuaderno que olvide por completo mis modales. Me sonrojé, desvié la mirada y mantuve mi atención en el cuaderno. Ojee las paginas rápidamente. Las últimas estaban en blanco.

El café, casi frío sobre la mesa me apetecía poco. No sabía qué pensar. La gente continuaba haciendo lo mismo pero para mi, el tiempo se había detenido.

— ¿Estas bien?

Alcé los ojos. Ada me miraba con preocupación.

— Siento llegar tarde ¿A pasado algo?

Ni siquiera la había visto entrar.

—No. Estaba aquí... esperando.

— Pareces preocupado. — Sonríó.

Le devolví la sonrisa. Cerré el cuaderno y lo guardé.

Mia le trajo el café. Lo dejó sobre la mesa y le dio las gracias.

—Vale, esta bien. Da igual. Es... - empecé a reírme y sin darme cuenta

empecé a remover el café con la cuchara.

Empecé a balbucear, a soltar palabras sin sentido. Su mano se posó sobre mí. Y entonces me di cuenta.

—Por cierto ¿Dónde esta Lili? — señale a mi izquierda, en el asiento libre que guardábamos siempre para ella.

—Quería que estuviéramos tu y yo a solas. Necesito decirte algo.

Desvió la mirada a un lado, con los brazos cruzados sobre la mesa. Al parecer si era importante.

Se quedó perpleja durante un segundo, como si no encontrase las palabras. Bajó la mirada revolviendo sin sentido en su bolso, nerviosa.

— No sé como decírtelo...—se pasó las manos por el pelo, como si quisiera tirar de ellos.

—oye...te pasa...

Antes de que terminase la frase dijo esas dos palabras que destruyeron todo mi mundo.

—Me voy.

Se aclaró la garganta y acercó sus manos a las mías.

—Me voy...

Como si no me hubiese quedado lo suficientemente claro lo matizó por si acaso.

—Me voy del pueblo, con Lili.

Sentí un dolor interno, penetrante...como algo adentrándose hacía mi pecho, sin detenerse.

Vi sus ojos compasivos mirándome y sentí odio.

¿Por qué? Le pregunté. Ni siquiera escuché mi voz al decirlo.

—Ya sabes por qué

Me deshice de sus manos, cayendo inertes sobre mis piernas. Ada todavía mantenía las suyas encima de la mesa como si esperase que las

volviéramos a juntar.

—No me odies por esto, por favor.- me pidió, me lo suplicó.

Hice el enorme esfuerzo de imaginarme mi vida sin ella. Mi mente volvió a cerrarse, sin querer asimilar. Era algo que solía ocurrirme. Semanas atrás cuando encontré a mi madre casi muerta en el suelo me quedé esperando solo unos segundos, porque incluso con lo evidente creí que todo era mentira, una interpretación. Estaba en el suelo y aun así me pareció que no pasaba nada. Esa vez no fue diferente. No hay comparación, lo sé. Pero al fin y al cabo era la misma forma de perder a alguien.

.—No puedes marcharte. Creo que no estas pensando esto demasiado bien. Aquí tienes una vida. Tienes un trabajo...me tienes a mi.

Intenté sonreír. Pero Ada no lo hizo.

—¿Te acuerdas cuando te lo dije? Te dije que tal vez algún día pasaría...

Me eche a reír.

—Lo decías bromeando...

Se quedó en silencio, sin expresión alguna. Ahora era yo quien mantenía los ojos en los suyos, intentándole transmitir lo que sentía sin tener que decir ninguna palabra más.

—Solo piensas en ti mismo Julen...— le asomaron lágrimas en los ojos
—creía que sabias leer mas allá de lo que no esta escrito.

Me quedé mirando en silencio. Las voces a nuestro alrededor llenaron nuestro tenso ambiente.

—No entiendo lo que dices...no entiendo por que te enfadas conmigo...

—No me enfado contigo pero... Es como si no te importara nada de lo que yo digo...o hago.

—¿Como puedes decir eso? Me importa lo que dices y también lo que haces.

—Siempre asientes, cuando te explico algo mueves la cabeza, pero tus ojos no dicen nada, no te interesa nada...

—¿Qué quieres decirme? ¿que es una broma? ¿Que lo haces para saber si reacciono asintiendo la cabeza? - pregunté irónicamente.

—Joder Julen...quiero que...que me digas algo que..

—...que te haga sentir bien ¿no? Que no pasa nada...Que me importa que seas feliz y la única forma de serlo es irte.

Cerró los ojos, llevándose la mano en la barbilla.

—No. No Julen, yo....

La alarma de su móvil nos interrumpió.

—Mierda...

Tecleó con los dedos.

— Tengo que irme al trabajo. A veces creo que me paso la vida entera cocinando.

—Ni siquiera te has terminado el café.

—Tómalo por mi, ¿Quieres?

Se levantó así sin mas. Dejando un billete en la mesa. No iba a discutir con ella, ni a impedirselo.

—Esta conversación...

—Lo sé. No ha terminado.

Se marchó. Sin despedirse, sin besarme ni nada. Dejándome solo.

Al verla marchar, pausadamente, como si no quisiera hacerlo...

Apareció de pronto. otra vez ese destello, al mirarla. Salvo que en ese momento no era ella.

Unos ojos sin chispa, sin vida. Una bufanda alrededor del cuerpo, mirando las tejas rojas de una casa. Me observas y te alejas. Veo como desapareces.

Tú. Como siempre, apareciendo y desvaneciéndote cuando te apetece. Sí, como la adrenalina.

4 de marzo 2012

Alguien que no es su madre cuida de ella. Su voz es monótona y pesada... No es fría, pero tampoco cálida. Y ahí puedo llegar, solo puedo describir su envoltorio. Nariz larga, pelo negro... Me fijo en cómo mueve la lengua alrededor de su boca, masticando el chicle o pasándose la lengua entre los dientes... Sus manos rebuscando en los bolsillos de sus vaqueros, esperando con impaciencia a que termine de recoger sus pocas pertenencias. Es la misma que oí a través de la cortina.

Me pregunto si realmente estará en buenas manos.

Mis ojos se dirigen por última vez a sus muñecas. Todavía me pregunto por qué se lo habrá hecho. Que motivo la habrá impulsado.

Recoge sus pertenencias. Lo único que tiene. Una bolsa y el libro en mano.

"Ha sido un placer conocerle" Su voz parece rota.

Nos despedimos así, sin más.

"Arlette, querida, tenemos prisa" dice, impasible a sus ojos.

Arlette asiente, cabizbaja, sin mover ni un músculo de su cara. Al alzar la vista hacia ella muestra una finísima sonrisa. Ni burlona, ni exagerada. Sin vida.

Agarra su mochila y su libro con esas manos tan delicadas y blancas. Las venda que le cubren sus manos...

Me mira por última vez. como si me suplicase... como si quisiera decirme algo.

Carraspeo y aparto la mirada. No puedo con ello. El corazón me golpea el pecho. En ese instante entiendo que está a punto de salir por esa puerta y desaparecer. No se por qué tengo miedo de que sea para siempre.

5 de marzo de 2012

Volver a casa, al fin. Debería sentirme aliviado. Ya no tendré que soportar el olor a enfermedad, de la tristeza ajena... Tal vez debería sentirme así: Aliviado.

Me mantengo callado durante todo el trayecto. Sin decir palabra.

Las primeras gotas de lluvia se deslizan por la ventanilla.

"Papá..." dice suavemente. Y despierto.

Me pregunta si me encuentro bien. Me mira, preocupada. Me quedo unos segundos callado, intentando decirle lo que siento, lo que realmente siento.

"¿Es por esa muchacha?" pregunta despacio, sin estar segura.

"La verdad es que...esa niña..."

"Te ha recordado a mamá ¿verdad?" La miro sorprendido. Dice que suelo tener esos ojos cuando la recuerdo.

Creo que le he contado tanto de ella que estoy seguro de que la conoce tan bien como yo.

Me sonrío mientras quita las llaves del contacto. Ya hemos llegado a casa. Las rosas del jardín siguen estando frescas, pero el césped ha crecido bastante desde la última vez...

"¿Qué has visto en ella?" entrecierra los ojos, tratando de adivinarlo. Suspiro.

No sé exactamente lo que ha sido, simplemente noto un vacío. Todo lo que puedo hacer es escribir sobre ella. Lo que he visto, lo que he sentido...supongo que es por que ella me lo ha pedido, aún así no me siento como si no fuera suficiente.

11

Estuve sentado en el suelo, al lado de la puerta donde había colgado un cartel extraño que decía: Cerrado por problemas personales. Disculpen las molestias.

Clara no estaba allí. La librería no podía estar cerrada. "No ahora" Intenté ser paciente y esperar. No tenía prisa, ningún sitio al que ir. Pero ¿qué debía esperar?

Cerré el cuaderno con delicadeza. Quería una respuesta. ¿De dónde había sacado ese cuaderno? Trate de esperar un poco más, mientras fijaba la

mente en la corriente del río, que se deslizaba poco a poco.

El teléfono de la librería no respondía. Ni siquiera sabía donde vivía. Pensaba en todo eso hasta que mi madre nos llamó a mi padre y a mí. La cena estaba lista.

Una vez sentados mi padre me miró discretamente, señalando con la cabeza. Entendí enseguida sus señales que ya conocía.

Me puse rojo, cuando mi padre estaba presente, hacer como que no había ocurrido nada entre mi madre y yo era bastante difícil de ignorar.

— Mamá, ¿no cenas? — Lo pregunté con temblor, sabía que las discusiones empezaban siempre con la misma pregunta.

Respondió dócilmente, diciendo que no se encontraba bien. Ponía esos ojos tristes, la línea de sus labios hacía bajo. Siempre tenía en su boca la misma respuesta.

La voz de mi padre era grave y potente cuando decía que debía comer. Ella lo tranquilizaba, asegurando que al día siguiente se encontraría mucho mejor, que mañana empezaría a comer.

Mi padre suspiraba. Era inútil seguir discutiendo noche tras noche por lo mismo.

Durante la cena mi madre se levantaba varias veces, llenando la taza una y otra vez. Después de tantos años me parece oír la cuchara golpeando la porcelana, girando y girando, con la leche al borde de la taza, caliente, muy, muy caliente, fuese invierno o verano. Era lo único sin lo que ella no podía vivir. La única forma de dar calidez a su cuerpo.

Nos miramos un par de veces, sin decirnos nada. Parecía como si pudiera leerme la mente, atenta a cualquier movimiento. Era algo enfermizo, el estar pendiente, cada segundo, por si necesitaba algo. Busqué en la mesa la cuchara para la mayonesa, que no estaba. En ese instante se levantó y segundos después regresó con ella en la mano. La soltó delante de mí.

Quería hacerme entender que la necesitaba. Pero se equivocaba. Cualquiera puede levantarse a buscar una simple cuchara. En cambio, lo que si hacía era hacerme sentir más culpable de lo que ya me sentía.

Me metí las últimas cucharadas de arroz en la boca con total rapidez. Comes demasiado rápido, dijo mi padre antes de que me levantara.

—Tenía mucha hambre.

Me fui a mi habitación, sabiendo que yo no necesitaba que nadie me trajera una estúpida cuchara.

12

7 de marzo de 2012

He empezado la mañana con un poco de ejercicio. Estirando las piernas, muy poco a poco, sin levantarme de la silla de ruedas.

Debería tener mas fortaleza. No soy tan viejo. Pero lo parece.

Sigo preocupándome por esa muchacha, como si estuviese en mis manos la obligación de salvarla de sí misma...

Me pregunto si no te importara que hable contigo, que me dirija a ti, aunque no me escuches. Por mas que lo intente no puedo evitar sentir una inmensa compasión por ti. Es inexplicable, porque no te conozco de nada y aun así siento ese impulso...de querer ayudarte, aunque sea con palabras y nunca las escuches. Por eso hablar contigo, puedo vaciar mi mente de las palabras que me pesan en mi interior. Pero la sorpresa ha llegado esta mañana, cuando mi hija entra exhausta en la casa, respirando fuertemente, con las mejillas ruborizadas por el frío, cuando se quita el abrigo y se refugia en el calor de la chimenea y aparece contenta.

"¡No te vas a creer a quien me he encontrado!" Extiende las manos delante del fuego. Me sonrío, retándome a descubrirlo. No tengo ninguna duda. Se que habla de tí.

Te ha visto en un barrio de la ciudad, mientras enseñaba una de las casas a una pareja de recién casados. Te ha visto justo delante, en la calle.

"Me he acercado a ella. Al principio no me ha reconocido, pero luego se ha mostrado contenta. Si la hubieses visto papa... ¡estaba blanca como la nieve!"

Pienso en esa falda corta y en esa bufanda. Le pregunto demasiado preocupado si ibas lo suficiente abrigada. Me tranquiliza saber que estabas bien.

Ha insistido en llevarte a casa, tu centro esta lejos de ese barrio y no era tiempo para ir caminando. Me pregunto que debías estar haciendo por allí.

"se me ha ocurrido invitarla a cenar" me dice.

Me acerco a ella, sorprendido, deslizando la silla lentamente.

Dice que has aceptado sin dudar.

13

9 de marzo de 2012

Cuando mi hija se ha acercado a mí, esta mañana, me ha dicho algo sobre lo que aún sigo pensando. "Parece como si te sintieras culpable..."

Me encuentro observando en sus ojos mí propio reflejo. Y me doy cuenta de lo que está pensando. ¿Por qué esas ansias por volver a ver a esa muchacha?

Me sonrío, con esos labios finos y suaves. Ese incansable ritual que a pesar de todo consiguen hacerme sentir bien. Me mira con esos ojos llenos de ternura, con un poco de tristeza. Termina besándome en la frente. Tal vez no es por esa muchacha... tal vez es por mí.

Suena el teléfono. Mi hija contesta y entonces escucho tu voz. Cuando cuelga pregunto ansioso cuando vendrás.

"Esta noche y tengo poco tiempo!"

El mantel es de seda. Ha sacado los cubiertos que utilizamos en ocasiones especiales. No sabía que eso existía en nuestras vidas. Nunca tenemos ocasiones especiales. Parece ser que mi Kate se lo está tomando en serio. ¿lo estará haciendo por mí?

Vamos a cenar contigo, una muchacha a la que no conocemos de nada.

El tiempo es lentitud. Los minutos interminables. Sigo mirando el reloj sin conseguir que cambie el tiempo. Nadie llama a la puerta.

Las 20:05, nada.

A las 20:15. Llamas a la puerta suavemente. Intento deslizarme cómo

puedo, con una sola mano. Abro la puerta, antes de que lo haga Kate.

Me encuentro contigo, avergonzada. Llevas puesta una tímida sonrisa, en tus labios; junto con un gorro que ocultan por poco tus ojos.

"Buenas noches", sonreímos los dos.

Deslizo las ruedas con una sola mano y te dejo pasar.

Observo tus ojos. Miras por todas partes, con un brillo especial. ¿Que sentirás al ver esas paredes de nuevo? ¿Al ver que los muebles tuyos ahora son míos? ¿Que sentirás al saber mejor que yo donde se esconden las grietas, las imperfecciones de esta casa que solo tu puedes ver?

Me sorprende ver a Kate acercándose con los brazos abiertos, como una madre al recibir a su hijo cuando vuelve después de unas vacaciones. Te sorprendes, abres los ojos de par en par, dejando escapar una sonrisa nerviosa. Se le da bien manejar la situación, irradia amabilidad, dulzura... Por eso trabaja de lo que trabaja, porque sabe encandilar a la gente, sabe como tratarla, hacerles sentir que están en su casa.

Cuando te quita la gabardina veo tu hermoso vestido. Sencillo, con tirantes y largo hasta las rodillas.

"Estas guapísima, mírate..." dice Kate

Le das las gracias, aliviada, sonrojándote todavía más mientras te pasas las manos por el vestido.

Ya no tienes las muñecas vendadas, en su lugar llevas unas pulseras, intentando disimular tus cicatrices.

Observas mis libros, boca abierta, llenando el vacío de esa inmensa estantería cuando la compramos.

Al principio me miras indecisa. Quieres acercarte. Observas la butaca hecha, es lo único que es mio en esta casa. Quieres posar tu mano sobre él. Tus dedos se sienten atraídos por acariciarlo. Pero no lo haces.

Lo primero que dices es que nunca habías visto tantos libros juntos.

Al lado del sofá donde tengo la mesita descansa el libro que estoy leyendo. Haces ademán de cogerlo. Y me miras, esperando mi consentimiento. Sonrío y sabes que eso significa "si"

"El batir de las Alas". . Deslizas las manos por las páginas. Olfateas el papel, dirigiéndome una mirada vergonzosa. Solo quiero saber tu historia.

Algo dentro de mí, ansía conocer esa historia.

Intento sacar algún tema de conversación. Me escuchas con atención cuando te hablo. Te explico que un simple aleteo de una mariposa puede desencadenar un cambio; se llama efecto mariposa. De eso trata el libro. Una reacción; un suceso que hace que todo sea diferente.

Parpadeas, mirando tus manos "¿ Por qué una mariposa?" me preguntas.

A veces hasta lo mas pequeño consigue algo grande. Algo así es capaz de hacer algo drástico. los protagonistas de la historia son como un eslabón. "y así es en la vida real Lo que tú hagas, por pequeño que sea, me repercute a mí y a los que te rodean"

Me preguntas que pasaría si eso fuera real.

Y entonces mencionas la botella. Que una botella de alcohol repercute en una persona, haciendo que a la larga tenga un efecto desastroso...se lo que quieres decir, o eso es lo que creo, porque después dices algo extraño. Algo que no entiendo. Me hablas de una botella, física, literal, rompiéndose en el suelo.

Mencionas la palabra "familia" como si estuviera prohibida, como si tus labios no estuviesen familiarizados con ella. Me pierdo, no sé exactamente que quieres decirme ...

Sonríes tímidamente, dejando sobre tus blancas mejillas unas débiles manchas rojizas. Dices que no importa, que no es un buen momento.

Me haces pensar en tu familia. En la familia que habrás tenido... Por ello no puedo contenerme e insisto.

Me miras insegura, escondiéndote un mechón de pelo detrás de la oreja. tu voz suena trémula. Y entonces lo dices.

Me imagino otra vez esa botella de la que hablas, aquella que rompes en el suelo. Quieres que imagine tu vida, que ha cambiado por culpa de esa botella. Ese fue el detonador, donde pasaron muchas cosas, que fue pasando el tiempo y entonces sucedió esto. Extiendes tus brazos hacía mí, mostrándome las cicatrices en tus muñecas que tus pulseras intentan esconder. Me quedo en silencio, sin saber que decir.

Solo sé tres cosas de ti. Que has deseado morir, que rompiste una botella y que viviste en esta casa, tal vez, cuando eras niña.

Mi mente intenta juntarlas. Veo tus muñecas sangrando por el cristal roto

de es botella, aquí mismo, en esta casa.

Desecho la idea solo al pensarlo, dejando que mi mente se pierda en el tic-tac del reloj que hay encima de la chimenea.

Te disculpas, avergonzada. No te preocupes, no te culpo, no pienso que estés loca. Tu rostro se vuelve sombrío, es como si de pronto tuvieras frío, y miras el fuego para no mirarme a mí.

Dices que es "como si se hubiese puesto la cuenta atrás..."

Estoy a punto de preguntarte que pasó realmente, hurgar un poco más en tu pasado. Pero el miedo me paraliza. Me quedo sin palabras, sintiéndome totalmente incómodo.

Observo esos ojos que ya vi en su día, hace meses. Esos ojos que se quedaron grabados en mi mente. Se leerlos cuando veo mis propios ojos en mi reflejo, aquellos que han visto cosas que nunca desearían haber visto, haber vivido...

Estamos medio minuto en silencio hasta que la voz de mi hija llega desde la cocina. Te levantas rápidamente, ofreciéndote a empujarme. Conozco esos ojos. Los he visto en otra parte, sí. Le faltan esa misma chispa que una vez yo también perdí.

14

10 de marzo 2012

Estamos en el sofá, leyendo mi hija y yo. Pero no puedo concentrarme en lo que estoy leyendo.

¿Estás bien?"Pregunta Kate.

La observo, asiento. Y no digo nada. Pero necesito preguntárselo. Anoche cuando me ausente un rato la escuche hablar con Arlette.

¿Que le dijiste? Le pregunto.

Me mira confundida. Sus ojos se tornan claros cuando comprende a qué me refiero. Simplemente me dice que le ha contado lo que sucedió con

mamá.

Observo las fotografías que hay en el salón. En una de ellas me veo allí, con mi esposa, a su lado y feliz, posando mi mano sobre la barriga, donde Kate nos aguardaba. Mi preciosa Cindy con ese pañuelo color turquesa rodeándole la frente. Recuerdo que ese día estuvimos los dos jugando con su barriga, esperando las pataditas de Kate

"¿Solo eso?" Nos miramos durante un buen rato. Podríamos discutir sobre ello. Lo hicimos antes de mudarnos aquí. Nunca quise venir aquí...justo aquí. Pero me hija me arrastró. Lo hice porque de alguna forma se lo debía.

Volvemos a estar en silencio.

Kate deja la revista y me confiesa que escuchó lo que dijo Arlete sobre la botella.

¿Que piensas? Me pregunta.

No se qué contestar. Vuelve a pasar las páginas de la revista. Ahora ya no pienso en Arlett. Pienso en mi mujer, en mi hija... se que vivirá pensando siempre en esa vida que le arrebaté, cuando era apenas pequeña.

Sé que siempre viviré con esa culpa.

15

Me dormí junto al cuaderno. Despertándome después de un sueño en el que una botella se estrellaba en el suelo, saliendo de allí una hermosa mariposa. Intenté reparar las paginas dobladas sin resultado, maldiciendo para mis adentros.

Me pasé la noche acariciando cada palabra, releyendo sin poder creerme lo que estaba descubriendo. ¿De verdad todo eso era real?

Me senté en la cama de mi abuela, delante del armario, intentando decidir que haria con su ropa. Elegir qué partes de ella necesitaba y cuáles no.

Miré debajo de la cama, comprobando que el maletín estuviera en su sitio, como si pudiera desaparecer fácilmente. Volví a abrirlo y me quede mirando tu foto. Necesitaba comprobar que esa fueras tu.

Dejé la maleta en su sitio, con la foto en mano. Salí de la habitación dejando la puerta del armario sin cerrar.

Mientras paseaba por la casa, indeciso, agarré el móvil y la llamé. Cada vez que pensaba en ella la imagen de unas maletas aparecían en mi mente.

—¿Si?

Oí las risas inconfundibles de su hermana rebotando en la cocina, y la voz ronca de su padre

—¿Te pilló en mal momento?

—Tranquilo...dime ¿qué pasa?

Intenté decírselo. Lo que ocurrió, que te vi a ti, en una fiesta y después... lo del diario, explicarlo todo... aunque no me creyera. Quería hablar con ella sobre algo diferente, quería que viera que me importaba.

Una puerta se cerró a través de la otra línea. El sonido de sus pasos terminaron a la vez que empezó ese extraño sonido, tres veces seguidas.

—¿Y eso ?

—El mechero.

—Desde cuando fumas?

—Desde que estoy de los nervios. Bueno...no tengo todo el tiempo cariño
—dijo amablemente.

Iba a decírselo pero no pude.

—Quería pedirte perdón por lo del otro día.

—No me has hecho nada Julen. —se rió—¿Solo me has llamado por eso?

—No...quería hablar contigo. Ya sabes...para quedar y...hablar.

—Si, claro. Esta semana la tengo complicada. Mas turnos que cubrir y encima Lili acaba de mancharse el vestido para la función. Me he puesto como una loca. ¿Tú sabes lo que cuesta quitar una mancha de chocolate? Bueno...no quiero aburrirte con mis cosas pero no tengo mucho tiempo.

— Claro no te preocupes...

—Por cierto...el jueves es la función de Lili. Quería decírtelo ayer pero...

—Claro.Si. Iré.

Un breve silencio.

—Tengo que dejarte o creo que Lili va a quedarse sin dientes. se come la tabla de chocolate sin cortar. ¡Lili suelta eso! Te estoy viendo desde la ventana!

Me eché a reír

—Cuelgo...

—Nos vemos. Besos.

16

Una parte de mí me decía que debía actuar. Había pasado por allí muy pocas veces. Pero nunca para acercarme lo suficiente. No como ese día.

Me acerqué a ese recinto que parecía un instituto. Había unos jóvenes sentados en el césped que rodeaba el edificio. Se reían entre ellos sobre algo que no prestaba atención. Uno de ellos levantó la vista y se me quedaba mirando mientras entraba por la puerta.

Nada más entrar una mujer joven me vio y se acercó a mi.

—¿Necesitas algo?

Abrí la boca, pero tardé en hacer la pregunta. Me sonroje e intente que no me temblara la voz.

—. Quería preguntar por.... Arlette. ¿Está aquí?

La mujer entrecerró los ojos, ladeo un poco la cabeza y negó sin saber por quién estaba preguntando.

—Lo siento pero no conozco a ninguna Arlette

—Entonces puede que me haya equivocado. Siento las molestias. — me di la vuelta y volví a girarme mientras me dirigía a la salida, por si me

estaba mirando.

El ardor en las mejillas se suavizaron mientras caminaba a toda prisa hacía la calle. Me di la vuelta otra vez. La mujer no me siguió. ¿por que iba a hacerlo?

Volví a mi bici, desabrochando el candado. ¿Por qué tenía la sensación de que alguien me estaba observando? Me di la vuelta una segunda vez para toparme cara a cara con el joven que había visto antes.

—Julen...- dijo.

Me sonríó.

Al principio no lo reconocí. Ni siquiera sabia su nombre. Recordé su cara. Se sentaba justo detrás de mí en la clase de filosofía. Empecé a sonrojarme.

—¿Qué haces tu por aquí?— preguntó extrañado

—Vaya...no sabia que tu... - miré ese edificio blanco que todos los de clase llamábamos El orfanato.

—Si, bueno, ya ves...cosas que pasan. Creí que vendrías a verme a mi,i ya me parecía raro! La verdad es que es la primera vez que te oigo hablar.— Se hecho a reír, como si terminase de contar un chiste. Él mismo reconoció lo raro que era que me comunicase con alguien de nuestros respectivos compañeros.

—En realidad estoy buscando a alguien. A una chica.

Sonroje nada mas decirlo.

—¿Y no la has encontrado? - me golpeo con los nudillos en el hombro, dejando su legua al aire, como si diese un lametazo.

—En verdad no. Sabes donde puedo encontrar a Arlette?

—iArlete! Ella hace tiempo que se fue tío!

—Vaya...no lo sabia, es que hace tiempo que dejamos de vernos y me preguntaba como estaría.

—Lo último que supe de ella es que se fue a vivir a la ciudad, en su propio pisito, se emancipó tío. Algunos tienen suerte...poder reconstruir su vida después de lo que le ocurrió. — ¿se refería a lo del intento de suicidio?—

Es lo único que se. Siento no poder ayudarte... Pero...sois amigos?

No supe que responder.

—Creí que no tenía a nadie, siempre andaba andando cabizbaja, como sin rumbo. No era muy social que digamos.

— Sabes dónde vive?

—Lo siento tío, pero ni siquiera me lo dijo. Se esfumó así sin más...muchos creímos que le había pasado algo. Ya sabes...pero resultó que no. Que se fue.

Mis ánimos se vinieron a bajo, con todas mis esperanzas.

— Gracias de todos modos.

—De nada Julen. Nos vemos tío. Qué pases un buen verano! Espero verte en la graduación.

Ni loco, quise decirle, pero simplemente le dije adiós y me subí a la bici y cuando estuve a punto de pedalear...

—¡Espera Julen! Recuerdo encontrármela un día. Simplemente nos saludamos, pero ni siquiera se acercó. Lo digo por que me dio la sensación de que la he visto un par de veces en la gran avenida, en el centro de la ciudad. Por si te sirve de algo...

—Gracias, puede ser. - le sonreí.

— Si la encuentras dile que nosotros no la hemos olvidado por aquí. —Lo dijo dolido, y se fue.

Tenía otro plan. O más bien me movía la curiosidad.

Busqué en google maps hasta encontrar la inmobiliaria.

Me acerqué y mire a través del escaparate. Un joven sentado en la mesa, con un boli y una hoja en la otra mano delante del ordenador, hablando con dos personas. Observé alrededor por si veía a una mujer cerca.

No podía entrar y preguntar por Kate. No la conocía de nada. Tampoco sabía su apellido. Ni siquiera la había visto en toda mi vida.

Si me preguntaba para qué quería yo hablar con ella no podía mentirle. No sabía mentir. De todas formas...¿que haría cuando la tuviese delante?

No se me ocurría nada más que hacer.

Decidí acortar y buscar en la zona donde habían mas cafeterías.

Camine con parsimonia con la bici en la mano. Seguí caminando y caminando.

Es inútil... pensé

Si Arlette vivía en la ciudad...¿que hacía en una fiesta de barrio? A caso conocía a alguien de allí? ¿como era posible que hasta el momento no me lo hubiese preguntado? ¿sería la nieta de algún amigo de mi abuela? Sin poder hacer nada miré a mi alrededor, buscando atentamente. Busqué por las calles como si hubiese perdido las llaves, buscándola por todas partes.¿de verdad podía confiar en las palabras de mi compañero de clase a quién apenas conocía? De todas formas al día siguiente hice lo mismo, pero esa vez observando a través del escaparate de una librería donde también servían cafés.

Hacía días que no me pasaba por una librería. Pensé en la gavina, cerrada por no sé que motivo. Echaba de menos refugiarme alrededor de libros.

El tercer día decidí ir por la tarde, tal vez cambiando el horario lograría encontrarla. Me paseé por la calle, cruzándome con gente que parecía tener prisa. Si no lo conseguía y resultaba ser todo en vano al menos podría disfrutar de los los libros."Abierto las veinticuatro horas" rezaba el cartel en la puerta acristalada. Crucé la calle para ocupar mi sitio.

Cuando entré sentí el delicioso aroma del café. Libros y café. ¿podía existir algo mejor que eso?

Abrí la puerta sin pensármelo. La mujer detrás del mostrador me sonrió. Sabía que en cuestión de segundos se acercaría y me preguntaría si deseaba tomar algo. Ni siquiera me detuve a mirar los libros, observé a través del escaparate a las personas caminando por la calle. Me senté al final, en la ultima mesa, enfrente de la ventana,sin apartar la vista. No quería perder la vista de la calle.

¿Que estaba haciendo? De verdad creía que la encontraría sin apartar la mirada de allí? Que la encontraría por casualidad paseándose? Observaba a todos los que andaban en la calle.

No me apetecía tomar ningún café, aun así, si quería estar allí necesitaba consumir.

-¿Deseas algo? - Noté un cambio en su voz. Le Pedí un café sin nis

siquiera mirarla.

No me acuerdo si el café estaba demasiado frío o caliente cuando llegó. Simplemente me quedé con los ojos fijos hacía enfrente, viendo pasar a la gente, intentando no perder de vista a nadie.

Si aparecía la encontraría.

La buscaba a ella, solo a ella. No me di cuenta hasta que llegó con el café en mi mesa. Para encontrarla simplemente debía mirar a la muchacha que me servía el café.

17

14 de marzo de 2012

Estoy en el jardín. Intento aprovechar ahora que no esta Kate para cortar con una sola mano el maldito arbusto. Después de dos semanas he recuperado parcialmente las piernas, aunque no me respondan tan fácilmente. Solo me he roto el brazo pero las piernas parecen haberse llevado la peor parte.

Llaman a la puerta y me siento en la silla de ruedas, dejando escapar un gruñido de dolor al cambiar de posición.

Cuando abro la puerta allí estas tu.

Llevas el pelo un poco enredado por el viento, una chaqueta holgada, un aire muy bohemio. Te invito a pasar, sorprendido por tu visita.

"solo pasaba para pedirle disculpas"

Me dejas confundido, no hay nada que yo recuerde que hayas hecho mal. Pero al parecer tu también sentiste que la cena había terminado demasiado deprisa. "No quiero que tenga la impresión de que quería irme...me sentí muy a gusto"

Nos sentamos en el sofá mientras nos tomamos una taza de leche caliente para ti y un café para mi.

Me preguntas si Kate esta en casa, te gustaría pedirle disculpas y agradecerle la cena que te hizo. "Me fui sin decírselo y si no lo hago no

podré estar tranquila”

Estamos en silencio durante un breve momento. No se qué decirte, de qué hablarte, aunque en realidad tengo muchas preguntas. Solo intento no parecerte aburrido.

“Hacía tiempo que no me sentía tan a gusto.”Me dices mientras se te forman en tus mejillas unos hoyuelos perfectos.

Dices que conoces esta casa. Escucho atentamente. Esperando el momento a que me confieses que una parte de ti deseaba volver a estar aquí.

Me sorprendo al descubrir la triste realidad.

“Aquí vivía mi padre cuando era joven...nunca pude ver su interior, así que...” dejas la frase sin terminar. Así que...por eso hablaste conmigo, así que...por eso aceptaste cenar con nosotros, así qué...ya se terminó. Solo has venido por eso.

Pareces asustada, como si estuvieses confesando tus pecados.

De pronto todo se desvanece. No somos mas que dos desconocidos mirándose. Me gustaría preguntarte si lo que yo pienso es cierto. Si tal vez el hecho de estar aqui aquella noche era solo para saber que es estar en una casa grande, deseada... Una casa que nunca ha sido tuya. Un lugar tal vez al que llamarle hogar. Recordar a tu padre.

Me parece que la mirarte, tus ojos ya hablan por ti.

Cuando pregunto por él no dudas en decirlo, como si esperases que lo hiciese.

“murió cuando yo tenía dos años” te encoges de hombros. bajas la vista, ya has terminado de decir lo que debías decir.

“¿ por qué habéis venido aquí?”Kate entra a tiempo en la casa para escuchar tu pregunta

Y esa es la pregunta que más miedo tengo a contestar.

“Para empezar de nuevo”dice mi hija desde la puerta de la cocina. se acerca a tí, contenta por volver a verte.”Ya hacía tiempo que lo necesitábamos. Los dos”

-Aquí tienes

Te vi de cerca, otra vez, como aquella noche ,cuando bailamos.

Mi reacción no fue gratificante. Los labios despegados..., la frase sin terminar, atascado en la letra G de "gracias". Las palabras estaban perdidas en el aire. Sin ellas no podía pronunciarlas.

Me miraste con dilación, intentando ocultar tu mirada de mí vista. En cambio tu reaccionaste de lo más normal. Como si no me hubieras reconocido.

Sabía que me observabas con el rabillo del ojo mientras retirabas las tazas de té vacías en la mesa de enfrente.

Llevabas el delantal encima de una camiseta blanca y tejanos. Con el pelo recogido en una coleta, dejando al descubierto tus pequeñas orejas, con pendientes de oro.

Pasaste el trapo por la mesa, dándome la espalda.

Me sorprendió verte así, tal como te recordaba pero en un sitio muy diferente.

Te observé mientras preparabas la comida en las vitrinas. Moviste suavemente las manos mientras la dispositivas con cuidado.

Cunado me di cuenta de que te estaba observando demasiado me lleve la mano al azúcar y lo vertí en el café. Le di vueltas para tranquilizarme, mientras el golpeteo de la cuchara inundaba mis oídos.

Volví la vista hacía ti, parecías preocupada, echando vistazos al reloj.

La puerta sonó al abrirse, una mujer entró en la estancia, Era joven, con el pelo negro y corto. Llevaba en los brazos una caja llena de libros.

Serviste al último cliente, a esa amable anciana, con una nueva sonrisa que no había descubierto en ti hasta ese momento.

Me hubiera gustado que me sonrieras a mí también, que de alguna forma te hubieses alegrado al verme.

Mi café todavía estaba lleno y se había enfriado, no había tomado ni un simple sorbo, y lo único en que pensaba era en si tu me mirarías en algún

momento.

Había una cesta detrás de mi con libros llenos. Agarré uno y fingí leer, sin ni siquiera saber de que libro se trataba.

Deseaba decirte algo, era lo que pensaba mientras hundía mis ojos en las páginas amarillentas. Hacia un esfuerzo por calmar el temblor en mis piernas.

¿Qué podía decirte?

Estabas charlando con tu amiga. Entendí que la mejor forma de abordarte era cuando te acercarás. Me llevé la taza a los labios, siguiéndote con la mirada. Tu amiga del pelo corto me miró, como si me hubiese atrapado como a un ladrón. Desvíe la mirada hacia la ventana, sorbiendo el café para ocultar mi rostro.

—¿Qué pasa?— preguntaste en voz alta.

Tuve tiempo para ver como tu compañera movía los ojos hacía mi.

Ni siquiera te diste la vuelta.

La conversación se terminó repentinamente. Tu amiga se echo a reír. No pude ver la expresión en tus ojos.

—Voy a... arreglar los libros. — dijiste para escabullirte.

Me levanté. Necesitaba irme de allí.

Me acerqué rápidamente hacía la mujer del pelo corto, con la cara llena de vergüenza, deseando que la tierra se abriese y me tragase. Ya tenía la cartera preparada en la mano cuando le dije que me había tomado un café con leche. El rostro me ardía con fuerza.

—En la segunda caja.—señaló detrás de mí. — Donde estabas. Allí cobramos las bebidas y comidas. —Se giró hacía ti—¡Arlette!

Ni siquiera te diste la vuelta.

—Lo siento, tengo prisa. Quedese con el cambio. - puse dinero de más en el mostrador y me fui antes de que te dieras cuenta.

Por la ventanilla del autobús veía los campos llenos de agua. Espejos cristalinos. *Allí abajo esta el cielo, decía la canción* que escuchaba con los auriculares puestos.

Observé el reflejo de las aves sobrevolando las nubes.

Puse la banda sonora de mi vida en muchos viajes, imaginándome que alguien me observaba con un puñado de palomitas en la boca. Esperaba que mi observador supiese que simplemente andaba detrás de una historia.

Una vez en la ciudad el conductor me ayudo a sacar la bici del maletero.

Pedaleé hasta la gran avenida y me bajé enfrente de la librería.

Estabas sentada con una taza de café en la mano, con las piernas cruzadas, mirando la gente pasar. Te contemplaba perfectamente en la esquina de la otra acera sin que pudieras percartarte. Miré el reloj. Faltaba poco para que cerraras.

Deslizaste la mano por el cabello recogido, tapando los mechones sueltos para ocultar las orejas. Mirabas hacia delante, tal vez observando tu propio reflejo, ladeando la cabeza sin mover los ojos. Bajaste la vista al suelo, dejando escurrir una lágrima por la mejilla.

Estabas en el escenario de tu vida y yo la estaba observando. Busque cual sería la banda sonora de tu vida.

Ese no era un sitio en el que me sentía solo, decía la canción

levantaste la mirada...

este es un lugar...

los ojos ahogados en lagrimas,

...en donde me siento en casa

creyendo que nadie te observaba.

Esa podría haber sido la banda sonora de tu vida. Si así lo fuera.

Te deshiciste de las lágrimas como si fueran cosas prohibidas, como si llorar nos hiciera sentir menos humanos. Al ver tus lágrimas supe que tu

casa, tu hogar, estaba lejos.

Agarraste la taza y te levantaste. Saliste de mi campo de visión.

Cuando reapareciste tu rostro llevaba una dulce sonrisa, dirigida a tu compañera de trabajo, la misma que nos hizo pasar un mal rato jugando con nosotros el otro día. Intercambiasteis palabras. Se dio la vuelta y agarraste tu bolso del respaldo de la silla. Estabas a punto de salir.

Apagué la música. Me inflé de valor y crucé la calle. Lo único que buscaba era saber tú nombre. Oírlo de tu propia voz.

Te quitaste la coleta, dejando tu pelo libre y descuidado.

Intente llegar antes de que subieses a esa bicicleta vieja de color azul que estaba atada con el candado al árbol.

Cuando llegué a la acera me detuve. Siento decir que me acobardé en el último momento. Giraste la cabeza solo un poco, sabías que estaba allí, detrás de ti.

Me acerqué, solo unos pasos. Te diste la vuelta y me miraste. Esperaba que dijese algo. Levante la mano en señal de saludo.

—Hola, yo...

Levantaste las cejas, con los ojos bien abiertos, esperando a que terminase la frase. "yo te he estado buscando, yo quería hablar contigo, yo...te he encontrado." podría haber dicho. Sin embargo sonreíste al verme mover mi boca, al intentar decir cualquier cosa apropiada, fracasando en el intento.

—Julen —pronunciaste mi nombre como un susurro. No sabes la satisfacción que me hiciste sentir al saber que te acordabas de mí.

Metí las manos en el bolsillo, sin saber muy bien qué decir a continuación.

— ¿como me encostraste? — preguntaste divertida

—No lo hice — contesté a medias, sin querer añadir nada más.

Quería que creyeras que fue una mera casualidad. Y en cierto modo era la única verdad. Que no te estaba buscando, sino que simplemente te había encontrado.

Te sonreí. Fue la primera vez en días que sentí que sonreía de verdad.

— Tengo un spray en el bolso.— Guiñaste el ojo mientras te reías.

Me encogí de hombros y sentí el rubor en mis mejillas.

—¿Te gustaría tomar algo?— Conseguí preguntarte.

— Eso estaría bien — sonreíste— Pero ahora mismo necesito hacer algo importante y...no puedo dejarlo para más tarde.

—oh...bueno, esta bien...no te preocupes. — la ilusión se esfumó —
Realmente es un placer volver a verte así que si necesitas algo...

Volví a sonreír con esa estúpida sonrisa vergonzosa.

Me observaste detenidamente, otra vez, como aquella noche,

— ¿sabes? Ahora que lo pienso...Creo que me vendría bien un poco de ayuda.

Parecía como si fuéramos a contrarreloj, como si se acabase el tiempo. Intentaba alcanzarte, pero tu ibas demasiado rápida. Parecía que me estuvieras retando a un juego, comprobar si era capaz de seguirte, sin perderte. O tal era yo, con ese miedo.

Bajaste la velocidad cuando nos internamos en el bosque. No sabía dónde me estaba llevando todo aquello. Aproveché el aire de la brisa, desfilando entre los árboles, para llegar hasta mí y sentir las gotas de sudor, perlas diminutas en mi frente empapando mi rostro. Tenía ganas de gritar en ese instante lleno de euforia, gritar a todo pulmón que te había encontrado, que lo había conseguido. Y sin embargo parecía demasiado bonito, demasiado perfecto, demasiado irreal. Verte allí, a mi lado, tus rizos ondeando en la brisa. Tuve miedo por primera vez de que todo aquello se esfumara en cualquier momento. Estábamos juntos, como si la distancia de unas cuantas semanas no nos hubieran separado, como si fuera solo un instante en el que nos hubiésemos conocido.

Nos adentramos más y mas por la carretera que travesaba el bosque. Cuando más avanzábamos más se apreciaba el canto de los grillos. Los últimos rayos del sol se colaban entre el follaje, haciendo que el paisaje fuese digno de contemplar. Habíamos recorrido ya casi unos tres kilómetros cuando la carretera dibujó una curva a la izquierda con una casa al otro lado de la carretera. La casa, grande y de madera se asomaba entre unos árboles. Y más allá arbustos y bosques frondosos que parecían infinitos..

—Ya estamos.

Nos quedamos en silencio, sin hacer nada. Solo una leve sonrisa en tus labios.

Por un momento pensé que tal vez estábamos en casa de Alain y de Kate, pero al ver el campo y sus hierbajos supe que nada tenía que ver con el precioso jardín que describía en el cuaderno.

—¿Vives a qui?— pregunté bastante convencido de mi propia pregunta

—Vivía.

Dejamos las bicicletas escondidas detrás de un arbusto, justo al lado de la carretera. Te seguí por el camino de tierra, sin hacer preguntas, mirando solamente a mi alrededor. Solo las hojas y las ramas se quebraban bajo nuestros pies. Volví la vista hacia ti. Parecías preocupada. Subimos los peldaños y te agachaste delante de la puerta. Buscaste debajo de la alfombra acumulada de polvo. Debajo de ella había una llave. Un escondite muy poco meditado. Formaste una sonrisa ladeada mientras señalabas la llave, tal vez pensando lo mismo que yo.

La mano tembló al intentar meterla en la cerradura. Giraste a la derecha, luego a la izquierda...sin acordarte como se abría. Con un último puntapié desatracaste la puerta.

Un leve crujido me hizo estremecer. Miraste hacia atrás asegurándote de que nadie nos veía.

Entramos en la leve luz del sol que se coló en nuestro camino, alumbrando en la penumbra. Decidí esperar en la entrada, aunque no me lo pidieras. Subiste por una escalera, donde unas prendas colgaban de su barandilla, mientras crujían bajo tus pies como piezas de un piano viejo.

Desde la entrada, a mi izquierda, estaba el salón y a mi derecha la cocina. Me quedé a solas, esperando con impaciencia a que bajaras.

Tardaste unos minutos, en los que solo pude oír el ruido de unas bolsas y cajones abriéndose y cerrándose. Apareciste al poco rato, con dos bolsas negras de basura, golpeándose en las escaleras al arrastrarlas cuando bajabas. Tu expresión había cambiado. Observabas a tu alrededor como si aquello fuera nuevo. ¿Tratabas de visualizar a caso cualquier sentimiento arraigado? Suspiraste. ¿Era una despedida? Pensabas, tal vez, que nunca más volverías a pisar esa casa?

Me miraste, como si nada.

— ¿Quieres tomar algo?

Ni siquiera lo dudé. Habíamos recorrido un largo trayecto en bici y necesitaba algo para refrescarme.

Te seguí hasta la cocina. Abriste la nevera y miraste en su interior. Extrajiste dos botellines de cerveza. Con el dedo índice y el pulgar balanceaste la botella desde el extremo. Levantaste los ojos, en señal de interrogación. Sin previo aviso la dejaste caer. Extendí mi mano justo a tiempo. La agarré en el vuelo, casi a punto de escurrirse de las manos a causa de la pequeña escarcha.

Una sensación de calor me subió desde el pecho hasta al rostro. —¡Dios! — “no deberías jugar así, pensé. Sonreíste maliciosamente mientras sacabas el abridor del segundo cajón. Dejaste tu botella en la encimera. Agarraste otras dos cervezas y las guardaste en la mochila.

— Para más tarde —y sonreíste.

Dejé que el frescor recorriera mi garganta con suavidad con el primer trago. Me limpié los labios mojados con la mano, mientras observabas el suelo, con la mirada seria.

—¿Sabes qué?

— ¿Qué? — pregunté intrigado.

Tus ojos se volvieron oscuros. Dejaste caer la botella, esta vez rompiéndose cerca de tus pies. Los cristales mas pequeños saltaron en todas direcciones. Me aparte asustado, un miedo en el pecho silencioso. Te miré con los ojos abiertos, interrogantes.

— Esta ya no es mi casa.— dijiste sin atisbo de sentimiento.

Abriste la nevera otra vez, con rostro serio, arrastrando el único paquete de cervezas que estaba en el fondo. Lo agarraste y lo subiste para darle el impulso que necesitabas. Lo estampaste contra el suelo. En el mismo sitio.El estruendo inundó la estancia. Algo parecido a la espuma del mar llegó a tus pies, a los tuyos y los míos. Me quedé atónito.Caminaste alrededor de la cocina, dejando las huellas de tus zapatos, deteniéndote justo cuando empezó el ruido de un motor que provenía del exterior.

—Debemos irnos— anunciaste como si nada, pero acelerando el paso, sin olvidarte de las bolsas que estaban en el suelo, cubiertas también de cerveza. Abriste la puerta trasera que había en la cocina y te seguí todavía consternado, sin dejar de mirar las botellas rotas en el suelo. Cerré la puerta tras de mí y nos fuimos. Al salir supe que podía contestar a esas preguntas por mi mismo. ¿Era una despedida? ¿pensabas tal vez que

nunca más volverías a pisar esa casa? La respuesta era si.

20

Habíamos escapado como dos ladrones, pero sin escondernos, caminando lentamente por la calle despejada, con el ruido de los coches a lo lejos, adentrandonos cada vez más en el silencio de la ciudad.

De vez en cuando nos cruzábamos con alguien, pero salvo nosotros dos, todos los demás parecían estar en sus casas, con las luces de sus habitaciones, de sus dulces hogares, iluminadas. Las bicis hacían ruido a nuestro lado, llenando el silencio. Nuestros pasos en el asfalto sonaban al mismo compás, un paso tuyo, un paso mio. En cambio nuestras voces se mantenían guardadas.

Esperaba el momento en que dijese algo, y esperé y esperé.

Te detuviste en la fuente que había en el parque, justo enfrente del museo. Dejaste apoyada la bici en la lisa piedra de la fuente, dejando en el suelo la bolsa de basura que todavía olía a cerveza.

Sacaste las dos cervezas que guardaste en la mochila, junto con el abridor que al parecer habías robado del segundo cajón.

—Por nuestros cometidos

Entrechocamos las botellas y bebimos. Un gusto amargo y salado me envolvió el paladar. La cerveza estaba caliente.

—¿Nuestros?— Pregunté después del primer y último trago que iba a tomar de esa cerveza ya caliente.

Miré en tus ojos, en esos extraños ojos que contemplaban la botella casi con recelo cabizbaja. Todavía no entendía ese arrebató repentino. Buscaba una explicación. Ahora entendía mejor por que Alain, -ese señor, ese desconocido- se había quedado con tu imagen, al verte así, como a alguien que necesita realmente ayuda.

— ¿Por qué lo has hecho?

— Porque se lo merece

—¿quién?

Tomaste un sorbo más

—Creí que sentiría algo...que me sentiría mejor, sin embargo no siento nada en este momento. Aunque te lo explicase no lo entenderías.

Bajé la botella y me quedé en silencio, Y entonces recordé. Asta el momento no lo había pensado. Intentaba entender, descifrar, cómo podrías sentirte mejor al hacer algo que ya hiciste una vez. ¿tal vez por que no estaba allí para hacerte daño? ¿para dejarle un mensaje? ¿para desafiarle? ¿para decirle que no podía hacerte nada?

Miraste al cielo, con los ojos brillantes.

—A veces es incluso mejor no sentir nada que sentir algo.— dije. Tal vez dije una estupidez, pienso ahora, o tal vez no. —Para tener que odiar, para tener que sentir la rabia... es mejor no sentir nada.

Moviste la cabeza, asintiendo.

Esa noche a diferencia de ti, mientras retomábamos nuestros caminos, yo lo sentía todo, todo lo bueno que pudiese sentir.

Caminamos hasta tu casa. En un edificio en un callejón estrecho, concurrido de todas formas por personas que venían y se iban. Subimos las escaleras a oscuras con las bolsas y tu bici cuesta arriba. El edificio era tan pequeño que no había ascensor.

Te apoyaste sobre el marco de la puerta, sin encender la luz de la casa, para que no te viera llorar.

—Ha sido un precioso día. - lo dije porque lo creía de verdad.

Estiraste los dedos de tu mano en mi dirección. Sin saber si buscabas mi mano o no. Sin saber si tenía que entregarte mis dedos para que pudieras reconocerlos en la oscuridad, para saber si estaba allí

A pesar de la ausencia de luz nuestros ojos se veían, se reconocían en la completa oscuridad.

Me di cuenta de que sujetaba tus cosas, cerrando los dedos con fuerza por el peso de las bolsas. Me avergoncé en la oscuridad, dandote la bolsa con los osos de peluche. Me atreví a sacar uno de su interior y te lo di como si fuera un bebe ,acariciándolo, para que vieras que todo estaba bien. Lo agarraste y te lo llevaste al estomago, mirándome con la cabeza ladeada.

—Es hora de que me vaya. - dijiste en vez de decirme que me fuera.

Antes de cerrar la puerta me dije ami mismo que no me iría sin saberlo. Pregunté tu nombre como si lo hubiese dicho en silencio. No escuché mi propia voz, ni la tuya. Cuando dijiste tu nombre no escuche tus palabras, las leí en tus labios, dibujadas como una luz en la oscuridad.

Arlete.

Eras tu, la niña que observaba las tejas rojas de una casa.

Bajé un escalón. Satisfecho, sin que tu lo supieses

—¿Te gustan las historias?

Me di la vuelta, sin el preaviso por la pregunta

—Me encantan las historias.

Sonreíste, parecías querer decir algo más, pero cerraste la puerta y me quede en silencio, y entonces si me quedé en la oscuridad.

21

Sus miradas eran como cuchillos, penetraban en tu ser, haciéndote sentir. Pero sin saber qué sentir ¿Miedo? ¿Pena? ¿O tal vez Vacío? Si. Vacío.

Aquel día, cuando mi madre me miraba de vez en cuando, y nuestras miradas se encontraron en el espejo sentí como un vacío en mi interior, denso, profundo, como si solo pudiera sentir el frio hielo. A veces me decía que estaba guapo, me pusiera lo que me pusiera. Supongo que las madres son así. Pero ese día solo me miró. Deslicé los dedos en el extremo de la pajarita. Me puse un traje azul con camisa blanca, pajarita a juego. No quería que me viera sonrojar. Me hubiese gustado decirle que no pensaba ir a mi graduación, aunque ella pensara lo contrario. ¿Por que iba a hacerlo? Agarré la cartera y las llaves de casa

— Volveré pronto.

Al salir de casa el sol me dio en la cara. Me subí las mangas hasta los codos. Eran las cinco de la tarde. En media ahora empezaban las actuaciones. Pedalee tranquilamente hacía la escuela.

El vestido de Ada estaba descubierto por la espalda. La vi desde el aparcamiento de bicis, esperandome justo en la entrada. Me recibió escondida detrás de unos ojos maquillados, cansados y decepcionados. Su padre no estaba allí para ver a su propia hija pequeña.

Lili estaba radiante, sobre el escenario, vestida de bailarina y el pelo recogido; los ojos pequeños y las mejillas regordetas llenas de purpurina. Levantó los brazos y se puso en posición, imitando al resto de sus compañeras. El público rió al ver esas diminutas bailarinas moverse estupendamente, haciendo volteretas sin ni siquiera descoordinarse. Al contemplarla, a ese ser tan diminuto... y sin embargo, parecía inmensa en el escenario. El público aplaudió, Ada ensanchó su sonrisa mientras dejaba salir esas lágrimas tanto tiempo contenidas. Al vernos allí en primera fila su ilusión solo fue un diminuto chispazo hasta que sus ojos se dieron cuenta, al llenarse de lágrimas, que su padre no había cumplido su promesa.

La esperamos en el pasillo, sin decir nada. Lili salió corriendo directamente hacía nosotros, tirándose encima de su hermana. Por un momento dejó de importarle que su padre no estuviera allí. Sonrió fuertemente, mostrando sus dientes de leche.

La voz de Ada tembló de emoción, la abrazó fuertemente mientras reía, contenta de su pequeña hermana. Después me abrazó a mí y yo la recibí acariciando su pelo azabache suelto y suave. Y entre tanta paz y gratitud escuché cerca de mí un murmullo lejano pero audible. Palabras sueltas que viajaron, como rozando mi cuello para luego entrar en mis oídos. "Ambulancia" "pastillas" y "culpable".

Estaban hablando de mí.

Mi cuerpo ya no era mi cuerpo, huyó junto con mi alma, caminando rápidamente hacía la salida, mientras esta se desangraba en su interior. Tal vez las entrañas y el corazón.

Eso no debía suceder. Mi mente había atrapado esas palabras y no dejaba de repetir las. Había intentado evitarlas, mucho antes, justo cuando mi madre me observó en el espejo. Tal vez no solo te vaciaba desde dentro - cuando clavaba sus ojos en ti - sino que te introducía como un parásito, un virus un veneno esas palabras ya existentes. Las dejó en mi interior, como una maldición, sabiendo que inevitablemente que las encontraría. Con todos mis esfuerzos había intentado evitarlas, escucharlas en boca de alguien que no fuera yo. Me imaginé estando delante de mi clase, en la graduación a la cual no había asistido. Una pesadilla en la que todos se te quedan mirando, acribillándote con cara de asco. Susurrando en voz cada vez mas alta: Ambulancia, culpable, pastillas, suicido, culpable culpable,

culpable... Rodeándote y clamando a la vez hasta quedarme en el suelo.

Un escalofrío me recorrió el cuerpo entero. Era como una pesadilla, pero sin sueño. Era real. La gente a mi alrededor empezó a echarme el ojo mientras me quitaba la pajarita. No podía respirar...

—Julen

Ada estaba detrás de mí, siguiéndome a pasos veloces, con su hermana a su lado.

— Perdona —Dije aturdido — me he mareado un poco.

Me masajeeé la frente.

—¿Estas mejor? —me acarició el hombro.

—Si, gracias.

Miró alrededor. La gente continuaba mirándonos.

—¿Se puede saber que esta mirando? Siga caminando ¿quiere?

Puso una mano sobre mi hombro.

—Vayámonos de aquí, Julen.

—¿Nos vamos a tomar un helado, entonces?— preguntó Lyli, inocentemente, sin darse cuenta de nada, mientras mi cabeza clamaba en voz alta: Ambulancia, culpable, pastillas, suicido, culpable culpable, culpable... Esas palabras que al fin y al cabo yo mismo me había dicho.

22

Al entrar en la heladería Lily corrió directamente hacía la piscina de bolas a jugar con los demás niños, mientras Ada y yo nos sentábamos en una mesa vacía, todavía sucia, al lado de la ventana, uno en frente del otro, sirviéndonos al instante dos granizados de limón.

— ¿Todo bien?

Todavía estaba procesando esas palabras... un gran peso sobre mi pecho, aun así asentí. Mantuve los puños apretados, encima de la mesa, con los ojos puestos en ellos. No conseguía relajarme. Me sentí lejano hasta que

Ada me sonrío.

—¿Qué ha pasado?— ladeó la cabeza para mirarme a los ojos

— ¿Realmente crees que fue mi culpa? — Pregunté sin pararme a pensar si quería hablar sobre el tema o no. Necesitaba sacarlo todo desde dentro.

—¿El qué?

— Ya sabes a que me refiero. — Como dije en el pueblo siempre se corría la voz.

Silencio. La miré a los ojos. Estaba seria.

— A la gente le gusta hablar. Les gusta lo trágico, lo morboso... Estamos en un pueblo, necesitan novedades o se vuelven locos. Exageran las cosas...

— Esto es diferente. Fue mi madre quien lo dijo. Fue ella quien gritó mientras se la llevaban que fui yo. Que era mi culpa. Esa parte es verdad

—. Tu no le metiste esas pastillas en la garganta.

Dejamos la conversación mientras observaba a mi alrededor a las personas, buscando sus miradas, sus cuchillos penetrando en mi carne. Cada vez me costaba mas estar en un sitio publico donde hubiese tanta gente. Y como último recurso en un estado de desesperación... mire a la única persona que estaba a mi lado, siempre y cuando la necesitaba. Al mirarla me di cuenta de algo que nunca había pensado. Allí, delante de mí, tenia a una desconocida. Me fijé en los detalles que la hacían ser ella. Sus labios, su nariz, sus ojos, sus pecas casi imperceptible, sus cicatrices invisibles, una en el mentón, otra en la frente. En ese instante sus facciones parecían de otra persona, como ver su cara por partes. Entonces lo entendí. La estaba mirando por primera vez. Eramos dos extraños, que se cruzaron en sus caminos, dos extraños que decidieron no querer estar solos.

Tal vez todo habría sido diferente..., y tal vez sus ojos nunca debieron de estar así, tan tristes, tan cansados...

A veces me pregunto que hubiese pasado si nos hubiésemos conocido en otras circunstancias, dije.

—No lo hubiésemos hecho— respondió tristemente convencida.

Nos miramos, compadeciéndonos de nuestras miserables vidas. Nuestras

vidas nunca podrían haber sido de otra forma.

— Si no hubiese sido por esa furgoneta tuya...— intenté sonreír

—Esa furgoneta te salvó la vida.

En ese momento se abrió un viejo recuerdo de mi madre.

Ese día, al salir del hospital, como otras tantas veces, tenía que volver a casa a pie. Mi padre se iba a quedar con ella toda la noche. Ni si quiera recuerdo qué le paso, si estaría enferma o si le había dado uno de sus ataques de histeria. "Ve a casa y descansa, no te preocupes, yo estaré con mamá"

Mi vida era como un bucle, que se repetía una y otra vez. Había pasado lo mismo esa noche, justa antes de ir a esa fiesta. Un bucle tras otro.

Salvo ese día.

Al salir del hospital, cuando a los pocos minutos empezó a llover me sentí tranquilo. A pesar de la noche, del frío... Necesitaba la lluvia al igual que necesitas la música en los momentos tristes. Y al igual que ésta, sentir como penetraba en mi interior, sentir la ropa empapada, pesando sobre mi. Y entonces unas luces me alumbraron. Una furgoneta roja se paró, bajó su ventanilla...

Al recordárselo, aquel día en la heladería, sus ojos se encendieron al igual que cuando los rayos del sol reflejan en el cristal, brillaron con la luz que salía de dentro, aquella que aún residía en su interior, arrastrándola en el exterior con sus lágrimas.

—Antes...mucho antes solo tenía a Lili.—Su voz sonó baja —Y nada más. Cuando te vi allí, bajo la lluvia no se lo que sentí...pero te vi. Como si viera mi propio reflejo en un charco de agua. Borroso pero reconocible. Te sentí como si pudiera verme a mi misma.

—Si no estas bien...si se que no estarás bien...

—Crees que estaré bien...— la interrumpí — ...o tal vez creas que no ¿Pero sabes? Yo tampoco lo sé — Se me hizo un nudo en la garganta.

Sus ojos continuaron brillando, sin pestañear, manteniendo esa leve sonrisa. Bajé la mirada, no quería ver sus ojos que, como las cebollas, te hacen llorar.

Llegué a casa, mi padre durmiendo, mi madre acostada en el sofá, con las piernas dobladas, tan pequeña y delgada como una niña pequeña. Todavía despierta, con el rostro azul de los destellos del televisor. Intenté acallar mi voz de una maldita vez y no pensar en los vecinos, en las personas de ahí fuera.

Levantó la cabeza, adormilada. Y con su voz ronca me preguntó como había ido todo. Quiso saber si había cenado y dónde. Me pidió, casi por favor, antes de siquiera responderle, que me quedase a su lado, aunque fuera solo un rato. ¿Es que me había perdonado, olvidado de todo, de lo que yo le había hecho?

Me senté, mientras cerraba sus ojos, haciendo el esfuerzo de no dormirse. Abrió la boca solo para decirme si quería beber, repitiendo el mismo ritual que conocía desde que era pequeño, cuando me llenaba un vasito de coca-cola fingiendo que era un chupito. El recuerdo me avergonzaba; el recuerdo de una infancia ya pasada. Aunque mi madre no quisiera aceptar que *su niño* ya se había hecho mayor.

— Tranquila, ya me levanto yo.

No esperó. Se levantó, con la mejilla marcada por el cojín. Se fue a la cocina y me trajo el *chupito*.

—Gracias.

Volvió a acostarse, a punto de dormirse otra vez.

Me pregunté por que hacia aquello, por que intentaba tratarme bien, por qué era amable conmigo después de lo que le hice. Quería ver dentro de su cabeza, saber que sentía, cuando fingía y cuando no. Entre sueños me preguntó si me había acordado de las pelis.

—Me he olvidado. Lo siento.— Mentí sin más, sin vergüenza.

Me acordaba. Simplemente no le daba importancia. Nunca solía verlas. Se quedaba dormida o se iba a la cocina. O afuera, a fumar. Al observar el pasado...solo ahora comprendo lo que yo sentía. Solo ahora sé que la gente se equivocó conmigo. Lo que yo pensaba sobre mi mismo era lo único real. No era lo que la gente decía sobre mi, sino la verdad que yo sabía. No quería hacerle caso. Quería hacer otras cosas, quería salir de casa, quería huir...

Esa noche mi madre quería que me quedará, que viésemos una peli. No quería conversaciones. No quería hablar porque no sabia de lo que hablar. Y así aprendimos, en silencio, sin mirarnos, compartiendo un espacio reducido en algún sitio entre nosotros, casi inexistente, que nos necesitábamos.

Miro al pasado y suspiro, buscando en mí una pizca de bondad, recordando la voz de mi padre "Eres un buen hijo"

La miraba dormirse y luchar para mantenerse despierta. Era lo único que ella podía hacer por mí. Era lo único que podía hacer por ella. O eso pensaba yo.

Se quedó dormida.

Me levanté del sofá y apagué la tele.

24

16 de marzo de 2012

En el recibidor un amable mujer me guía hasta a algo parecido a un invernadero. Dentro hay una gran variedad de plantas y flores, Veo orquídeas, Rosas y claveles. En medio de la estancia unos arbustos forman una capilla desde el suelo hasta el techo, cubierta de rosas de diferentes colores. Algunas abiertas y otros todavía por abrir.

Allí dentro una muchacha pálida como la nieve se entrelaza los dedos entre los mechones rizados de su pelo. En la otra mano sostiene un libro.

Nos acercamos sigilosamente.

Levantas la vista del libro, echándote el pelo hacía un lado con la mano, para descubrir tu rostro. Cuando me ves no sonríes, en tus ojos percibo sorpresa.

Te levantas con lentitud, dejando el libro en el banquillo. La mujer se despide y nos deja solos. Te sonrió, sin saber muy bien por donde empezar. Me observas detenidamente, con los brazos cruzados. Tus ojos se detienen en mi mirada.

"Creía que era más alto" me dices con una sonrisa

"Creía que tú eras más baja"

Nos reímos.

Llevo en mis manos un regalo. Te muerdes los labios. Nos mantenemos en silencio y sonrojo.

Solo quiero saber como estás.

Empiezas a andar hacía el otro lado del invernadero, entre las rosas y las flores, mientras las olfateas y las acaricia con los dedos. Caminas despacio, para que te siga. Coges una amapola entre tus manos. Todavía estoy esperando que agarres el regalo.

Nos sentamos en otro banco, cerca de un bosquecillo de rosas. Todo lo que hay aquí es precioso, parece un buen lugar.

Me ayudas a sentarme. Dejo el regalo a mi izquierda, y te sientas a mi lado. Sin saber que decir te pregunto otra vez si estas bien.

"¿y si te digo que no estoy bien?"

Nunca he sido útil en expresarme, entablar una conversación, saber qué decir en cada momento. Soy un completo desastre en todos los sentidos. Te tiendo el regalo y lo rodeas con tus manos, deseando abrirlo.

"Sigo pensando en esa botella. si pudiera repararla..." es lo único sincero que se me ocurre decir.

"No se puede, ya no", dices. "Los cristales ya se han perdido, y si intentas encontrarlos te cortas"

"Me gustan tus metáforas, pero hablemos de verdad" Te pido.

Me hablas sobre tu padre, tu verdadero padre, sin mirarme para no llorar. Apenas te acuerda de él, solo tenías dos años. Pero recuerdas lo suficiente como para saber que lo amabas.

Tu madre hizo que lo recordaras, incluso cuando no había recuerdos. Tu madre empezó a beber, a tomar drogas, incluso a venderlas. No trabajaba y no tenía a nadie. Más tarde conoció a un hombre. Ni siquiera te acuerdas de la primera vez que lo viste. Para ti es como si hubiese estado allí toda la vida, solo para remplazar el nombre de tu padre para ensuciar tus recuerdos.

Haces una pequeña pausa para contener las lágrimas.

Y entonces lo cuentas. Él tumbado en el sillón...intentaste quitarle esa botella, eso era lo que le hacía ser malo, lo que le hacía volverse un monstruo. Quisiste ser valiente. Se despertó de pronto, cuando ya tenías esa botella en las manos. Sus ojos rojos y llenos de furia se clavaron en ti. Tuviste miedo y soltaste la botella. Se rompió en pedazos bajo tus pies. No viste venir el golpe que recibiste en la espalda.

Te quedas en silencio. Pero todavía no has terminado. Sigues mirando algo más allá en el bosque de flores que nos rodean.

Lo último que recuerdas antes de quedarte inconsciente, es despertarte en brazos de tu madre, sintiendo dolor en la espalda y las lagrimas correr por tus mejillas. Esa fue la primera vez que te puso la mano encima.

Observo tus muñecas. Esas cicatrices tienen una historia. ¿Es por eso? ¿Por eso has llegado a hacerte esto? ¿hasta que punto, un ser como ese, pudo influir en tu vida?

Cuando no está a tu alcance ¿sigue haciéndote daño a ti? ¿Sigue torturándote constantemente hasta infringirte tu propio dolor? ¿son esos monstruos que se han creado en tu interior "tuyos"?

Me observas y acaricias tus cicatrices. Y entonces preguntas por mí, por mi accidente. Tu pregunta me agarra por sorpresa. Sigues mirando tus cicatrices. Piensas en ellas. Piensas en mi. Ni siquiera soy capaz de escribirlo. De admitirlo. La vergüenza se vuelve roja, como la sangre, en mi rostro.

" Note...la mentira en tu voz cuando le dijiste a tu hija que no lo viste venir" Apartas la vista de mí, avergonzada. Lo único que puedo decir es lo que sentí en ese momento. Me sentía vacío... me sentía muerto. Me sentía muerto por dentro. Hace mucho tiempo que me siento así. Ahora comprendo por qué quería venir a mi casa realmente. Para conocer mi historia, para conocerme a mi. Y ahí va.

Ahora, días después del accidente he recordado con nitidez. Pisé el acelerador sin detenerme a pensar en las consecuencias. Vi la señal, roja, como si goteara rojo vivo..

"Dicen que es de cobardes quitarse la vida... pero es mentira. Necesitas valor para hacerlo". "Grité desesperada cuando vi que eso era real." "Por primera vez en mi vida me dí cuenta de que la última persona que creía que nunca me haría daño era yo misma"

Sin esperar a que diga nada abres el regalo, lo desenvuelves y al abrirlo susurras mientras acaricias la portada con las manos: "Al batir las Alas" Abres el libro y en la primera página encuentras lo que he escrito. Sonríes, me miras y lo lees en voz alta. "Porque el simple aleteo de una mariposa

puede cambiar el mundo”

“Yo quiero vivir, Arlette. No deseo la muerte, solo quiero terminar con las cosas del pasado, librarme”

Asientes, parece ser que tu sientes lo mismo.

“¿Porque has cambiado de idea? ”pregunto por curiosidad

Y entonces hablas de tu hermano. Y el mundo de alguna forma se viene abajo. Veo el esfuerzo que haces por no volver a llorar.

Y creo que esta historia ya es suficiente por hoy.

25

Llamé al timbre.

Después de un ruido estruendoso empujé la puerta y me adentré. Dejé la bici en el portal, al lado de la pared de yeso.

Cuando subí, la puerta me esperaba abierta, aún así, golpeé con los nudillos antes de entrar, deslizándome con cuidado, en silencio.

El salón era un cubículo con tres puertas que supuse daban a la cocina, al baño y a tu habitación.

Saliste del cuarto con el pelo medio recogido, tambaleándose sobre tu cabeza, con la camisa blanca desgastada y unos tejanos negros, manchados de lejía, dándote un toque de apariencia surrealista. Eras preciosa incluso con lo mas sencillo.

Y luego tus sorprendentes labios rosa chicle, sonriéndome.

— ¿Quieres tomar algo?

me llevaste hasta la terraza, con dos cocacolas y patatas para picar, en una bandeja.

Te seguí, subiendo las escaleras hasta el tejado.

Te ayudé con la puerta. El ardiente calor quería colarse en la sombra.

Mucho más allá se extendían los campos de hierba. Las montañas se erguían enormes. La luz del sol bañando con su esplendor el mundo que observaba. Más allá... las casas pequeñas, desperdigadas como dados encima de un tablero. Y allí abajo, a nuestros pies la gente moviéndose entre las casas y los edificios. Lo estético contra lo dinámico.

— Unas vistas preciosas. — admití para mi sorpresa.

Había tres sillas de madera y una mesa pequeña esperándonos en el centro. Un paraguas de sol travesaba la mesita, para darnos sombra.

Dejaste la bandeja en la mesa.

— Siento venir así, sin avisar—dije— Aunque estaba bastante seguro que tenias el domingo libre.

— No te preocupes...Es agradable tener compañía.

A tu lado me sentía relajado, en paz. Observé tus ojos entrecerrados por el sol, los labios separados, secos por el calor.

Nos sentamos los dos al mismo tiempo en las sillas.

Giraste la cabeza, sin expresión en tus ojos. No sabia si era buena idea hablar sobre la vez que nos conocimos en esa fiesta. Llevaba tanto tiempo intentando descubrir que pasó esa noche que sentí que si no lo preguntaba nunca más lo sabría. Aun así esperé. Volví la vista hacia el horizonte, con el vaso y el ruido del hielo en mi boca.

A nuestro lado, en orientación oblicua, presidia ese edificio más alto como el tuyo. En la tercera o cuarta planta, había una señora en el balcón, sentada en una silla, con la mirada perdida, mientras su gato jugaba a ser equilibrista en la barra de metal. Perdí la vista en ese gatito que no tenía miedo.

— Mi madre ha avisado a la poli —Te devolví la mirada, asustado —
Tranquilo, ha sido para avisarnos. No ha pasado nada.

Sentí como tu rostro se endurecía. Por un momento me sentí culpable. Cuando cerraste los ojos creí que no querrías hablarme.. Suspiraste y al instante sonreíste,

—Todo esta bien.

Volví la vista al gato , intentando convencerme de tus palabras, estaba allí, caminando sin miedo a caer. Mis ojos se desviaron al rostro de la mujer con la mirada perdida. Intenté desviar la mirada, pero cada vez que me cruzaba con la suya, la mujer se resistía, haciéndome sentir incomodo.

¿A caso esa mujer también sabía lo que había hecho? Notaste lo que estaba ocurriendo y me sonreíste de esa forma que solías hacer cuando me veías nervioso. Pusiste tu mano encima de la mía, suavemente y entonces me explicaste que solía estar allí, vigilante a su alrededor.

Hacía mucho calor y te pasaste los cubitos de hielo por el cuello, derritiéndose sobre tu piel, mientras me explicabas la guerra de miradas que mantuviste con esa vieja, de enfrente, una vez, hace meses.

—¿Y quién gano? — sonreí curioso.

Nos reímos. Podía imaginarme la respuesta.

— Pobre mujer...— dijiste — y que pesada es.

Te enfrentaste a su mirada, levantaste la mano y la saludaste. Ni siquiera se inmutó. Como si en cierta forma fuéramos invisibles.

— Un gran amigo mio...— suavizaste la voz — Me explicó que hay veces que cuando alguien te mira piensa en sí mismo. En como se ve, a través de sus ojos.— Estuviste callada unos segundos – En el fondo somos egoístas y solo pensamos en nosotros. Pienso que la gente solo me mira y ve una pobre chica. Pero nadie sabe nada de mí, y me asignan una etiqueta, me juzgan. Para decirme que nunca deben ser como yo, que nunca deben caer tan bajo. Entonces siempre intento arreglarme el pelo, taparme la cara e intento que no se den cuenta. De que no se den cuenta de *cómo soy*— se ríe — ¿Y es estúpido no? Porque lo único que haces es en convertirte en esa persona que todos dicen que eres...

Me hiciste pensar en lo que la gente decía sobre mi, y en que punto me encontraba yo. Si creía en mí por lo que decían los demás o por creer en lo que realmente era. Pero no estaba de acuerdo del todo. Y así lo dije. Al menos yo no observaba a la gente pensando en mi, la observaba para ver como eran, que eran mejores que yo. Solo en ese instante me di cuenta de que era lo mismo.

—Suenan complicado, pero es fácil. Miramos y hablamos en nuestra mente, a nuestro yo. Sin embargo tu pareces diferente, miras con tristeza al ver que los que te rodean tal vez sean más felices que tu. El día en que te vi allí en la fiesta me di cuenta que tú me mirabas de otra forma, o que por lo menos no te importaba lo que veías en mí. Supe que pensabas eso. O tal vez inconscientemente decidí que pensabas eso. Supongo que eso así al fin y al cabo.... De pronto te vi haciéndome una foto, ¡a mí! ¿Quién hace una foto a una persona como yo? Pensé ¿Que había de interesante en que yo fuera...enmarcada, recordada... ?Nadie.

— ¿Yo soy “Nadie”?

Porque yo si vi algo, quise decir. Si. Me vi a mi mismo reflejado en tus lágrimas.

— No. Tu ...tu eres *alguien*.

Yo soy alguien. El corazón me golpeó el pecho. “¿Has oído?” si si. Lo he oído. Yo soy alguien” Sabias la forma de conseguir que nunca pudiera dudar de mi mismo. Yo soy nadie, y me lo creí.

Me volviste a mirar, como si algo te preocupara, te pusiste seria y tus cejas descendieron, tus ojos se humedecieron. Y entonces cuando seguiste hablando de esa noche me dijiste que sabias lo que hacías, que cuando me viste, sabias lo que hacer y...

—... simplemente me dejé llevar.

Te acercaste a mi. Te acomodaste hacía atrás, con la cabeza recostada en el respaldo, sin dejar de mirarme. Me sentí inspirado. Quería decirte cosas como que tu y yo no eramos tan diferentes, que había algo en ti que reconocía, que esa noche al mirarte me vi a mi mismo. Que aunque tenias los ojos cerrados fueron tus lágrimas las que me enseñaron mi reflejo.

Aun así me equivocaba. Tu y yo eramos diferentes. Y aunque lo pensabas no dijiste palabra, te quedaste callada y tu silencio fue esos que solo se ven en las personas que no pueden esconder lo que sienten. Tu vida era tan diferente a la mía... y sin embargo yo quería ser como tu, quería saber como seguías adelante, quería tu fuerza y por ello creí, me convencí de que tu y yo conocíamos el mismo sufrimiento.

Intenté mirar tus muñecas. Sin conseguir ver nada. A diferencia de ti, yo nunca había llegado a hacer eso.

—Siento que la gente ve algo en mí...algo que...no soy yo.—dije con un deseo de decir por primera vez en voz alta lo que sentía —creo que de alguna forma...en cierto modo yo también les creo.

— ¿Y por qué les crees?

— Porque todos lo dicen...supongo

— Que toda la gente lo diga no significa que sea verdad

— En mi caso me cuesta ver la realidad.

— Tranquilo. Cuesta tiempo hacerlo. He vivido observando los actos de mi madre, pensando que eran los adecuados, que hacía lo que podía por mi.

Cada cosa que hacia era mi culpa, si me reñían o me pegaban era por que me o merecía. Mi madre nunca hizo lo contrario. Pero... cuando abrí los ojos, cuando empecé a verlo mucho más claro, entendí que era ella la que se equivocaba...y por eso la odio un poco ¿sabes? O mucho. No lo sé. Ni siquiera sé odiar — sonreíste, aunque tristemente, como si ese fuera un mal sentimiento: odiar a una madre.

— Entiendo lo que dices.

— ¿Tienes odio tu también, Julen? -

Tu pregunta me cogió por sorpresa

— Conmigo no tienes nada que temer, puedes decirme lo que sientes. Aquí arriba solo estaos tu y yo.

— No creo que yo sea una buen persona, eso es todo.

— Nadie es buena persona.

No supe como tuve el valor de explicártelo. Simplemente lo dije sin más: El sonido de la ambulancia, mi madre en el suelo, con el bote de pastillas en un rincón del cuarto de baño. Sus ojos intentando abrirse y no dormirse, mis pies sin moverse, observándola.

— Fui yo. Por eso lo hizo. Le dije a mi madre que si quería morirse que lo hiciese. Y al cabo de unas horas, al volver a casa... —no pude temrinar la frase —¿Eso es ser buena persona?

Cerré los ojos por un instante. Y pensé que si no le hubiese dicho eso a mi madre no se hubiese tomado esas pastillas.

Abrí los ojos, me estabas mirando, mientras te secaba el sudor de la frente con la mano.

Me sonreíste

— Hay un hecho inquebrantable Julen. Si tu madre se muere llorarás. Llorarás como un niño pequeño, un niño pequeño que ha perdido a su madre. Mostraras lo que realmente sientes...y eso hace que todo lo demás solo sea un ruido de fondo al que no hay que escuchar.

Nos quedamos en silencio, manteniendo nuestra mirada. Allí empecé a conocer cada detalle de tus ojos, con manchas amarillas, casi imperceptibles. Había un brillo, pero no era tuyo, era el reflejo de la luz de fuera. Tus ojos estaban un poco ausentes, tu vida interior estaba hecha añicos, apagada. Y aun así eras capaz de sonreír. De decir la verdad. La verdad más sencilla que he escuchado en toda mi vida. Sentí como si me

hubieses liberado de algo que me arrastraba y no me dejaba avanzar.

— Supongo que estamos atados. Que ha pesar de lo que sintamos, somos nosotros quienes decidimos si odiar o querer....

Tuve el instinto de cogerte la mano y me sorprendió tanto a mí ,por hacerlo, como por ti, por dejarte.

El sol nos azotaba con su calor sobre el cielo sin techo. Tenía miedo de levantarme y que me fuera volando a otro lugar con mis pensamientos.

— ¿Volverás otro día Julen?

Apretaste mi mano, sin soltarme.

Sonreí. ¿como no iba a volver a un sitio en el que me sentía libre?

26

Arlette, 21 de marzo 2012

Me cuesta un poco escribir sobre esto.

Me paro a pensar delante de un papel en blanco y lo único que precisamente esta en blanco es mi mente. Las paginas cálidas sobre mis manos tienen un aspecto hogareño. Las fibras parecen seres pequeños, vivientes, esperando que llueva sobre ellos tinta negra. Y yo espero que ellos sepan llevar consigo, en su espalda, las palabras que estoy a punto de escribir. Las palabras que realmente quiero escribir; que las absorba para no tener que volver a explicarlas, ni decirlas, ni recordarlas....

Sin embargo son muchas cosas. Me gustaría explicar la cantidad de veces que me he abrazado a mí misma por las noches, agarrándome de los hombros, imaginando que mi madre me abrazaba para dormirme, para tranquilizarme a mí misma, mientras se me escapaba, con un susurro, su nombre, que descansaba entre mis labios.

Pero hoy no explicaré esas cosas.

Tengo marcada en mi mente la fecha, 5 de octubre de 2006.

Caminé siguiendo el compás de mi corazón, a ratos lenta, a ratos rápida. El miedo me paralizaba. Estaba ansiosa por ver a mi madre y no lo estaba. La señora Kenneth me animó a seguir adelante. Ya estábamos

cerca de la habitación. Solo hacía unas cuatro horas que había nacido.

Empecé a pensar en todo lo que debería haber sucedido, todas esas tensiones que deberían ser resueltas poco a poco, atrás en el tiempo, y no de golpe en una misma habitación. Miles de preguntas y preocupaciones me invadían la mente como un rompecabezas al que le faltaban piezas .

"¿Qué pensará mi madre al verme?" Esa era la que más me aterraba.

Odiaba al niño. Por supuesto. Lo odiaba y creía tener razones para hacerlo.

Lo odiaba por quién era su padre, el padre que nunca será -ni deseo- que sea mio. Lo odio porque a ocupado mi lugar en la casa, en mi cama...mis objetos y mis cosas. Lo odio por ser un niño, por ser hombre. Mi mayor miedo estaba expuesto. Mi madre me había olvidado completamente. Su atención sería ahora para esa criatura. Todo su amor sería completamente y enteramente para él. Todo aquello que no me dio le pertenecería a él. Podía verla abrazándole por las noches para dormirle.

Cuando entré en la habitación la vi allí en la cama de hospital. Esa nariz puntiaguda, esos labios carnosos y una expresión en la cara que me resultó bastante familiar. La misma expresión de angustia con la que la recordaba.

Me costaba entenderlo. ¿Seguía siendo infeliz? ¿a pesar de tener una pequeña criatura en sus brazos? Cuando me miró me sonrió.

"Cuanto tiempo" Es lo que me imaginé que diría. Era lo que quería escuchar, y sin embrago... no dijo nada. Simplemente sonrió.

Odio esa sonrisa

Dejé de mirarla para mirarle a él. La manta cubría todo su cuerpo. Una pequeña nariz y unos parpados asomaban por el borde.

"¿Quieres cogerlo?" dijo emocionada, con unas cuantas lágrimas en los ojos.

No. No quiero. ¡Tenía tanto miedo!

Miré a mí alrededor. Él no estaba allí. ¿Que diría si me viese agarrando algo que no era mio? ¿Algo que no me pertenecía salvo a él? Me derrumbaría de un puñetazo solo por rozarle.

"Por favor, cógelo" me lo ofreció, con la voz angustiada.

No pude rechazarlo. Lo cogí con miedo en mis manos, al mismo tiempo que roce las suyas. No pesaba. No gemía, no lloraba... "¿está vivo?" pensé.

La miré. Quise decírselo todo sin hablar. Nos miramos largo tiempo. Ni siquiera estaba prestando atención al niño. Simplemente la miraba a ella , solamente a ella, sin mover los ojos, con los labios apretados. Quería que se sintiera acribillada, amenazada... y ¿por que no? odiada.

Por una vez en mi vida me sentí segura, con tan solo 15 años, quise creer que la vida me había hecho un poco fuerte...supongo que la derroté, al final conseguí que se humillara, que bajara la vista al suelo.

"Te he echado de menos Arlette..."dijo sin mirarme.

Yo también tengo miedo madre. Miedo como tú para decir te quiero. No le dije absolutamente nada.

Cuando el niño abrió los ojos me enternecí, estaba allí, mirándome, tranquilo, pacífico y feliz. Entonces yo también abrí los ojos. Fue como un golpe fuerte y seco que me nubló por momentos. Empecé a comprender. Miré a mi madre y lo vi todo. Lo vi en sus ojos, en su mirada angustiada. No había deseo en ellos. Ahora mi mayor temor se presentaba ante mí.

Mi hermano no tendría palabras de amor, no tendría abrazos... al igual que yo. Al mirarlo a él me vi a mí. Fue como sujetarme a mi misma y comprendí lo frágil y dependiente que podía llegar a ser. Me sujeté a "mi misma", con mis propias manos, y sentí como el miedo era real, que estaba fuera de mi, observándonos. Mientras el pequeño en mis manos esperaba a ser protegido.

Pensé en la sonrisa cruel de su padre. Ladeada, llena de malicia. Si. su padre. Y me eché a llorar. Y esta vez no fue por mí.Fue la primera vez que sentí miedo por otro que no fuera por mi. Y es horrible...

Todo aquello por lo que empecé a odiarlo ya carecía de fundamentos. Ahora sabía con seguridad que si mi madre hubiese sabido que estaba embarazada hubiese abortado.

Las historias siempre se repiten. El por qué... no lo sé.

Salí con un nuevo pensamiento. Eso no debía terminar así. La historia no podía volverse a repetir.

Nuestras conversaciones habían adquirido mayor confianza durante los días siguientes. Las visitas eran constantes.

La primera vez que mencionaste a Kate fue cuando estábamos en tu piso, el té estaba caliente y al sacar el azucarero en forma de ratón se te cayó al suelo, rompiéndose por la mitad. Te sentiste triste al instante, te agachaste y lo recogiste delicadamente con las dos manos. Mencionaste su nombre mientras intentabas repararlo, como si pudiese volver a su estado anterior con solo desearlo. Dijiste que fue un regalo "cookie" por su parte. Me conmovió el simple hecho de oír su nombre, como si yo también pudiese tener ese sentimiento en un preciado regalo. En cambio nunca mencionaste a Alain. Y eso me inquietaba.

Alain.

Pensé en su nombre y por primera vez imaginé como sería su rostro. Mas allá de su nombre creí que podría encontrar un hombre de ojos profundos y sabios, cejas despeinadas, pequeñas matas de pelo casi imperceptibles, y una nariz gruesa y recta; los labios marcados y un hoyuelo en el mentón.

Ese señor estaba tan eclipsado por tu presencia que ni siquiera reconocí en mi mismo ningún interés por saber quién era. Había dejado el cuaderno a un lado porque sin darme cuenta había algo en que Alain y yo pudiéramos parecernos: eras el centro de nuestra historia.

Sentí que merecía la pena saber tu historia y conocerte por mi propia cuenta. Sabía tan poco de él como que él supiera de mi existencia.

Pero todo dio un giro cuando vi tu letra, tu caligrafía de tinta azul, apagada y frágil como tu piel, escribiendo en ese mismo cuaderno, sintiendo cada palabra tuya. Podía palparla, ver a través de esa puerta cerrada que había en tu mente.

Pasé horas, inconscientemente, preguntándome como podría haberse colado un diario en una librería. Cuando tenía la oportunidad volvía a ella, a mi segunda casa, observando una y otra vez el mismo cartel colgado en la puerta que rezaba que "La gaviña" había llegado a su fin. Observé las estanterías tristes y vacías. Los libros abandonaban su hogar poco a poco. No hubo aviso. Puse mi mano en el cristal y sentí el mismo vacío que cuando entraba en casa de mi abuela. Nunca mas volvería a pasar por esa puerta.

Te pregunté, sin forma premeditada, si habías visitado alguna vez *la gavina*. *Te reconstruí palabra a palabra un lugar que dijiste inmediatamente que "sí", que lo visitaste una vez, hace unos meses. Pareciste reencontrarte con algún recuerdo. Cuando te dije con tristeza que la habían cerrado, de repente bajaste la vista, como solías hacerlo de vez en cuando. No le di importancia a esos breves lapsus mentales en los que te encontrabas. Ni siquiera intentaste ocultar tus emociones. "¿Te encuentras bien?" Asentías rápidamente mientras me ofrecías una de tus sonrisas preparadas para maquillar tus tristezas.*

Como decía...el cuaderno se quedó intacto, sobre la mesita de dormir. Hasta que uno de esos días, al poco tiempo tuve que volver a hacerle caso.

Todo ocurrió esa tarde. Te visité en la tienda y estabas un poco preocupada.

Mientras te ayudaba a colocar los libros en su estante perteneciente me dijiste que tu hermano estaba en el hospital. No quisiste mencionar el por qué. No sabía si estaría enfermo o si le había pasado algo grave.

Empezaste a moverte de un lado a otro, nerviosa, sin saber qué hacías.

En un intento de poder hacer algo por ti te dije que fueras, que yo me podía quedar aquí.

—Pero...

—Tranquila, ya me quedó yo, no te preocupes. Se lo que hay que hacer, te he visto y no parece tan difícil.

No quería que perdieras esa oportunidad de ver a tu hermano. Me acordé de las charlas en el balcón, aprovechando la oscuridad y el iluminar de las estrellas cuando me hablabas del poco tiempo que pasabas con tu hermano. Las lágrimas estaban allí, aunque no pudiera verlas. Si no podías hacerlo cuando estaba enfermo no podía imaginarme lo doloroso que debía ser para ti. Además solo estaba a diez minutos de aquí yendo en bici. ¡Estabas tan cerca!

—Te debo una bien grande Julen... Volveré en media hora.

Agarraste tu bolso y saliste apresurada de la tienda, sin ni siquiera pensar en las consecuencias de dejar la tienda en manos de un desconocido, ¿qué pasaría si tu jefa Keila apareciese inesperadamente y me viera a mí en tu lugar de trabajo?

Por suerte nada de eso sucedió. Ordené los libros en sus estantes sin pensar en ello. También tuve la suerte de no atender a nadie en toda una

ahora en la que tardaste en volver. Regresaste con la mandíbula apretada, mirando las tazas de porcelana en el estante con ganas de hacerlas pedazos en el suelo.

Tú voz parecía rota. Tu madre había dejado solo a tu hermano en el hospital. Y mientras intentaba tranquilizarte balbuceaste algo sobre unas pruebas.

Parecías aturdida, a punto de venirte abajo. Tuviste que sentarte para no desplomarte.

—Kate esta con unos clientes, enseñando una casa...me ha dicho que no podía quedarse con él, que iría lo mas pronto posible.

Y entonces sucedió otra vez. Espere, que mencionases a Alain. Tu gran amigo Alain.

Tus ojos se cerraron, tus manos se abrazaron a tu estomago. No existía Alain en ninguna de tus palabras. ¿Por qué todavía no me ha hablado de él? Me preguntaba... ¿Después de tantas conversaciones, de días y horas juntos? Pero no era el momento de perder el tiempo en eso. A falta de una solución...

—Oye...¿quieres que me pase a verlo para ver como esta?

levantaste los ojos como si hubieses tenido una pequeña descarga.

—¿De verdad harías eso por mi?

—¿Por que no? Mientras estés tranquila.—Los ojos se llenaron de lágrimas. No hizo falta que dijese ninguna palabra.

Mientras caminaba hacía allí no dejaba de hacerme la misma pregunta una y otra vez:

¿Dónde está Alain ahora que lo necesitas? Sabía que algo pasaba, por eso supe que tan pronto como llegase a casa tendría que coger el diario y leerlo hasta el final, tanto si eso me diese una respuesta o no.

acercarme.

—¿Vendrá?

Parecía tranquila, una voz muy delicada y suave que provenía de la puerta número 22.

– Después, cielo – Contestó otra voz

Asume la cabeza con sigilo y precaución. Dentro vi una mujer acostada en la cama.

Al moverse ligeramente vi al niño que ocultaba con su cuerpo. Se recostó, casi a la altura de su cabeza. Al ver que no estaba solo sentí una paz profunda, como si hubiese estado mucho tiempo sin poder respirar y al fin pudiera saborear el aire en mis pulmones.

El sonido de un beso cálido se desprendió en esa piel pálida y blanca, como la tuya.

–Enseguida vuelvo – le dijo susurrando.

Inexplicablemente me cundió el pánico Me alejé a pasos veloces, caminando en dirección equivocada.

Eché un vistazo a atrás y la vi salir, caminando hacia mí, con la mano en el móvil, rubia, con gafas y cejas finas. Pasó por mi lado, sin reconocer mi presencia.

Me acerqué otra vez a la habitación. Tu hermano llevaba un trenecito en la mano, o lo que quedaba de él, jugando sobre sus piernas. Su finísima voz imitaba el sonido de un tren.

Era pequeño y frágil. Sus diminutos dedos sujetaban suavemente la parte superior de ese medio tren rojo y amarillo. Sus ojos pequeños, casi cerrados, perlas pequeñas de color azul. La misma nariz que tú. La misma paz que había en sus ojos llegó hasta mí, obligándome a quedarme. No captó mi presencia. Continuó jugando con el tren sobre sus piernas y las finísimas mantas que las ocultaban. Su pelo cubría su cabeza como un casco, brillando como los mismísimos destellos del sol.

Cuando me descubrió, dejó a un lado al tren, sin inmutarse. Sus pequeños ojos me recibieron con atención y sorpresa. Le sonreí. Se echó atrás, avergonzado. Cayéndole el tren en el suelo. Me acerqué y se lo tendí.

–Aquí tienes...Soy un amigo de tu hermana, me ha pedido que fuera a

visitarte para saber como estabas

Puso una extraña mueca en la cara.

—Mi hermana solo tiene un amigo. Es m-más grande y m-mas vi-viejo.

Dejó la frase en el aire. Si meditaba en ese pequeño detalle...tal vez...

Sabía que mi cabeza podría empezarme a darle vueltas una y otra vez sin parar. Al fin alguien que mencionaba algo sobre él. Estaba seguro que era él.

El móvil vibró sobre mis pantalones, pero no hice caso

— ¿Que te ha pasado?— le pregunté para dejar de pensar en ello.

Su vista se perdió, como si no pudiese entender mi pregunta. Al cabo de un rato me dijo que estaba enfermo, pero sin saber el por qué.

— ¿Cuántos años tienes?

Me mostró los tres dedos de la mano.

—¡Caray! ¡Qué grande estás ya!

sentí una extraña presencia detrás de mí que me obligó a darme la vuelta. La mujer estaba allí, mirándome, perpleja.

—Es mí— mi nuevo amigo. – Dijo Ion con una sonrisa y señalándome.

La mujer sonrió, entró en la habitación con una café en las manos.

—Se le había caído el juguete y se lo he recogido. – le dije con voz trémula. –Y bueno...su hija me ha pedido que si podía venir aquí a vigilarle

Removió el café con la cuchara, sin dejar de sonreír.

– No soy su madre —sonrió — soy una amiga de la familia. Me llamo Kate.
– Lo dijo muy lentamente, con una voz que sonaba entre el miedo y la sorpresa. —Acabo de llamarla para decirle que me quedaba con Ion.

Metí las manos en los bolsillos. Abrí el móvil y allí estaba su nombre marcado.

—Supongo que habrá llamado para avisarme.— levanté el móvil y asintió

con parsimonia.

— Me ha dicho que venias de camino...para ocuparte de él. Pero al final he terminado mas pronto de lo pensado.

— Si quiere puedo quedarme yo,

— No, tranquilo, creo que es mejor que me quede yo. Gracias.

Alzó la mano hacía mi hombro, como si quisiera tocarme. Lo retiró casi al instante como si esa muestra de cariño no fuese la adecuada. Sus ojos buscaron una salida, ocuparse en otros rincones de la estancia. Empezó a caminar hasta Ion mientras bebía para ocultar su vergüenza. Su extraño comportamiento me inquietaba.

Dejó los labios abiertos a punto de decirme algo, pero sus palabras se extinguieron.

— Me alegra haberla conocido. — dije por educación y por llenar el silencio.

Sonreímos los dos, Mi reacción fue darle la mano. Al mismo instante que lo hice me avergoncé. Ella hizo lo mismo, tomándolo como simple cortesía.

Su mano era rasposa y dura. No solo sus manos eran fuertes, sino también sus brazos.

Era una mujer de mediana edad con una sonrisa que parecía la de una joven de veintiún años.

Antes de siquiera dar un paso mas se echó hacía delante y me detuvo con el brazo.

— Oye...¿Arlette es tu amiga? — Percibí un atisbo de incredulidad en sus ojos.

La pregunta fue tan desprevenida que no sabía que decir. Dado la forma en la que nos conocimos parecía más un sueño que una realidad.

—Sí. Claro. Por supuesto. — Sonrojé, sin poder esconder una leve sonrisa — ¿Por qué lo dices?

—Porque me resulta...raro. —volvió a sonrojarse—es decir..No me ha hablado de ti en ningún momento. Pero no pasa nada. No soy quién para entrometerme.

Removió la garganta y miró a otro lugar, sus ojos se humedecieron, vi como se cristalizaban.

Creí que le había afectado no saber esa información desconocida sobre Arlet. Eso me dio a entender los lazos fuertes que tenían la una con la otra. Miré a Ion, que detuvo sus ojos en los míos. Arlete solo tenía un amigo.

—La verdad es que nos conocemos desde hace muy poco. —afirmé para quitarle importancia al asunto.

—Pues me alegra que tenga un amigo. Hace tiempo que no hace muchos amigos.

Esta vez si puso su mano sobre mi hombro. Echó un vistazo involuntariamente con los ojos hacía el pequeño, que seguía exhorto en su juguete.

Nos sonreímos por última vez. Entonces se giró y volvió con el pequeño mientras yo me dirigía a la puerta para irme.

12 de marzo de 2021

18:36 de la tarde

El sol empieza a entrar a través de la ventana de forma intensa, esos últimos rayos cegadores de un color anaranjado antes del anochecer.

Repaso lo último que he escrito, sin estar convencido del todo de haberlo explicado de la mejor manera. No hay forma. Mientras tecleo soy incapaz de no pensar en lo que viene después, mi mente avanza mientras mis dedos se quedan estancados.

Suelto las manos y las observo. Están temblando.

Mi mente ya esta pensando en esa noche. Cuando me fui del hospital y regresé a casa.

Mi padre y yo nos miramos en silencio y al dejar la bici me preguntó si quería acompañarle.

Estaba a punto de irse a pasear. Me miró con ese deseo en los ojos y una leve sonrisa por retomar una costumbre que perdimos hacia tiempo.

Caminamos por el sendero de tierra que había al lado de casa, travesando los campos de maíz.

No tardó en decir lo que pensaba. Dijo que estábamos ausentes, desde hacia tiempo. Poco a poco, con cada paso, se desprendió de esas palabras que le salían de dentro, vaciándose por completo de aquellas cosas que guardaba en su interior. Tampoco dejó de lado su sermón. Tanto Mama como Papá necesitaban saber donde iba, por donde me movía, qué hacía ...Cualquier padre estaría preguntando a su hijo si tomaba drogas o hacía algo indebido, pero mi padre nunca desconfió de mi.

Aún así tuve que explicarle que era una forma de estar solo conmigo mismo.

No se por que no le dije la verdad. Tal vez el tener una vida que ellos no sabían me hacia sentir libre. Ni siquiera Ada, lo sabía.

¿Cuantos secretos guardé hasta que se hizo demasiado tarde?

Aquella noche hablamos sobre todo aquello que nunca nos dijimos. Y ahora necesito recordarlo para escribirlo.

En la mesa nos tomábamos nuestro tiempo, con esas charlas o discusiones positivas sobre la vida, a veces sobre cosas sin importancia...

Nunca había sido un problema la comunicación entre nosotros, siempre entablábamos conversaciones, de todo tipo. Pero esos días las cosas habían cambiado bastante, y no sabía por qué.

Ahora si lo sé.

Cuando él terminó de hablar sabía que era mi turno. No se libraba de la ausencia. Nunca estaba en casa. Un recuerdo aflora en mi mente cuando era niño. Recuerdo levantarme por la noche. Siempre le pedía de beber. Pero esa noche su sitio en la cama estaba vacío. Era como una sombra. Y en ese momento supe que se sentía. Era algo parecido a la traición, como si tu sitio no fuera ese, sino un papel que interpretar. Solo dejaba la huella de su cuerpo para decir que había estado. Dejaba un vacío detrás de si. Pasaba las horas fuera de casa, trabajando.

¿Qué más puedo decir?

Tengo el móvil en mi mano. Lo agarro y observo su número de teléfono, dispuesto a llamar. Necesito creer por un momento que me responderá. Necesito volver a hablar con él. Necesito decirle que echo de menos sentarme en el sofá, por ser yo el primero en terminarme la cena, que me mire y me diga que como demasiado rápido. Echo de menos algún chiste sin gracia y rérnos los dos, que me diga que tengo razón, que el tiempo no existe, que solo es un invento más para que los humanos podamos entender la realidad y aun así seguir sin entenderla. Quiero oírle decir que

soy un buen hijo.

Dejo que mi mente avancé velozmente, pienso en lo que me queda por contar.

Retomo ese día en el que estábamos juntos, hablando y solo entonces vuelvo a teclear.

29

— ¿Qué estas pensando? — me preguntó

A veces no entendía cómo podía tener miedo de él. Me aterraba que supiese todos mis secretos y que no podía hacer nada por esconderlos. Quería confiar en que mi padre me entendería. Sin embargo me aterraba que supiera que todo me daba igual. Ahora sé que realmente se preocupaba por mí, y que me diría que mis secretos, mis pensamientos más ocultos, eran humanos y reales.

— Hay cosas que no entiendo

—¿Qué es lo que no entiendes?

Se quedó en silencio, sin decir nada.

Busqué la forma de decírselo sin implicarme a mi mismo.

—¿Por qué aguantas todo esto?

Vi su sonrisa a través de la noche. Pero no era amable. Era la sonrisa de un hombre que prefiere reír a llorar.

— Mamá no aguantara mucho, cualquier día, en el momento menos esperado... Eso no debe asustarte, debes asumirlo. Tu madre no quiere curarse. Es un hecho. Y yo lo asumo. Lo que quiero decirte es que vivimos así, porque debemos vivir así. Simplemente debemos aguantar.

—¿Es por eso por lo que aguantas todo esto? Quiero decir...¿porque la quieres?— ¿La amas a pesar de todo esto? Quise añadir.

Estuvo a punto de responder.

—Los dos nos queremos. A nuestra manera.

—Podrías haberlo hecho. Divorciarte.

— Entonces no hubieses nacido – dijo casi riendo

—Pero eso no lo sabíais.

—hice una promesa, de que estaría con ella, incluso mucho antes de que supiera si yo podría ser feliz o no, a pesar de saber que tal vez, algún día tu madre querría morirse...

El ruido de los grillos y las piedras del camino siguieron la voz de esas últimas palabras.

Mama no quería morirse, quería hacerse daño para matar todo lo que tenía dentro.

Cuando llegamos al río mi padre se detuvo. El hermoso paseo que recorría lo ancho del río se extendía infinitamente.

Fue cuando dijo...

—Cuando naciste no supimos que nombre ponerte. Tu abuela se alegró tanto de tener un nieto que en un primer momento quiso ponerte su nombre.

—El del abuelo?

Asintió.

Pensé en su nombre. Ádam.

—¿Y por que me pusiste Julen?

—Julen era el nombre que quiso ponerme tu abuelo cuando nací. Pero tu abuela le convenció de que no fuera así.

Desde que estaba ordenando las cosas de la abuela parecía que poco a poco iba encontrando las piezas de un puzle que intentaba entender en su plenitud. ¿cuantos secretos de mi vida no sabia?

¿cuantas historias de las que la abuela guardaba eran de verdad?

La recordaba feliz, no como una persona que fuera capaz de guardar tantos secretos. Era una persona reservada. ¿Cuantos secretos había

ocultado la abuela, aunque fueran insignificantes?

—¿Por qué nunca me habías contado esto?— Pregunté extrañado

Se encogió de hombros.

—No me pareció importante.

Pero aún así me puso el nombre que le hubiese gustado a mi abuelo. ¿Por que lo hizo entonces? ¿Significaba que no lo había olvidado?

— Mi padre a muerto. — dijo sin más.

Tragué saliva. no dijo abuelo sino padre

—¿Cuanto hace que lo sabes?

— poco después de morir la abuela.

— ¿Sientes algo por él?

Segundos de silencio

— ¿Me echarías de menos si me fuera? — Se detuvo delante de mí. Intenté mirarle a los ojos

—Tú no me has abandonado.

Quise preguntarle como sabía que había muerto. Si a caso había estado así tanto tiempo ausente...

Mi padre negó con la cabeza. Con los pies intentaba hacer rodar pequeñas piedras, las manos metidas en los bolsillos.

—Ser padre no es fácil. —La garganta la tenía seca— Tener un hijo significa fallar en cada momento y acertar en algo. Porque es la primera vez que sientes sus llantos, que comprendes sus inquietudes, y porque crees saber cuál es la mejor forma de protegerlo. Y aun así fallas.

“Con el primer hijo te conviertes por primera vez en padre. Y con eso aprendes...aprendes muchas cosas. Y aun así...también fallas. Con un segundo hijo intentarías enmendar los errores pasados, pero siempre surgirían nuevos y volverás a equivocarte. Eso lo he aprendido sin él... No existe el padre perfecto. Ni tampoco el hijo perfecto. Y de alguna forma creo que se lo que sentía. Le aterraba tenerme. Tu abuela tenía motivos para amarlo.

Asentí, aunque el no pudiese verme. Ni siquiera tenía la vista fija en mí, veía su sombra, su perfil contornado por la luna.

—Cuando eres hijo aprendes poco a poco lo que hacía tu padre y el por qué. Miras sus errores y intentas no cometer los mismos. O eso imagino. La abuela también cometió errores.

—Yo te echaría de menos. —Intenté animarle

Mi padre suspiró, otra vez.

Volvimos sobre nuestros pasos hacía casa

—Hijo...he hecho algo muy muy malo. Y esta vez no como padre. Sino como hijo.

Lo miré, sin comprender. Sorbió por la nariz.

—Solo quiero que me prometas una cosa.

Asentí.

—Pase lo que pase...por mucho que te falle, por mucho que algún día te falle de verdad...despídete de mi antes de que me vaya.

—Papa...por...¿ por que dices eso?

No respondió. Apretó su mano sobre mi hombro y me llevó hacia él.

Nunca fuimos de besos, ni de cariños y menos de abrazos. Y tal vez, pienso ahora, después de tantos años, que hubiese sido un buen momento para dárselo.

30

Alain, 25 abril 2012

Tienes solo 17 años, y me acuerdo de mi mismo con esta edad, la edad en la que empecé a descubrir muchas cosas. Como aquel día en el que sentí por primera vez el primer contacto con los labios de la chica que me gustaba, del momento en que sentí la nieve por primera vez cubriéndome la piel. La primera vez que probé la cerveza ...esos recuerdos, fugaces, casi como soñados...pero solo un recuerdo entre ellos me hace entender que lo vivi de verdad, con intensidad. Lo revivo durante un instante. El

momento en el que tengo a mi hija entre mis brazos.

Es difícil explicarte lo que siento. Es fácil decirte que era feliz. Lo eramos de hecho. Mi mujer y yo.

Antes de conocerla yo era un joven de dieciocho años con grandes proyectos en mente. Estudioso, fuerte, intelectual...no es que quiera vanagloriarme, era la verdad.

Quería irme lejos a conocer mundo. Estudiar en la mejor universidad, quería ser Escritor. "Solo serán unos años, hasta que termine el curso" De esta forma les prometí a mis padres que volvería pronto.

Recuerdo las lágrimas de mi madre, cuando le dije que volvería pronto. Soy consciente de que solo ahora puedo apreciar el brillo en su mirada, tantos años después, descubro como ella sabía desde el principio que yo me iba a quedar allí, para siempre.

En la ciudad no tardé en hacer amigos. No tenía dificultad en adaptarme, la gente me trataba normal. Y debo admitir, sin grandes elogios, que yo era un imán para cualquier persona. Mi sonrisa atraía a todos, mi forma de hablar era educada, empática...todos parecían disfrutar cuando estaban conmigo. Parte de esas personas, como Jhon el tipo duro, o Frank , formábamos un grupo llamado "los macarras" aunque nunca me sentí parte de ellos, para empezar, por que esa palabra no formaba parte de mi lista de cualidades. Pero esta es otra historia. Aun así me sentía unido a ellos.

Nos acercábamos cada tarde para observarla, mientras ella abría de par en par los brazos a los lados, mientras la faldilla bailaba con el suave viento.

"La rosa bailarina". Así fue como decidimos llamarla.

Solía pasear por allí , para ver como las hojas ocultaban el suelo, mientras pensaba en mis cosas. Me acuerdo que en esa época intente dejar el tabaco, y como no lo conseguía pasaba por el puente adrede para tirarlo en el agua. Lo hice tantas veces que de esta forma llegue a la conclusión de que si lo compraba acabaría por tirarlo. (Aunque pueda parecer un método extraño, funcionó). Desde entonces no dejé de pasar por allí para tirar metafóricamente todas esas inquietudes o vicios sobre mi vida.

La descubrí una tarde mientras paseaba. Me encantaba mirarla mientras se equilibraba sobre esa barandilla de piedra y bastante ancha, temiendo por su vida. Pero al mirarla, en sus ojos, en esa sonrisa, riéndose como si se acordase simplemente de su felicidad, sin ver el riesgo que tomaba al

poder caer al vacío... Me enamoré inmediatamente de ella.

Decidí no interrumpirla, a pesar de sentir mi corazón palpar.

Observaba sus ojos cristalinos, en como flexionaba los dedos antes de desatarse la coleta y mover de un lado a otro su cabeza para dejar libre esos rizos dorados bajo el sol del atardecer. Miraba a todos lados, contenta, sintiéndose salvajemente libre. Cuando llegó al otro extremo de la barandilla se bajó, cogió su cartera y se marchó con rapidez, a toda prisa, llena de felicidad. Y así, cada tarde casi a la misma hora pasaba por allí para verla, dando excusas a mis amigos para librarme de nuestras reuniones.

No tardaron en enterarse del motivo de mi ausencia y mis evasivas que les daba casi cada tarde. Cuando lo descubrieron, se unieron a mí, para ver a esa hermosa chica subida, todos al mismo tiempo, escondidos detrás de unos grandes arbustos que a la vez nos ocultaban grandes árboles de alrededor.

"Si por casualidad se cae..."Empezó a suponer uno del grupo "...tu tendrás que ser quien la ayude. Fuiste tu quien la descubrió".

"No se caerá, nunca se cae..."

Pero en mi corazón, lleno de tontedad e ilusiones deseaba salvarla, deseaba ver como se caía para luego ser su héroe. Como en las películas que veíamos por la noche, dando así comienzo a un romance como el que deseaba.

Pero nunca se cayó.

Me detengo un momento en mis pensamientos, haciendo un salto en el tiempo. En el momento en el que tuve por primera vez a mi hija, a mí Kate. Y pienso en la vida, en sus momentos, en su complejidad pero en su sencillez de saber que cualquier paso que das, puede cambiar tu vida para siempre. Desde un paso en falso en una barandilla de un puente hasta el momento de tener en brazos a tu primer hijo. Todo eso construido de pequeñas decisiones que hemos tomado, como un eslabón tras otro, formando una continuidad.

Tal vez si se hubiese caído...tal vez si no hubiese paseado por allí... Si no me hubiese acercado a ella con determinación para decirle hola...Hubiese cambiado la historia radicalmente. Incluso tal vez seguiría viva.

Cuando me miró desde allí arriba se ruborizó. bajó de un salto, tranquilizándose. Estaba avergonzada. Por que creía que no entendería lo

que estaba haciendo.

"¿Cómo lo haces?" le pregunté nervioso, con las manos en el bolsillo para que no me temblasen.

Ella me sonrío. Pareció captar en mi algo que le gustó.

"me subo y ya esta"

"¿Pero no tienes miedo de caerte?"

"casi todo el tiempo"

Estuvimos un momento sonriéndonos. Y al cabo de los segundos empezó a extrañarse, de la manera en que entrecerraba los ojos.

-¿Te conozco?

Cindy. Era todo lo que nunca me imaginé. Me gustaban morenas, en cambio ella era rubia, me gustaban tranquilas, razonables, aunque ella tenía más de alocada que razonable.

"La locura reside en lo razonable, a veces" Me dijo en la primera cita.

Deseaba a las chicas dependientes, que necesitaran estar en brazos de alguien, que necesitaran caricias... en cambio ella era todo lo contrario. No le gustaban los mimos, le gustaba que la mirasen a los ojos, que la escuchasen cuando hablaba y sobretodo escuchar ella a los demás cuando lo hacían.

Si. Le gustaban los abrazos, las pequeñas muestras de amor, pero amaba la soledad, al igual que yo. Quería ser alguien por sí misma, no quería que una relación dependiera del otro, como si por sí sola no fuera capaz de ser feliz. Lo que quería simplemente era amarme, cumplir con los deberes de un matrimonio no para compensar su felicidad, sino para compensar la mía.

"Hay más felicidad en dar que en recibir. Es un hecho" decía siempre cuando sonreía "Quiero amarte porque quiero hacerlo. Así de simple. No hay ninguna razón más"

Cuando nos casamos, yo fui para ella y ella para mí. Fuimos uno, creando un mundo nuevo.

Ella fue todo lo que nunca desee, lo que no necesitaba, pero que la tuve porque simplemente era amor. Porque la amaba.

Y así fue hasta el día en que la perdí, el día del parto, cuando creí que los dos llenaríamos a nuestros hijos de amor...de grandes besos.

Me abrazó una noche de luna nueva mientras bailamos en el salón y me susurró: ¿quieres hacer un bebé? Y de pronto entendí a que se refería, mas allá de la lógica. La capacidad de dos personas que se amaban dispuestas a construir, crear, originar algo que nos uniría, para siempre, algo que era de los dos. Que nos pertenecía, sin saber donde empezaba o terminaba ese diminuto humano que durmió durante nueve meses en sus entrañas.

Una niña preciosa salió de allí.

La vida me había quitado todo aquello que deseé. Vi como los claros ojos de mi mujer se dormían, con una sonrisa en los labios, tal vez pensando que al despertar tal vez podría tomar entre sus brazos a nuestra pequeña.

Sostuve a mi Kate con un terror que nunca supe definir. Necesitaba esa otra mitad de mi ser que me habían arrebatado.

Mire a mi esposa, escuche mi propia voz diciéndole como un tonto que tenía que despertar.

Su sonrisa permaneció feliz mientras dormía en la muerte.

31

Lo recordé antes de llamar a la puerta de la habitación.

Mi padre en el sofá. Mi madre tomándome de la mano, llevándome hacia él. No la recordaba como tal, no veía su rostro, pero sabía que era ella. No me acordaba de su carne, de su piel fina....no me acordaba de como era antes.

No me acuerdo el rostro de mi madre, ni siquiera hoy tengo una sola foto de ella para recordarla.

Mi padre estaba con los ojos cerrados y una sonrisa; debajo de su camiseta había un paquete grande que abultaba en su barriga. El tren de doce vagones. Me acerque a él sonriendo.

Volví a la realidad y golpee la puerta suavemente con los nudillos. No

esperaba ninguna respuesta y aun así tampoco la recibí.

Abrí la puerta suavemente, mientras mantenía en mi brazo el trenecito desgastado por el tiempo pero limpio, todavía con los trece vagones dentro de una caja de zapatos.

Cuando entré, dejaste de reír con tu hermano para recibirme. Me miraste como si me hubieses estado esperando.

— ¡Hola! — grito Ion desde la camilla.

Te apartaste los mechones, detrás de las orejas, sin maquillar, sin intentar si quiera ocultar tus ojos cansados.

—Me alegra verte.— tu voz apagada sonaba dulce de todos modos.

— ¿Que llevas aquí?

Preguntó Ion antes de que pudiese decir nada.

Moví la caja de un lado a otro, haciendo ruido.

Cuando abrió la caja dio pequeños saltitos, retorciendo sus pequeñas manos llenas de emoción, sabía que contenía algo bueno dentro. Lo sacó rápidamente de su interior, sin tener el mas mínimo cuidado, desparramando todo sobre sus piernas.

Le ayudé a encajar los vagones al ver que sus manos torpes no conseguían hacerlo.

Mientras jugaba conseguí que se divirtiese mientras nos dejaba a un lado. De pronto me sentí como si estuviésemos solos otra vez.

Acaricie tu hombro levemente con los dedos. Quería hacerte sentir bien. Estabas cansada, preocupada, Aún así tenías una sonrisa feliz, sin tener que fingir. Era la primera vez que te veía de verdad. Me daba cuenta por como le hablabas, por como te aproximabas a él, con cuidado, con suavidad, rodeándole a veces con tus brazos, esa necesidad por protegerlo, para que nada ni nadie, ni siquiera ese pequeño tren pudieran hacerle daño.

La felicidad del niño era la llama que intentaste avivar. Pero como sucede algunas veces siempre existe alguien quien parece querer extinguirla.

Lo supe justo en el momento en que alguien entró en la habitación y tu sonrisa desapareció al instante.

Una mujer rubia con una coleta de caballo, con algún mechón por fuera.

Parpadeó varias veces hacia mi, como si no encajara en esa habitación, observándome de una forma muy poco amistosa.

— ¿Quién eres?

—Es un amigo — dijiste de forma desinteresada, fingiendo una leve sonrisa.

Se acercó a Ion. Al mismo tiempo que me levantaba para darle espacio.

—Hola bichito mio ¿he llegado tarde?

El niño no levantó los ojos ni dejó de jugar con su nuevo juguete. Lo besó, mientras este introducía sus dedos por las pequeñas ventanas

—¿Cómo está mi nene? — le pasó los dedos por el flequillo que cubría su frente.

—Lo dejaste solo— dijiste sin esperar.

La voz grave que salió de ti, rompió la aparente tranquilidad .—Me dijeron que te habías ido, que lo dejaste solo.

Se encogió de hombros, con la mirada perdida.

—No lo dejé solo, es un hospital no un parque

Dejó el bolso en la cama. Escabulló sus manos dentro de sus mangas, como si fuera una niña. Como sino tuviera que dar explicación. Tus mejillas ardieron, rojas por la rabia.

—¿Puedes salir, por favor? — me pediste — solo será un momento.

Creí haber cerrado la puerta del todo cuando salí. No pude evitar escuchar parte de la conversación. Al principio hablasteis en voz baja, pero luego tu madre dijo algo que me llamó la atención.

—No quiero que pase tiempo con unos desconocidos. No pienso dejarlo en manos de ese hombre.

—De que estas hablando? — parecías perdida, al igual que yo.

— Te hablo de ese hombre.

Me acerque mucho mas a la puerta.

—¿Que pasa con él? - había inquietud y miedo en tu voz.

Había esperado mucho tiempo para que me hablaras sobre él,

—Ya sabes que ese tipo de hombre...

—¿Qué tipo de hombre? ¿De que me estas hablando? ¿Que clase de persona? No la clase de persona como tu, de eso estoy segura.

—Yo no soy...

—Precisamente eres tu la que me ha hecho daño. Siempre. ¡No él! No te importa lo que haga o deje de hacer con Alain. Él...él siempre ha estado junto a mi. Es él quien me ha cuidado.

Sentí como se te rompía la voz. Y mientras esperaba a que en algún momento dejases de llorar empecé a mirar mis pies como si fueran los de un extraño.

Desvié la mirada a tiempo de ver una enfermera con bata y una carpeta en sus manos. Empujó la puerta con suavidad dejándola más abierta de lo que estaba.

—¿Señora Reed? ¿podemos hablar en privado?

Casi de inmediato empezasteis a discutir otra vez. Te negaste en salir de la habitación. Lo que se iba a decir allí también te concernía a ti. Al final nadie te contradijo.

Las dos preguntas que hizo la doctora dieron sentido a todo lo que estaba pasando.

¿Tomó usted Alcohol durante el embarazo? Esa fue una.

La voz de tu madre se apagaba mientras intentaba buscar la forma de librarse de culpabilidades.

¿Durante cuánto tiempo estuvo bebiendo hasta que lo supo? Esa fue la segunda, que fue contestada por un largo silencio.

Decidí que era suficiente. Me alejé poco a poco de la puerta, decidí ir en busca de un café. En la sala de espera había solo dos sillas ocupadas por una pareja de ancianos. Me senté en la que estaba mas cerca del pasillo para esperar.

Cuando la medico se marchó seguí esperando. Mire la hora, había pasado treinta minutos y no sabia si quedarme o irme.

La puerta volvió a abrirse y vi a tu madre con los ojos llorosos subiéndose el bolso al hombro y secándose las lágrimas con la otra mano.

Se dirigió hacia el final del pasillo. Se dio la vuelta por un momento y me vio. Se detuvo y caminó hacía mi.

Me quedé quieto, con el café casi terminado en la mano.

Ni siquiera terminó de dar unos pasos hacia mi cuando lo soltó de pronto:

—Se que estuvisteis en su casa,—No me dejó tiempo para responder —Te pido por favor que no le sigas la corriente en ideas estúpidas e irresponsables. No sois unos niños. ¿Tirar cervezas en el suelo? ¿Quién te has creído que eres?

Podría haberme defendido, decirle algo al respeto, pero la verdad es que me quede en silencio, sin decir nada. No tenía miedo pero si un poco preocupado, no quería meterme en problemas.

Al ver que no decía nada me miró con desprecio.

Asentí con todo respeto, sin apartar la mirada de sus ojos.

—Lo siento mucho, no volverá a pasar.

— No quiero que vuelva a esa casa,—La mujer pareció relajarse, haciendo de su voz un tono mas amable.— allí ya no queda nada suyo, ya le dije que podía coger todas sus cosas y ya esta hecho. ¿se lo dirás de mi parte? ¿Le dirás que...no quiero que vuelva a aparecer por esa casa?

—Suspiró—A mi ni siquiera me escucha nada de lo que le digo.

Su voz parecia preocupada, pero en sus ojos vi el reflejo del miedo que guardaba en su interior. Se rodeó los brazos justo cuando entreví por debajo de su manga esa mancha oscura que se asomaba. No hizo falta que me diese detalles.

Tenía miedo, miedo de que te entrometiesas, que supieses sus secretos. Secretos que estaba seguro de que ya conocías. Me imaginé que podría llegar a pasar si te entrometías entre ella y ese hombre. Y un escalofrío me recorrió la nuca.

—Le aseguro que no tiene intención de volver. Nunca más.

Se quedó mirándome durante unos segundos. después de examinarme,

sin decir nada, se dio la vuelta y se marchó.

Me acerqué a la habitación una vez la perdí de vista. Tiré el café en la papelera y entré junto a ti en la habitación.

Parecías perdida, como si tu mente estuviese lejos de allí. Te sujetaste la cabeza con las manos, como si fuese a estallar. , mirando a través de la ventana.

Cuando te diste la vuelta hacía mi tenías los ojos llorosos.

Rompiste a llorar mientras negabas con la cabeza.

Te acercaste a mi, y supe que querías abrazarme. Extendí un poco las manos hacía ti justo en el momento en que miraste encima de mi hombro.

Kate estaba ante la puerta.

Os mirasteis durante un rato antes de fundiros en un abrazo. Un abrazó que me hubiese gustado darte, pero Kate te abrazó para tranquilizarte mientras te acariciaba el pelo. Sus palabras, sus pequeños gestos, el rocé en tu mejilla o el tacto de sus dedos en tus manos después de soltarte...ella podía darte más consuelo que un desconocido como yo no sabría darte. ¿Era ella, tal vez, la madre que deseabas haber tenido pero que nunca tuviste.?

— Yo... debería marcharme —Dije antes de que os olvidarais de que yo estaba allí.

suplicaste que me quedase, aun así, sintiéndome que no pintaba nada allí.

—No quiero molestar, de verdad, no creo que sea un buen momento,

Ni siquiera sabía cómo hacerlo, como despedirme.

Deseaba abrazarte, decirte algo, hacerte sentir como lo hacía Kate, pero no encontré el valor suficiente para hacerlo. Me sentí tan incómodo que ni siquiera fuí capaz de despedirme como hubiese deseado.

Me fijé en la mirada distintiva de Kate, como si sus ojos hablasen más que su sonrisa.

Cuando fui a cerrar la puerta tras de mí Kate me llamó, se acercó a mí, fuera en el pasillo.

—Me gustaría mucho invitarte a cenar Mañana por la noche

Al principió asomo un instante de perplejidad. Al no obtener respuesta de mi parte dio por sentado de que me parecería bien.

Sacó de su bolsillo una tarjeta y me la tendió

—Esta es la dirección. Puedes venir a los ocho en punto.

—Gracias- dije sintiéndome muy pequeño - muchas gracias.

Kate sonrió, avergonzada, pero no lo suficiente como yo.

—Gracias a ti

Volvió dentro, dejándome solo para poder asimilar esa inesperada invitación.

32

12 de junio de 2012

Me abrazas, pasas tu brazo sobre mis hombros y me atraes hacía ti. Caminamos por la calle sin detenernos.

Estoy triste porque hace días que no veo a mi hermano.

Mi madre siempre esta fuera, con él, nunca están en casa. Siento un presentimiento en mi interior, de que algo malo puede llegar a ocurrirle. Y es que no puedo vivir así, temiendo siempre por su futuro. Aún así nada me haría sentir mejor que estar a su lado.

Ahora debo pensar en mi, me dices. Crees que todo va a cambiar. Y tus palabras me ayudan cuando dices que ahora todo será más fácil. Pero no sé como afrontar esta situación.

Esta tarde me has llevado a un sitio hermoso. Me he quedado maravillada, por un momento has conseguido que olvide mis preocupaciones. Me has llevado fuera de la ciudad.

La campanilla de la puerta anuncia la entrada de una lectora. Observo los libros en los bajos estantes, llenos de polvo. Las grietas de las paredes, dejando ver sus ladrillos... Ningún amante de los libros dudaría en quedarse enterrado junto esos libros si la estancia se desmoronaba. Eso

era una librería de verdad.

Me explicas que este sitio significó mucho para ti cuando eras joven. Era tu casa, un sitio en el que acudir cuando necesitabas huir.

Me pierdo en la pequeña estancia, mirando los libros arropados, apretujados.

Detrás de mi escucho la voz de la mujer de la tienda. Me doy la vuelta para ver sus ojos brillar mientras susurra tu nombre en voz baja. Os dais un fuerte abrazo. Veo en ella unos ojos apagados color marrón oscuro, esa sonrisa diminuta y ese cabello canoso grisáceo.

Cuando veo sus lagrimas me doy cuenta de que por primera vez he visto las tuyas. Los dos habéis llorado en silencio.

"Has vuelto" dice en voz baja, como si decirlo fuera como despertar de un sueño.

Pero eso no es nada. No he querido preguntártelo antes por qué no sabia como hacerlo, pensando que tal vez no querías hablarlo. Creí que si habías vuelto a tu hogar era por un buena razón y que la gente que te conocía sabia que habías vuelto.

Entendí que aquí no habías perdido tanto como en esa casa de la que siempre hablas. Pero a veces siento que también estoy a punto de perderte. Veo tus ojos y observo que no estas presente. Miras por todos lados, como si buscases algo, como si no lo encontrases. Como si tu vida estuviese en esa casa, tu hogar, el de verdad.

He esperado muchas veces para decirte que sé que deseas volver a casa, a tu casa. Por eso también sé con seguridad que un día de estos decidirías irte y yo me quedaré a qui, sola, otra vez.

33

"Unos amigos me han invitado a cenar. No.¿Unos conocidos?"

"Unos conocidos me han invitado a cenar."

No. No podía decírselo así.

“Unos amigos de Ada nos han invitado a cenar”

Eso podía estar bien.

Tuve que obligarme a hacerlo. Mentirle a mi padre me daba mal estar. Y el solo hecho de estar a punto de utilizar a mi mejor amiga como excusa (a quien no llamé, ni veía desde el día de la graduación de su hermana) me dejaba con la conciencia intranquila.

Me pregunté por un momento, mientras observaba mi propio reflejo en la ventana, si era necesario mentir. ¿Por qué no podía decirle a mi padre que había conocido a una increíble muchacha como Arlette? Ni siquiera era capaz de explicarme a mí mismo, con total sinceridad, por qué una parte de mí había olvidado a Ada.

— A Ada y a mí nos han invitado a cenar, unos amigos...suyos, mañana por la noche.— No lo dije con mucho entusiasmo.

Mi padre alzó la vista. No me preguntó quienes eran, ni siquiera pareció importarle. Sabía que mientras estuviera con Ada no tenía por que preocuparme. Ser amigo de una chica joven que cuida de su hermana y de la casa no puede ser una mala compañía. Y así era de hecho. Asintió con una sonrisa en la boca. Y yo me entristecí al pensar que ojalá Ada también supiera de la existencia de Arlete.

¿que me pasaba? ¿por que quería ocultarlo como a un secreto?

Me sentí mal y llamé a Ada, para que no pensara que intentaba evitarla. Esperaba que no se sintiera molesta por no haberla llamado durante la semana.

Se encendió un cigarro mientras hablábamos por teléfono.

Estuvimos hablando como de costumbre, evitando decir algo que pudiera estropearlo. Por un momento habíamos olvidado nuestras preocupaciones sobre que nos ocurriría más adelante. Aun así, supe por su voz, por la forma en que le costaba tanto decir cualquier palabra era porque deseaba saber si estaría bien cuando ella no estuviera. Necesitaba preguntármelo, aunque ya supiera la respuesta. Solo entonces, de haberlo hecho, tal vez le hubiese explicado mi historia contigo. O eso es lo que quise pensar, cuando en realidad sentía miedo de mencionarte. No quería que pensara que la había olvidado. Ahora, solo sé, que en realidad lo único que estaba haciendo era apartarla de mí, antes de que ella lo hiciera conmigo.

Nos despedimos con un beso, como siempre. Sabía que estaría todavía con el teléfono puesto en su mejilla, a la espera de que me quedase un

poco más, hablando con ella. Aún así no dudé en colgar el teléfono.

34

Esa fue la noche en que todo empezó.

Subí en el autobús con la idea de que al fin conocería a Alain. Ese hombre misterioso... tú amigo secreto del que nunca decías nada.

En la estación miré la tarjeta que Kate me dio y antes de subirme en la bici localicé la dirección en mi móvil. Seguí la flecha azul que me guiaba hacía mi destino.

Pasé las calles lentamente mientras el sol desaparecía en el horizonte. Imaginé cómo sería verle por primera vez. Sentí una especie de malestar... algo parecido a la inquietud, preocupado por no saber como actuar delante de él. Al fin y al cabo lo mejor que podía hacer era ser yo mismo.

Al llegar a la casa me bajé de la bicicleta y la sostuve entre mis manos. La inmensa casa de ladrillo se alzaba ante mis ojos, esa casa que miraste por primera vez cuando él te vio aquella tarde de octubre. Ahora era yo el que estaba al otro lado de la acera, imaginándome que pisaba justo donde lo hicieron tus pies.

Eché un vistazo a las tejas rojas, descoloridas por el calor; las paredes agrietadas y la pintura envejecida, levantándose como la piel quemada por el sol.

Crucé la calle, decidido.

Un muro de abetos de medio metro rodeaba la casa. Seguí el pequeño camino de piedras que me llevaba hacía la puerta.

Observé la luz a través de las ventanas del primer piso, donde una silueta se dibujaba en ella, como la de hitchcok en sus películas. "¿Será Alain?" me pregunté mientras se me aceleraba el pulso.

Estaba allí delante de la casa, con tejanos, las deportivas blancas y la camisa de cuadros rojos, preguntándome si no me habría equivocado al elegir algo demasiado informal.

Llamé al timbre y aguardé delante. Sin moverme. Esperando. Ansioso.

Estaba en el mismo sitio donde Alain te recibió la primera noche. Oí los pasos aproximarse.

Cuando se abrió la puerta apareció Kate con el delantal de cocina puesto. Sonriéndome. Exhalé como si hubiese contenido la respiración durante mucho tiempo.

—¿Llego demasiado pronto?

—¡Para nada! Llegas en buen momento.

Me trajo hacía adentro agarrándome del hombro. En el vestíbulo había unas escaleras que llevaban ante el segundo piso. A mi izquierda las puertas correderas de la cocina estaban abiertas de par en par. Deslizó las dos grandes puertas de madera maciza que se encontraban al otro lado, el salón iluminado por una lámpara de cristal en el techo.

—Te dejo aquí un momento, he dejado el fuego encendido. Arlette bajará enseguida.

Al principio había algo allí que me inquietaba. La sensación de haber estado allí, pero sin estarlo. Mis ojos se perdieron en todos los rincones secretos de la sala. Había escuchado hablar sobre este sitio. Todo aquello que había imaginado en mi cabeza de antemano era totalmente diferente ahora. Debajo de mis pies, la moqueta del suelo imitaba el cuadro de Mondrian, con objetos geométricos y cuadrados de diferentes colores. Cubos rojos, azules y amarillos. Desvíe la mirada hacía la estantería, moviéndome ligeramente, cohibido, observando los detalles de la casa. Me dejé llevar acercándome a los retratos. Allí estaba Kate, al lado de un hombre mayor.

Mi sorpresa se convirtió en sonrisa en reconocer a Alain.

Un hombre adulto, triste, con arrugas alrededor de los ojos. El pelo casi cano, rubio, con una expresión de inquietud. Sus ojos brillaban. Una ligera sonrisa acompañaba a la de su hija, todavía más grande, enseñando sus blancos dientes, su rostro apegado al de su padre mientras se tomaban el selfi.

Me sorprendió la exactitud, casi perfecta, en como me lo había imaginado. Había acertado en sus rasgos casi por completo. ¿o era simplemente lo que yo quería creer? Examiné atentamente la foto. Había algo en los ojos de aquel hombre. Sus cejas grandes, pobladas pero rubias, su extraña tristeza, oculta detrás de una sonrisa. Dejé el marco en su sitio. Las piernas me temblaban. Deslicé mis dedos por el borde de la estantería observando los libros. Rojo sangre, verde, amarillo, casi color de la

arena... Alcé la mano. El polvo se sentía áspero en mis dedos.

—¿Te gustan?

Me di la vuelta, sobresaltado por tu voz. Una emoción palpitante surgió sin pre aviso al verte.

El vestido amarillo. Llevabas el mismo vestido amarillo que aquella primera vez. Estas guapísima quise decir, y me puse incomodo por ir tan informal. Te acercaste a pasos ligeros, sin saber muy bien qué decir.

En ese preciso instante apareció Kate con una bandeja grande en los brazos. Llevaba un pollo horneado que resplandecía por el limón.

—La cena esta lista chicos, podéis sentaros.

En la mesa solo habían tres copas. Levante la mirada de la mesa, cometí el pequeño error de observar con demasiado empeño el rostro de Kate, como si pudiera encontrar una respuesta.

—¿Pasa algo? — sonrió.

—No, no es nada. — oculté mi rubor bajando la vista.

¿Dónde estaría Alain?

Acaricé el tenedor con los dedos. Los cubiertos tenían el color del oro y las servilletas eran de seda.

Mantuve la vista baja mientras extendía la servilleta en mi regazo.

—No se si te gusta el champan, pero este esta buenísimo, tienes que probarlo.

Me llevé la copa a los labios y saboreé ese dulce líquido, burbujeante e intenso, llegando hasta mi estomago como si fuera algo mágico.

—Bueno, cuéntame Julen...

Empezó a hacerme preguntas para conocerme. Sus preguntas fueron sutiles y consideradas.

Cada vez que respondía una de sus preguntas intentaba apartar la mirada de sus ojos hacía al plato, al mismo tiempo que pinchaba el trozo de carne recién cortado.

¿Que era exactamente lo que me inquietaba cuando la miraba?

Parecía querer saberlo todo sobre mi. Como si tuviera en mente algún propósito que yo desconocía. Sentía una indebida y intensa atención hacia mi. Algo que no había percatado antes.

— ¿Irás a la universidad?

—No, no lo creo.

—¿Por que? — preguntaste tú, que estabas a mi lado.

Simplemente negué con la cabeza. Ni siquiera yo sabia el por qué.

— No me hace ilusión ir a la universidad.— dije para cerrar el tema.

Los pequeños labios se humedecieron por el champan. Era una simple mueca en el que, después de dejar la copa en la mesa se lamió los labios. De alguna forma me pareció haberlo visto muchas más veces...en alguien que no era ella, ¿o era tan solo un dejavú?

—¿Como os conocisteis?— Era la primera pregunta que hice desde que estaba aquí. Aunque evidentemente ya sabía la respuesta.

Intercambiasteis una mirada. Cualquiera en mi lugar podría comprobar que no era nada mas que eso. Pero yo veía algo mas. Vuestras respiraciones tranquilas, demasiadas tranquilas... No estabais para nada sorprendidas, como si hubierais esperado esa misma pregunta.

— Bueno...fui yo misma quién le alquiló el piso.

Se hizo el silencio. Continuasteis comiendo, como si nada.

El tic tac sonaba en la estancia, con precisión. Reflexioné. Nada tenía sentido. Era como si no quisierais mencionarle. ¿Por qué?

—Desde entonces hicimos buenas migas...—Añadiste tu.

El dedo meñique de Kate repiqueteaba sobre la copa.

El pecho me latía violentamente. Creí que podrías hasta oírlo. Empecé a cortar con el cuchillo el ultimo trozo de carne. Necesitaba ruido.

—¿Queréis que saque ya el postre?— Te levantaste sin esperar respuesta llevándote mi plato ya vacío y el tuyo hacía la cocina.

Al dejarme a solas con Kate ella me miró. El reloj de la pared se movía

rápido, pero su tic tac parecía sonar demasiado lento.

—¿Todo bien?

—Si...estaba muy rico.

Se ríó

—Me refería a ti.

Sonroje mientras devoraba un trozo de pan. Engullí y luego respondí que todo iba bien.

Se llevó la copa a los labios y dio un largo trago.

— ¿Quieres un poco mas?— me guiñó un ojo.

Me ofreció lo poco que quedaba del champan y aproveché para hacerle una pregunta.

—por cierto...¿que le ha pasado a su hermano?

Me miró confusa.

— Creí que lo sabías...

Bajó la voz y empezó a explicarme la enfermedad que le habían diagnosticado. Se trataba más bien de una eficiencia. Una falta de desarrollo en su crecimiento.

—¿Tiene cura? — interrumpí

—No. No tiene cura. Pero tengo entendido que puede mejorarse con el tiempo. Aunque para eso se necesite mucha paciencia y buena mano y bueno...

Recordé la la conversación en el hospital "¿Durante cuanto tiempo estuvo bebiendo durante su embarazo?

— ¿Saben a qué se debe?

Volvió a bajar la voz y me explicó el problema que tuvo tu madre con la bebida durante el embarazo. Estuvo en rehabilitación y luego volvió otra vez después de recaer. Me extrañó que todavía tuviera a su hijo a su cuidado dada la situación.

Esperamos a que llegases. Pero como no volvías decidí aprovechar.

—Arlette me ha contado que os mudasteis.

—Si, cierto.

Asintió mientras cortaba su último trozo de carne.

—¿Y donde... Vivías... antes?

—Bastante lejos.

Lo dijo como si no quisiera hablar del tema

—¿Vendiste la otra casa?

—No...—se quedó callada por un segundo. Sus ojos se cristalizaron —Mi padre...bueno...

— ¿Vive allí? - dije al fin por mi mismo.

Se le resbaló un lagrima por la mejilla, apartándola con la mano.

—Perdón...—bajé la vista al suelo.— estoy haciendo demasiadas preguntas.

—No te disculpes, no es culpa tuya.

Me terminé la copa. Kate levanto la botella, preguntándome si quería mas. Asentí y me vertió un poco. Arlete todavía no había vuelto.

—Hay muchos recuerdos en esa casa.— continuo Kate—Mi padre siempre estuvo pegado a ella. Nunca quiso venir aquí. Cuando era pequeña...—Suspiró intentando controlar sus emociones. Miró hacia arriba, con las manos entrelazadas —Yo y mi padre vivíamos solos. Fue duro ver como mi padre no encontraba trabajo y... vivimos siempre al límite. Ni te puedes imaginar por lo que pasamos los dos. Lo que quiero decir es que entiendo lo mucho que es esforzarse por proteger a los que más amas. Arlete me recuerda mucho a mí cuando yo era joven.

Pensé en Ada. En sus maletas en la parte trasera de su furgoneta. ¿Que iba a hacer cuando desapareciese de mi vida?

—A veces creo que conozco a Arlete como si lo hubiese hecho desde toda la vida —Confesó Kate

Me resitúe en la conversación que estábamos manteniendo.

— Entiendo que quiera ser fuerte. Y lo es, pero...necesita apoyo, necesita descubrir que sola no puede. Es un espíritu muy libre. Y lo mismo creía yo. No me gustaba la vida que viví con mi padre, estábamos solos, sin nadie. No teníamos familia, solo nosotros dos. Nunca me rendí, empecé a crecer y al fin, después de tanto esfuerzo, terminé por ganarme un buen trabajo que nos permitiese a mí padre y a mi sustentarnos. No era fácil al principio. Pero nunca me rendí.

No pudo evitar sonrojarse, como si hubiese dicho más de lo necesario.

Se rió y yo me reí con ella. Era agradable.

El tiempo se detuvo en los brazos de Kate sobre la mesa, su cabeza ladeada, sus ojos escrutando las últimas palabras. Como si estuviera petrificada.

Tragó saliva

—Él siempre ha estado allí, siempre lo ha hecho— Se levantó de la mesa.—A veces anclarse al pasado puede terminar contigo.

Asentí, como si fuera una lección para mí.

—Supongo que no sabrás de lo que hablo...perdona. No me hagas caso.

Bebí un poco más de champan, para no mirarla. mientras el corazón se me salía del pecho.

Apareciste al poco rato con la tarta en las manos justo cuando Kate se llevó su plato junto con el mio.

—¿Te gusta la tarta de chocolate?

—Me encanta

Sonreí para ocultar el intenso éxtasis que crecía dentro de mí, acostumbrado ya a observar tus ojos rojos por las lágrimas.

SEGUNDA PARTE

15/02/21

17:40 h de la tarde

Observo otra vez el escritorio, de pie, desde la cocina.

¿Cuántas veces me imaginé a ese hombre sentado aquí, mirando por la ventana?

Un fuerte golpe me ahuyenta los pensamientos. Miro hacía arriba. Subo las escaleras y me dirijo a mi habitación. La ventana abierta golpea su hoja de cristal contra la pared una y otra vez, como un intruso furioso. El frío se cuela y me envuelve. Observo maravillado mis dedos. Tengo débiles motas de nieve incrustados, derritiéndose al instante. El pequeño rocío deja mis manos frescas. Muy pocas veces nieva aquí, donde el clima en invierno solo es nublado y ventoso. Y aun así sucede. La nieve se amontona en todas partes. Sobre la almohada, sobre el suelo, la mesita, las zapatillas... Cierro la ventana. Todo es posible.

Vuelvo a bajo, la casa parece callada. Oigo mi respiración. Observo la mesa. ¿Cuanto tiempo estuvo sentado allí? ¿horas? ¿días? ¿En que estaba pensando? ¿en su hija? ¿en Arlete? ¿en sus errores?

Me siento en el escritorio ¿quién escribe esta historia realmente? son mis manos las que se mueven por el teclado pero...¿De quién es esta historia? Las manos me tiemblan. Cuando me doy la vuelta, veo que la chimenea se está apagando y el sol, a al otro lado de la ventana, empieza a esconderse. Me levanto y echo leña al fuego. Me preparo otro café bien caliente, antes de continuar con la historia, pero mis manos están agotadas. Necesito descansar y me siento en el sofá, delante del fuego.

El aire golpea la casa ligeramente y me siento solo. Y me pregunto si vendrás...

Me acaricio la barba, pensando en ti.

Te llamé hace unos días. Hacía tiempo que no hablábamos. Tu voz siempre me recuerda que lo que vivimos fue real.

La nieve es preciosa. Sonrió solo con pensarlo. Miro el reloj. Te espero, mis manos, que son la que escriben esta historia, te están esperando.

1

Después de la cena Llegué a casa temprano. El ambiente se había vuelto tenso y necesitaba salir de allí. Agarré el cuaderno, releendo por encima lo que había marcado con postits, aquello que me parecía importante.

Alain siempre hablaba del pasado, hacía lo posible por insistir en él incluso cuando hablaba de su presente. Sabía que había vuelto en el pasado, en esa casa porque no soportaba estar lejos de ella, de su Cindy, de sus errores. ¿por eso se había ido? Y por que entonces? Por que no antes? Y en mi mente no todo estaba claro. Era yo quien respondía a todas las preguntas sin respuesta, todo eran hipótesis, ¿que sabia yo realmente? Aun así sabia y estaba seguro de que estaba en esa casa.

Agarré el cuaderno con la intención de terminarlo de leer todo de una vez, a pesar de que su letra me dificultaba ir todo la rápido que me gustaría. Aunque no estaba buscando su historia me intrigaba ese hombre, y no sabía por qué.

Me estiré en el respaldo de la silla, cansado. Pensé en seguir leyendo y terminar el diario, pero todavía quedaban muchas páginas.

El móvil se iluminó. Estaba en silencio. Me sorprendió que Ada me llamara a esas horas.

— ¿Qué pasa?—susurré para no despertar a mis padres

—Julen, te necesito.— su voz parecía alterada

—¿Qué ha pasado Ada?

—No puedo más julen...no puedo...—oí sus lágrimas.

—Vengo en seguida.

Y me colgó, sin más.

Llegué a su casa en menos de veinte minutos, con el móvil en la mano, diciéndole que ya estaba allí, enfrente de su casa. Esperé como si

esperase una señal.

Empezó de golpe. Unos murmullos incomprensidos se elevaron. Luego los gritos. Solo cuando escuché su voz intuí que algo malo estaba pasando. Otro gritó mas, mientras mis pies se quedaban quietos en el asfalto. un animal aullando de terror. Una voz pequeña similar a la de Lili, su hermana pequeña.

Las casas del vecindario empezaron a iluminarse. Los vecinos no tardaron en asomarse a sus ventanas. Me quedé paralizado por que creí que alguien haría algo. Solo después, al cabo de un grito y otro grito más, supe que yo era ese "alguien". El sonido de unos cristales me obligaron a reaccionar.

Todo pasó muy rápido.

Subí los peldaños de madera, a toda prisa y el último se rompió, haciéndome caer, sintiendo el sabor de la sangre en mi boca. Mientras el dolor me aturdíá sonó otro grito más, que me pareció muy lejano. Me levante tan rápido como las piernas me lo permitieron y abrí la puerta.

Lo que vi aquella noche se me quedó grabado en la mente para siempre. Lo primero que vi fueron sus ojos. Sus ojos rojos por la rabia me miraron. Las venas de su brazo resaltaban bajo su piel, bajo el tatuaje de un león rugiente. Estaba sujetando con mano fuerte el brazo de Ada mientras ella intentaba librarse.

Su padre empezó a gritarme, su voz retumbando en mi cabeza, diciéndome que me marchase. No se si fue por que yo me quedé paralizado, pero finalmente la soltó, empujándola para que saliera fuera de casa, gritando a la que era mi mejor amiga, a la que yo había olvidado mientras ella se arrastraba por el suelo, como un animal asustado.

Sin dejar de temblar se acercó a mi. La ayude a levantarse y salimos fuera. Era la primera vez que sentía su cuerpo débil, asustadizo y pequeño. Al rodearla con mis brazos fue como i su cuerpo empequeñeciera, esa terrible sensación de que alguien parece estar a punto de desaparecer.

Eché un ultimo vistazo dentro de la casa. El hombre cubrió su cara con sus manos, deslizándose hasta al suelo, sollozando. En el fondo, Lili estaba de pie, asustada, con la boca abierta y los ojos lacrimosos, sosteniendo un peluche. Tuve el valor de acercarme, otra vez.

—Lili — dije con voz firme. Ella me miro — Ven...— le dije con temblor en la voz.

Su padre continuaba allí, sin moverse, todavía arrodillado. Creí que se me saldría el corazón del pecho. "Corre Lili" imploraba. Su única respuesta fue quedarse quieta, con la mirada perdida en la lejanía.

Nos marchamos, a pie, desapareciendo en la oscuridad. Ada no soltó ni una lagrima, ni un sollozo, no dijo ni una sola palabra.

—Lo he intentado — le dije con voz trémula, porque sabía que no era verdad. Tenía miedo de dejarla allí sola con su padre, tan pequeña e inocente.

—Lo sé.

Fue lo único que dijo en todo el camino, mientras conducía su furgoneta roja hasta alejarse de aquella casa.

Una vez en la oscuridad de la noche apagó el motor. Recuperamos la calma mientras nos quedábamos allí, sin saber a donde ir, con la oscuridad cerniéndose sobre nosotros.

2

No teníamos ninguna otra opción.

Llamé sin pensármelo dos veces. Ada no dijo nada. Se dejó llevar, extrañamente tranquila hacía esa caja de tejas rojas..

Al fin iba a descubrir el secreto que le había ocultado. ¿Que pensaría al ver a esa desconocida de la que no le había hablado?

Las luces de la casa estaban apagadas. Salvo una, en el piso superior. Cuando Kate nos abrió la puerta lo primero que vio en nuestros ojos fue el miedo.

Una vez dentro Kate le preparó a Ada una taza de té. Mientras se la tomaba sentada en la mesa vio los ojos rojos de Ada. Vi asomar la preocupación en su semblante.

—¿Qué ha pasado? — la tomó por la muñeca, delicadamente — ¿Quién te ha hecho esto?

Hasta hora no me había dado cuenta, pero su muñeca estaba rodeada por una mancha oscura.

—No se preocupe. No duele.

—Su padre — dije de repente.

Nos quedamos en silencio durante bastante rato. Miré a Ada para saber cómo reaccionaba. Tenía los ojos perdidos en la lejanía.

“¿Que haría yo si fuera la víctima?, ¿o si fuera el adulto responsable? ¿Que debo hacer siendo yo, aquí y ahora?”

Así que le expliqué lo que yo pude ver. No sabía nada más.

Oímos unos extraños pasos bajando las escaleras y acercarse al comedor. En ese instante apareciste tú, entraste en el salón. Primero me miraste a mi, luego a Ada. Las dos cruzasteis las miradas sin decir nada.

—Ada...—le puse una mano sobre el hombro, por si quería decir algo.

—No hace falta Julen. Es... complicado. Estoy bien, no ha pasado nada. Deberíamos irnos ya.

—No— Kate se levantó de la silla— Te vas a quedar aquí esta noche. Te llevaré algo de ropa para cambiarte. Si necesitas una ducha para relajarte no dudes en decírmelo.— Luego me miró a mi —Ya hablaremos por la mañana sobre ello.

Volvió su vista hacia ella. Dos desconocidas en la misma habitación, sin saber qué pensaban la una de la otra.

— No sabe cuánto le agradezco todo esto...—dijo Ada.

Parecía una persona diferente. Vulnerable. Ni fuerte, ni decidida... tal y como la recordaba. Y entonces entendí lo poco que nos conocíamos realmente. ¿Eramos también nosotros dos unos desconocidos? Creíamos haber visto el terror y el dolor en los ojos del otro, pero nunca de esa forma.

Esa noche vi a mi amiga, a la verdadera, la que no se escondía, la que me mostró por primera vez la cara oculta de su vida. Creo que la amé mucho más por ello.

Siempre guardamos las palabras que no sabemos decir en voz alta, lo que nos pasa en nuestra intimidad, en nuestros cuartos interiores. Es difícil abrirlos. Porque están cerrados, atrancados. Y ese día Ada no tuvo más remedio. Ese día sus puertas se hicieron transparentes, podía ver en su

interior todo aquello que no había dicho. Y aun así era solo como ver la punta de un iceberg inmenso y escondido en las profundidades.

¿Por qué no me preocupé mas por mi amiga? ¿Por qué no le pregunté como iban las cosas? ¿Por qué no hice nada cuando tuve la oportunidad?

—No te preocupes,—dijo Kate — no pienso dejarte sola.— y la sonrió con ternura. — ven... acompáñame.

Ada se terminó de un sorbo la taza de té, parecía más relajada. Se levantó torpemente, todavía avergonzada.

—Tú también, Julen

Acercó su mano cuidadosamente hacía mi mentón

— Habrá que curarte esto.

—La pierna —dijiste tu, observándome y señalando con el dedo— también se ha hecho daño en la pierna.

Fue entonces cuando vislumbre la sangre en los tejanos.

3

Había un reloj en el baño, encima del estante, justo al lado de las toallas. Eran casi las dos de la noche. Cuando me levanté el tejano vi un rastro de sangre que se me escurría por la pierna. En medio de la herida había una astilla clavada. Una muy pequeña. Al ver la herida supurada de pus y sangre fue como si de pronto empezara a dolerme.

Kate estaba ante mí, sentada en la repisa de la bañera. Yo estaba sentado en la tapa del váter, con la pierna estirada, encima de ella, avergonzado en cierta manera.

—Esto te escocerá un poco.

Me sacó la astilla, larga y delgada como una aguja. A parte de eso solo me había rascado la piel. Cuando hubo terminado le di las gracias.

—No sabía a quién recurrir...—Confesé

—Me alegra que hayas confiado en mi

— ¿Aunque seamos unos desconocidos?— Pregunté irónicamente

— Ya no. Ya sabemos cosas el uno del otro — vi emoción en sus ojos, como si se sintiera orgullosa.

—Estoy un poco preocupado por ella. —le dije sin contemplaciones – sin ti no se que habría hecho.

Me bajé el pantalón. Intente mover la pierna sin que me hiciese daño.

— Me gusta ayudar a las personas.

Nos miramos en silencio. Fue un breve momento. Me miraba de la misma forma en la que lo hizo el día en que la conocí.

—Verás yo no puedo llevarla a mi casa..porque bueno, mi madre...

— En serio, no hace falta que me des ninguna explicación, ya te he dicho que has hecho bien en venir a mi.

—Tengo una familia un poco complicada... - confesé

Asintió. Entendiéndome. Todos tenemos familias complicadas.

Ada estaba sentada en la cama, sujetándose las rodillas cuando entré en la habitación. Llevaba el pijama que le habías prestado. Estaba llorando cuando me acerqué a ella. Dejé la taza de té en la mesita de al lado. Me senté en la cama y ella vino hacía mi y me abrazó.

—Tranquila. Estoy aquí.

Sentí su temblor alrededor de mi cuello.

—Julen...gracias.

Me abrazó como si dejara un peso enorme en mis hombros. La había fallado, la había mentido.

—No me las des a mí. Dáselas a Kate.

Sabía que tarde o temprano hablaríamos sobre ella. Pero esa noche no. Pregunté si su hermana estaría bien, pareció no preocuparle. De forma muy extraña su hermana y su padre parecían ser uña y carne.

Volví a abrazarla, y después de unos segundos se desprendió de mi, diciéndome que necesitaba descansar, así que no quise molestarla y se

acostó, sin haber probado siquiera la manzanilla. Apagué la luz y le susurré "Buenas noches". Al fin y al cabo era mejor dormir en una cama ajena que en los asientos duros de una furgoneta.

Bajé hacía la cocina. Estabas sentada en la mesa, sujetándote la cabeza con una mano, soñolienta. Miré el reloj. Eran las dos y media de la noche.

Me senté a tu lado, cada uno mirando su propia taza. Hacía solo unas pocas horas que nos habíamos visto y ahora estábamos allí.

No quise creer que esa noche pudiera terminar de esa forma tan trágica.

—Ada tiene planeado irse...—Lo dije en voz alta. Me llevé la taza a los labios, soplé un poco. Era como aliviar mi dolor que hubiera alguien que pudiera escucharme. Era la hora de admitir que eso iba a suceder quisiera o no.

Te había hablado de ella en alguna ocasión, pero no lo suficiente como para decirte que tenía problemas con su padre. Al fin y al cabo todo el mundo los tiene.

Sin embargo lo que no quería decirte era que en el fondo de mi, sabía lo de su padre. No quería decirte que aún sabiendo lo que pasaba preferí no adentrarme en su vida. No quería saber nada más de lo que se intuía, no quería preocuparme... y en cierta forma eso me hacía sentir mal. ¿Había sido egoísta al pensar solo en lo que yo quería y no en lo que ella necesitaba? No quería hablarte de ella porque eso significaba tener que hablarte de mí.

—¿Te refieres a marcharse de verdad? ¿De huir?—Preguntaste.

Asentí. Huir.

—Lo único que quiere es desaparecer, lejos con su hermana para que no las encuentre. Creo que iba a hacerlo esta misma noche.

"a intentarlo otra vez" pensé. ¿cuantas veces fracasó?

En todo este tiempo, inconscientemente, no quise admitirlo. Si, huir. Huir con su hermana, arrastrarla porque ya no sabía como llevársela separándola de su padre.

Y entonces te observé. Tu eras ajena a todo esto y sin embargo creí ver como los labios te temblaban, pero los ocultaste con la taza. Bebiste de ella, deseosa; los ojos intensos, anhelantes por probar, por hacer algo que seguramente se te había pasado por la cabeza a ti también. La palabra

huir te resultaba familiar en tus propios pensamientos.

“Pensé...que sería el camino más fácil”. Lo dijiste así.

Esta vez, con la mirada serena me dijiste algo que no esperaba.

Hablaste sobre tu padre y de como este te cantaba canciones, te protegía de todo lo que podía hacerte daño, hasta en lo mas mínimo. De esos recuerdos que nunca fueron realmente recuerdos, sino la voz de tu madre hablándote de él.

—Quería protegerme del viento.

El padre de Ion era diferente...

—Tengo en mi mente grabada los ojos de mi madre. — Volviste la vista hacía adelante, como si tuvieses que leerlo escrito en la pared — mi madre nunca me protegió de él. Esa es la diferencia entre un buen padre y uno que no lo és. Mi padre me protegió de lo mas insignificante. Mi madre en cambio...lo único que consiguió fue perderme, por...no hacer nada. El otro día los vi juntos. Han vuelto. Ella dice que ha cambiado. La que no ha cambiado es ella, sigue siendo la misma mujer auto destructiva que siempre he recordado.

Contuve la respiración a medio camino entre decir algo o llevarme la taza de té a los labios. Pensé en las palabras de tu madre en el hospital, cuando me dijo a mí, que no te acercaras mas a él, estableciendo una barrera entre vosotros dos. Lo elegía a él por encima de todo. Elegía al padre de su hijo.

—Yo si puedo huir. Por que no formo parte de nada. Por eso...— Te quedaste pensativa y entonces cambiaste de tema. — Las botellas...¿te acuerdas?

Asentí

—¿Que pasa con las botellas?

— Esa noche se pelearon por mi culpa...y Ion lo vio todo. Yo provoqué una pelea mas en esa familia que no deja de pelearse.No sé que es lo que le dijo a mi madre, pero desde ese día intenta evadirse de mi. Ion se puso enfermo...y no sé...Fue por mi culpa Julen.

—No es verdad, no fue tu culpa.

Y entonces en silencio, casi susurrando dijiste que todo volvía a empezar.

Como una maldición. Habías roto con tu pasado, lo habías hecho añicos.

—Todo tiene un precio. Y Ion paga ese precio.

Me sentenciaste en el silencio más profundo, sin poder librarme de él.

Yo no quería saber nada. Yo no quería saber nada...yo no quería sufrir. No quería sufrir por ti. No quería sufrir por nadie. Porque no sabía cómo afrontarlo y menos ayudarles. Aun así acerqué mi mano a ti, porque a veces las palabras no sirven. Quise que sintieras mi calor al mover las líneas de mi vida encima de las tuyas. Palma contra palma. Te dejaste agarrar, casi sin voluntad. No podía decírtelo, lo que sentía, porque no habían palabras. Cuando callamos, son los pequeños gestos quienes sustituyen, quienes nos explican lo que queremos transmitir. Te agarré de la mano y poco a poco fui apretando más.

Con eso quise decírtelo todo.

4

Arlete , 10 agosto 2012

Por fin llego a mi casa. A mi casa. Solo mía.

Dejamos las cosas en mi habitación. Kate nos sigue con las bolsas llenas de comida.

Gracias, una vez más. Me has ayudado. No solo me refiero a las cajas. Me refiero a todo. Desde el momento en que te conocí.

El edificio en el que vivo ahora solo somos tres inquilinos, y ninguno de ellos suele subir a la azotea así que puedo acceder a ella cuando me venga en gana.

Ahora tengo una casa, un sitio en el que trabajar por las tardes y estudiar durante las mañanas.

Ahora empiezo a sentirme una mujer de verdad.

Allí arriba improvisamos una mesa con la caja. Aquella que pone frágil. A veces me siento como estar en una de esas cajas. Esa caja es todo lo que tengo. Ahora, gracias a ti lo he convertido en otra cosa. Voy a poner encima de ella nuestras copas porque hay que celebrarlo. Porque hoy al

fin me siento libre.

Nos quedamos allí hasta que anochece. Abres el champán, invitándome a tomar. Siento el tacto de Kate en mi mano, mientras se ríe, y siento tu brazo sobre mí, rodeándome, llevándome hacia ti.

Y ahí va: Me gustaría ser parte de ti. ¿te parece extraño?

Poco después, cuando os marcháis me quedo sola. Hacía tiempo que no sentía esa soledad tan profunda...Realmente me siento muy sola. ¿Es este el coste de la libertad? ¿a caso no he estado siempre sola? Es como si de pronto mi cabeza dijera: Ahora si Arlete, ésta es la soledad.

Pero antes de acostarme escribiré esto:

Tengo una persona especial en este mundo. Mi querido hermano, y ahora puedo añadir dos más.

Cuando me voy a dormir, no puedo conciliar el sueño. Me siento sola, todavía ahora cuando debería sentirme acompañada. Os hecho de menos

Me levanto de la cama para hablar contigo. Sigue rondando en mi cabeza ese recuerdo, el que cambió mi vida para siempre. Siento una conexión en este instante con ese mismo recuerdo. Y sin embargo parece lejano, parece como si no me hubiese ocurrido a mí.

Una niña, que no soy yo, corre con todas sus fuerzas ,sin saber a donde va... hasta que sus pies sienten dolor. Y sin saber cómo sus pies se elevan del suelo. Empieza a dar patadas en el aire, a golpear, a gritar como nunca antes lo había hecho. Siente un brazo fuerte alrededor de su estomago.

La meten en un coche. Intenta abrir la puerta y no puede. Su madre se acerca, intenta abrirla también, pero se lo impiden. Quieren llevársela lejos de ella. Lo último que ve son los ojos de ese hombre, brillantes, bien abiertos, acompañados de una sonrisa muy leve. Se queda allí, sin tener que fingir. Ese extraño se acerca a su madre y la abraza. "Todo irá bien amor mio" Así será para él. Al fin se a liberado de ella. Era lo que quería y lo ha conseguido.

La niña recordará esa sonrisa para el resto de su vida.

Esa niña recordará siempre estar esperando a su mama.

Todavía me acuerdo de ese sentimiento, de esa niña que un día desapareció. A veces necesito recordarla, desenterrarla y preguntarle si sigue allí. Necesito preguntarle si quiere que este con ella. Quiero ser su amiga. Tal vez ella pueda decirme que debo hacer cuando estoy perdida.

Ella lo sabe todo. Lo conoce por que ha vivido de todo. Y aunque intento hablar con ella es como si se negara a hacerlo veces se niega a hacerlo. No quiere decirme lo que recuerda. Pero esta noche, para mi sorpresa, es ella quien a decidido hablar... me ha dicho que se siente orgullosa, me lo ha dicho con lágrimas en los ojos.

He decido ser sincera con ella, decirle lo mucho que siento habernos hecho daño, haber intentado matarnos. Y pienso en esa noche, cuando me corté solo e para saber si sentía; para despertarla, sangrando por ella todo lo que no pudo hacerlo en su día.

Solo quiero que me perdone. Me dice que no importa, que hace tiempo que ella ya murió. Y cuando en la noche se hace el silencio, cuando creo recordar un atisbo de esperanza, en el ultimo momento, con lágrimas en los ojos me pregunto por que no morimos las dos.

5

Alain, 13 agosto 2012

Conduzco por primera vez después de dos meses sin hacerlo. Me guías por los caminos, recorriendo los senderos mientras te ríes y me avisas de que no me pase la próxima salida.

Hazme un favor: Recuerda esta niña que eres cuando estas feliz cuando te olvides de ello, en los momentos tristes. Recuérdela. Sé que las cosas a veces no terminan del todo bien. Pero otras terminan mejor de lo que esperamos, Lo sé, créeme.

Hoy estas emocionada. Vas a ver a tu hermano y te encanta la idea de que lo conozca.

Me explicas lo frustrante que es saber que tu madre nunca te visitaba cuando estabas en el centro, porque estaba "ocupada" y debías esperar su llegada allí, sentada, con los brazos cruzados y mirando a la pared. Perdiendo el tiempo.

Pero esta vez te llevo yo. Esta vez será diferente.

Llegamos a su casa.

Al entrar lo vemos allí, sentado a espaldas a nosotros, sobre la hierba seca y con los juguetes esparcidos sobre el lugar. No reconoce el ruido del motor, para él es solo un ruido más, como el canto de las aves, el crujir

de las ramas o el silbar del viento. Lo apago y se hace el silencio. Te miro a ti, y por un momento siento la misma paz que tú, al verle allí, tranquilo, jugueteando y sin nada más que preocuparse por meter un coche demasiado grande en un maletero de un camión demasiado pequeño.

Inmediatamente bajas del coche y cierras la puerta. Te diriges a él silenciosamente. Pero lo que sí parece conocer son tus pisadas sobre la hierba que cruje bajo tus botas.

Cuando te ve, sonrío, avergonzado. Muevo la cabeza hacia un lado, ocultándose a través de ese flequillo amarillo que casi le tapan los ojos. Está jugando contigo. Y en silencio, con las manos todavía en el volante descubro que esa es vuestra forma secreta de reencontraros.

Abres los brazos. Él te está mirando, por supuesto. Se levanta torpemente, dejando volar el pequeño coche por los aires. Lleva esa sudadera que le va demasiado grande, esa naranja que según tú tanto le gusta. Y se dirige hacia ti, saltando al aire, dejándose caer en tus brazos... Tú lo agarras al aire.

Ni rastro de tu madre, está dentro, observándonos desde la ventana. Ni siquiera sale a saludarte. Ni siquiera me has contado que pasó la última vez que te la encontraste. "No le caes demasiado bien..." me confiesas.

"Vamos a jugar a un juego" te oigo decir. Te sientas a su lado. Él te abraza. Yo solo contemplo la escena desde el coche.

Recoges un muñequito que hay en el suelo, pintado todo de rotulador negro. Le da miedo ese juguete, por las noches sueña con él. Es lo primero que te ha dicho al sentarte a su lado. Insiste en que existe y que va a ir a por él, así que tú le das la vuelta a todo.

Podrías haberlo tirado. Pero no.

"Una noche se cuela por la ventana, pero no tienes por qué temerle, porque es bueno y te promete que a partir de esa noche te visitara todas las que vengan. Dormiré contigo todas las noches. Para protegerte..."

"¿Vi—viene de la luna? —Te pregunta más animado al descubrir que es bueno.

"Si. Es allí donde vive" El niño sonrío. "No tengas miedo" Le pides. "Yo también estaré a tu lado, aunque esté lejos. ¿vale?"

"¿Y cómo puedes hacer eso?"

Le sonrías.

"Cuando mama pronuncia mi nombre ...cuando dice que vendré a verte... ¿no te alegras al escucharlo?"

Asiente, sonriente

" Y cuando lo escuchas no sientes...¿esto?"

Pones su mano en tu pecho, en tu corazón, imaginándome que late fuertemente.

"Eso es lo que sentirás al pensar en mi, cada vez que pronuncies mi nombre en voz baja"

El sonrío y te abraza.

"¿E-Eres una niña per-perdida?" Dice al poco rato.

Se acurruca a tu lado, dejando caer su cabecita encima de tu hombro. A veces los niños pueden sorprendernos.

Te sientes triste cuando me dices poco después que él cree que no tienes madre, que no compartís la misma.

"Todos lo somos..." le contestas "¿pero sabes qué? Los niños perdidos no están solos.

"¿Entonces yo ta-también soy un niño per-perdido?"

"Si, por supuesto. Por eso el hombre de la luna viene a vernos."

" ¿Y qué puede hacer un niño per-perdido?"

"Lo que le apetezca. ¿Sabes porque?"

"¿Por qué?"

"Porque es libre"

De pronto te levantas y echas a correr hacia el bosque, tu hermano se levanta riendo como un loco, persiguiéndote. Os escondéis entre los árboles. Entonces lo persigues tú a él.

Al fin me pides que salga del coche,

"Venga Alain! Yo sola no puedo"

Al principio dudo, no quiero que tu madre me vea. Pero al final no puedo resistirme. Algo me empuja a salir de allí. Soy el monstruo que os persigue y empezas a gritar

"¡Corre Ion! ¡Ahí viene ese monstruo gordo y feo!"

El niño no puede parar de reír. Me animo y me uno a vosotros. El niño todavía desconfía de mí, pero, mientras os persigo, parece no importarle. De pronto mientras juego con vosotros me siento como un niño y a la vez como un abuelo, jugando con sus nietos. Me siento como un padre. Ojala...ojala pudiera decirte lo que siento realmente. Que siempre he deseado que Kate tuviera un hermano, verla feliz como tu lo eres con él.

Termino con las piernas dolorosas, sudoroso y con la respiración acelerada. No recordaba lo que era estar al aire libre. Y de pronto hecho de menos mi hogar. Esta casa, el bosque...me recuerda a Ella.

Minutos después vemos aparecer la camioneta blanca por el sendero. Miro tus ojos y en ellos veo terror. Besas a Ion en la frente, lo abrazas, el te agarra de la mano pero te desprendes, aunque no quieras. Desearías quedarte.

Vuelves rápido hacía mi, justo cuando la camioneta se para a solo unos metros. "Arranca", me pides. El niño se despide de ti, allí, pequeño, entre los árboles, y tú no le dejas de mirarlo por el retrovisor. Te quedas con su sonrisa mientras mueve la mano frenéticamente para decirte Adiós. Te has asegurado de abrazarlo y besarlo, y de no irte sin dejarle una sonrisa entre sus labios. Su padre se interpone en medio de tu visión y abraza al niño.

¿Y si no tiene miedo del muñequito oscuro? ¿Y si tiene miedo de ese extraño hombre que lo abraza? ¿es Ion realmente el niño perdido?

Lo ves allí, solo ante el horror, ante las cosas que no sabes, que desconoces que pasan en esa casa. Y la tristeza te empieza a inundar en el pecho.

"Somos niños perdidos" dices antes de romper a llorar.

Las ruedas se detuvieron justo delante de la entrada. Desde allí pude ver el escalón partido que rompí la noche anterior. Fue como si la propia herida lo recordase al yo verlo. Ada nos había llevado a todos a su casa. Apagó el motor y nos quedamos en silencio, salvo el ruido de un chorro de agua cayendo en el césped de algún vecino. Eran las once de la mañana. Ada miró a Kate, que estaba a su lado. El plan era sencillo.

Esa mañana después de haberle dado vueltas a la cabeza Ada estaba decidida, y Kate estaba allí, adulta, responsable, sin que le pareciera una locura.

Ada no solo tenía que convencer a su padre, sino también a Lili para que viniera con nosotros.

Bajó tranquilamente, cerró la puerta, con el plan en mente. Sabía lo que tenía que decirle a su padre. Fingir que todo estaba bien.

Nunca supe que ocurrió realmente esa noche. El por qué me encontré a su padre agarrándola por la muñeca. ¿tal vez porque supo que quería huir? me lo pregunto a veces, en los momentos menos oportunos, en los momentos en los que me da por recordar el pasado. "¿qué pasaba entre vosotros, Ada?" y me sorprende a veces haciéndome estas preguntas. ¿De que sirve hacerlo ahora cuando nunca me importó hacerlas en su momento?

Se esforzó por avanzar hacia la casa. Cuando llegó a la puerta puso su mano sobre el pomo. No tenía prisa, tenía todo el tiempo del mundo. La observé con detenimiento, tenso, desde mi asiento. Al fin abrió la puerta. Al entrar la dejó abierta, como si tuviese miedo de cerrarla y no volver a salir. Se adentro hasta donde nuestros ojos podían alcanzar.

Sabíamos lo que le iba a decir a su padre, lo habíamos hablado, discutido. Era la mejor opción. Lo que no sabíamos es como se lo diría, si se daría cuenta de que lo engañaría. Si se daría cuenta de que era una excusa. "De eso me ocupo yo" dijo.

—Julen...

Me di la vuelta hacía Kate

— Siento mucho todo esto. No quería intervenir entre vosotros dos. Sé lo que ella significa para ti.

—No te preocupes.

Pensé en el plan. Y ese plan a la vez no era nada salvo una excusa más... No podía engañarme a mi mismo. Asentí. Lo sabía de sobra. Lo sabía bastante bien. "No quiero que Ada se quedé allí, tiene que irse..." le dije a

Kate en privado, y ella tuvo la idea de irnos a su antigua casa, y yo, el que puso el plan de escape.

Miré hacía la casa, esperando una respuesta a lo que estaba a punto de pasar.

Matamos el tiempo en silencio durante treinta minutos, sin dejar de mirar de vez en cuando hacia la casa. No se oían gritos, ni ruidos. Estuvimos atentos por si algo pasaba.

Al poco rato salió de allí.

–Ya viene – anuncié. La seguía su hermana.

. –Vamos Lili, dale un beso a papa.

Allí en la entrada estaba su padre. Ojeroso, con las manos dentro de los bolsillos, mirando sus zapatos. La apariencia de una persona pacífica, triste y deprimida. Lo había conseguido.

— Si no volvéis dentro de una hora llamaré a la policía.— Nos echó una mirada a todos.

Sabía que no podía hacer nada delante de nosotros. Nos observaba como si él fuera un animal sin correa, dispuesto a atacar en cualquier momento.

— Solo vamos a tomarnos un helado.

Su padre desvió la mirada hacia su hija mayor. Fue la última vez que la miró a los ojos.

Tal vez fue por Lili que no hio nada. Por la inocencia de una niña que se dejo comprar por un helado, sin ella saberlo.

Lili se acercó a él, y él se agacho torpemente, casi hasta el punto de caerse, y entonces se abrazaron. Su padre la rodeó con sus brazos, sin demasiado esfuerzo, delicadamente, como protegiendo un diente de león ante la tempestad, como si tuviese miedo de perderla y se echará a volar.

Si supiera la verdad no la hubiese soltado.

No volvería a ver a ese hombre hasta años después. Hace ya dos años, cuando tuve que volver al pueblo, en el funeral. La gente me abrazó, acompañándome en el sentimiento. Estuve con las manos en los bolsillos, con lágrimas en los ojos. No podía pensar en nada más que en la muerte. Al poco rato, puse el ataúd en mi hombro, junto con otras personas que

no había visto en mi vida. Ahí estaba Kate, perdiéndole por segunda vez en su vida y esa vez de verdad. Yo preparado para sostener todo su peso, pensando y creyendo que no conseguiría llegar hasta el final.

Y después apareció él, más viejo, más cansado, mas borracho. "¿Las has vuelto a ver?" Y lo primero que pensé era por qué no se murió él, ese hombre que olía a muerto. Se acercó a mi, sin ni siquiera saber cómo me había reconocido "necesito saberlo, ¿dónde fueron? ¡Dímelo!" Ni siquiera le contesté. Ese día había perdido a alguien importante para mi, Ese día me replanteé muchas cosas... Y Ada...ni siquiera yo sabía donde estaba. Ni siquiera Arlette estaba allí.

Hija y padre se se desprendieron. La risa de ella... "¿La recordará feliz?" En cambio ella... ni siquiera lo sé. La veo corriendo hacia la furgoneta.

— Dentro de una hora — Eso fue lo que creyó. Lili sacó la cabeza de la ventanilla para volver a despedirse de su padre. Ada Arrancó el motor. Sus ojos estaban perdidos.

– ¿Todo bien? – Kate parecía intuir lo mismo que yo.

–Todo bien.

Ni siquiera intentó mirarlo. Ni siquiera intentó decirle adiós.

Ada estaba diferente.

La furgoneta se deslizó como si solo hubiese silencio. Y fue entonces cuando me di cuenta: Ada contenía las lágrimas. Pero... ¿lágrimas de amor, de un último amor o lágrimas de suspiro?

7

Compramos los helados en nuestra cafetería preferida. Ada y su hermana me esperaron en la furgoneta. Quería darme prisa para que no se deshicieran por el calor.

Preparé una bolsa pequeña para el viaje. Metí el diario en la mochila, (Solo me quedaban unas cuantas paginas para terminarlo) ropa y dinero. Debía darme prisa. Su padre estaría buscando a su hija pequeña dentro de una hora.

Cuando le dije a mi padre que me iba dos días de vacaciones con Ada y su hermana no puso objeción, simplemente me dijo que tomara cuidado y

que los llamara cuando llegase a mi destino. Me despedí de él y también de mi madre. Iba tan acelerado que sin pensarlo la abracé, y sin desearlo siquiera, le di un beso en la mejilla, y para mi sorpresa me lo devolvió. Nos miramos a los ojos por un momento antes de salir por la puerta. En ellos no vi rencor, no vi nada salvo una pequeña luz que resplandecía. Y quise pensar que las cosas, a veces solo podían mejorar con el tiempo. ¿Pero y si no lo hacían? ¿podría elegir yo también marcharme? ¿Y si pudiera dejar todo atrás? Que me lo impedía? ¿el amor? ¿el desespero? ¿la incertidumbre?

Cuando salí a la calle Ada me estaba esperando, de pie apoyada sobre su furgoneta roja.

— ¿Nos vamos ya?- dije con un leve temblor en las piernas.

Pensar en lo que estaba a punto de suceder me hacia sentir como tirar de una tirita, lo mas rápido posible. Quería irme antes de que entendiera que la iba a perder para siempre.

— Tranquilo, no hay prisa. - dijo en cambió ella, tranquila y serena.

Nos quedamos en silencio, con el calor del día acompañado de la brisa. Tenía los labios agrietados y me miraba de esa forma que hacía cuando quería decirme algo, con los ojos hacia abajo y luego hacía mi.

— Quiero pasar esta media hora contigo, aquí. En tu casa. - los ojos se le enrojecieron. — Quiero pasar los últimos momentos aquí contigo.

Entramos en casa de mi abuela cada uno con su helado en la mano como si fueran velas que alumbran la oscuridad. Era la primera vez que la invitaba a pasar. Su hermana Lili agarró con su otra mano la mano de su hermana, como si estuviese en una casa encantada.

Abrí la maleta de mi abuela. Estaba debajo de su cama, desgastada, con las correas torcidas hacía arriba. Siempre estaban allí, inquietas, esperando ser recordadas. Empecé a revolverlas.

Quería mostrarles esas historias.

Se despertó la melancolía, al revivir viejas historias. Le expliqué a Lili la historia de aquella pareja tumbada en la playa, con las gafas de sol sobre la cabeza, aquel anciano leyendo el periódico en la estación, o la de la niña del pelo rizado comiendo un helado, con la lengua fuera. Siempre así, para la eternidad. Sabía que no las estaba contando como debería, al hacerlo con mi propia voz no eran las mismas. Y aunque deseaba fervientemente ser capaz de hacerlo supe que al menos fui el único en disfrutar de esas historias. Y lo que comprendí ese día es que esas historias no tenían nada de especial, salvo la voz de mi abuela al

narrarlas. Y fue entonces cuando le mostré la foto de Arlette, de la chica sin nombre, y le conté la historia, de la misma forma que lo haría mi abuela. Ada parecía extrañamente tranquila y serena. Sus ojos no me mostraron rencor por guardarme un secreto. También prestó especial atención a todas las historias mientras las explicaba. Entonces agarró la foto de la niña del helado, se quedó mirando a esa niña fijamente. Observé yo también esa foto cuando me la devolvió. Esa vez al volver a verla percibí ese pequeño detalle en sus labios, al mover su lengua sobre ellos. La puse dentro y cerré el maletín para terminarnos los helados, como una tradición.

Miramos la casa, vacía, los muebles malgastados, las ventanas carcomidas por los bichos. Estaba vacía. Ya esta, pensé.

En esta casa han empezado las historias, en esta casa las terminamos, en la oscuridad, mientras nos observamos en silencio

No creo en el destino, pero a veces me pregunto por qué Lili con sus manos pequeñas quiso abrir ese cajón, que vio o que sintió por ese cajón precisamente, justo el que estaba al lado de la cama. Lo tomó con su mano pequeña y sin querer al tirar de él salió de su sitio y volcó en el suelo. Las cartas de mi abuela se esparcieron. Sin decir nada, con una sonrisa en mis labios, sin darle importancia empecé a recogerlas. Al levantar el cajón vi debajo una plancha de madera casi del mismo tamaño, y encima de ella una foto del revés.

Solo al observar atentamente me di cuenta de que se trataba de un doble fondo que nunca había visto.

— Dios mio...- susurré-

Agarré la foto guardada durante mucho tiempo en ese cajón.

Cuando le di la vuelta vi a un niño, sonriendo, con una camisa y pantalones cortos, sentado en el regazo de un hombre bastante joven también con una sonrisa de oreja a oreja. Lo sostenía con amor, con sus manos alrededor de su barriga, las pequeñas manos de el niño agarrando las de su padre. Estaban sentados en un porche¿y esa casa? La casa parecía medio pintada, sin terminar. Todavía se podía apreciar la pintura en la pared.

— ¿Quiénes son estos?— Preguntó Ada

Y entonces lo supe. Lo supe y no podía ser...era imposible. Volví a abrir la maleta. Observé las fotos, una a una. Como un presentimiento agarré la de la niña del helado. Pensaba en lo imposible, en lo impredecible... Las

puse una al lado del otra.

Pensaba que no podía ser. Mi vista se nubló, casi como cuando empiezas a ver puntitos borrosos. Deseaba no haberlo visto, haberlo descubierto. Me dije a mi mismo que faltaba algo. Había un agujero, había algo que fallaba porque conocía a esas tres personas, las había visto.

Ahora lo comprendía. Las historias de mi abuela, el diario, la niña del helado y la foto en el cajón. Lo supe.

Todo pertenecía a la misma historia.

8

Llegamos a la hora acordada, en casa de Kate.

— Voy a ayudarlas... ¿te vienes? — bajé de un salto de su asiento.

—Prefiero quedarme aquí.

— Estás un poco pálido... ¿Estas bien?

No dije nada.

Cerró la puerta y fue a ayudarnos a ti y a Kate a poner el equipaje en su coche. Estabais cerrando la puerta cuando me visteis. Desvié la mirada, con el corazón acelerado. Me quedé en mi asiento, sin bajar. No recuerdo tan bien como me gustaría hacerlo. No se la excusa que di, lo que hice para no acercarme a vosotras. Desde mi asiento nuestras miradas se cruzaron, solo por un momento, y pareció como si el mundo se detuviera.

Y entonces me atreví a mirar a Kate. Como si fuera la primera vez que lo hiciera.

Ese rostro alargado, esos pómulos suaves, la nariz larga, estrecha, y esos labios grandes... Estuvo a punto de sonreírme.

Si. Era la primera vez que la veía.

No la había reconocido antes, pero en ese momento descubrí quién era... Era la niña. La niña del helado.

De pronto fue como si ella también lo hubiera visto. Desvió la mirada. La apartó de mi, para esconderse. ¿Habría notado al fin que la había

reconocido?

Cuando se subió a su coche entonces te miré a ti. Sentaste a tu hermano en el asiento trasero y después me miraste. Y por segunda vez vi esa expresión en tu cara, en tus ojos tristes, el deseo de esconderte, de alejarte, como aquella vez en la fiesta, cuando te fuiste.

Tu también lo sabías todo desde el principio.

9

La ciudad desapareció. Estábamos en un desierto, y en medio de ese desierto una carretera. La furgoneta rugía junto con la brisa.

No estaba familiarizado con ese olor seco, con los colores grises y oscuros en las tierras que nos rodeaban. El alrededor desolador parecía la epidermis de un anciano.

A mi lado Ada se mantenía serena, en silencio, solo hablando cuando Lili preguntaba si tardaríamos en llegar. El aire caliente acariciaba mi rostro. Extendí el brazo fuera de la ventanilla, acariciando el viento con la palma de la mano.

Me mantuve callado.

Habíamos parado dos veces, en una gasolinera y una tienda la segunda vez, y en ninguna de ellas me había bajado del asiento. Ada me miraba y sabía que se lo estaría preguntando. El por qué de mi ausencia. El por qué de los ojos perdidos en la lejanía.

El silencio se palpaba en los dedos, en nuestras respiraciones, en la brisa acalorada que quemaba, incluso en la música de la radio.

Intenté cantar la canción de la radio, aunque no supiera la letra. Empecé a llorar. Sin oír mis propios llantos, sin escuchar mi voz porque con mis dedos alcé el volumen de la radio para sepultar el silencio atascado en mi garganta. Ese silencio que yo había engendrado. Nunca más iba a hablarlo con ella, con mi mejor amiga, que me observaba con esos ojos brillantes. Nunca le iba a contar lo que estaba pasando, lo que estaba a punto de suceder. Lo que había descubierto. Simplemente creería que lloraba por ella, por el hecho de que se fuera. Y tal vez también era por eso, por todo.

Creí que también lloraba, que se entristecía de mi silencio, decepcionada por no decir más a menudo lo que sentíamos. Pero solo era el calor, el brillo, como, el resplandor de un oasis. Los ojos de alguien que mira inquieto sabiendo que no obtendrá respuesta.

10

8 de mayo de 2013

Cuando llaman a la puerta y la abro recibo el primer disparo. Allí está él, mi hijo. El hijo del que te hablé.

Lo primero que pienso es que lo habré descubierto, que su madre y yo hemos hablado.

Me quedo allí, sin decir nada, con la boca abierta. La herida se empieza a abrir. Y mana la sangre. La sensación es inexplicable. Pienso en la herida. La siento. Esa herida provocada por la pérdida del tiempo...la sorpresa, el dolor y la alegría al mismo tiempo. Quiero abrazarlo, pero el temor a ser rechazado es mucho más fuerte.

El segundo disparo no tarda en llegar. En él solo hay dolor. "Ha muerto." Me lo dice mirando a ojos de un extraño que a penas recuerda, que no conoce.

Su madre ha muerto. Y es imposible. No pude ser cierto. No ahora. Es por eso por lo que esta aquí. Me pregunto por qué habrá venido a decírmelo. Me resbala una lágrima de verdad. Por todo lo que no hice, por todo lo que no la quise. Mi última muestra de amor. Eso es lo más triste. Y entonces llega el tercer disparo. El más fuerte,

"El funeral ha sido esta mañana"

Nos quedamos en silencio mientras contemplo el suelo... la nada. Mis ojos están vacíos. Veo su rostro, la mirada baja. Parece joven, perdido, solitario. Cuando habla parece a punto de llorar. "No es mi hijo" me digo. Soy yo cuando era joven. Es mi propia imagen en vivo. Desea marcharse. Pero se queda allí. ¿Que es lo que busca? ¿que puedo darle ahora, ahora que es demasiado tarde?

Hablamos de su madre. Le digo algo que no sabe.

Hace unas semanas nos encontramos.

Al final el destino nos dio una cita, sabía que pronto nos veríamos, lo sabía desde el primer momento que mi hija me arrastró hasta aquí, hasta esta ciudad y cuando la vi...fue como si el tiempo se hubiese puesto en marcha, como si hubiese estado dormido durante mucho tiempo. No nos dijimos nada, simplemente retomamos nuestros caminos, cada uno con lo suyo, como si fuéramos completos desconocidos.

Siento el peso del tiempo encima. Los minutos se hacen eternos. Dejo la puerta abierta y le doy la espalda. Me siento en el sillón, justo enfrente de él, para que me vea.

No quiere que me acerque, que todo ha terminado, que nada tiene sentido. Que no importa que cambie mi nombre, que siempre seré ese hombre que yo mismo detesto, que por mucho que me esconda en esa casa nunca dejaré de ser un monstruo.

Mi hijo está allí, se acerca, y para mi sorpresa creo que va a abrazarme. Pero no lo hace. Se que esta allí una parte de ese niño que todavía me anhela.

Sin decir palabra se marcha.

No he estado en la guerra, no he muerto en ella. Pero he perdido mi propia batalla.

Creía que con su abrazo amortiguaría todo ese dolor, pero sin embargo... allí estoy. Derrotado. Muriendo lentamente.

Que extraño...yo le abandoné y siento el sabor amargo de lo que significa abandonar.

Cuando me pregunten si alguna vez he sentido el dolor de perder a alguien le responderé que sí. Que se lo que se siente. Lo sentí una vez, lo sentí dos veces, y hoy al fin siento algo que nunca entendí: He perdido a mi hijo, y esta vez para siempre. Se me escapa de las manos sin darme cuenta, sin poder ver sus ojos por ultima vez. Es entonces cuando siento el peso de las cosas, otra vez de nuevo.

Arlete, Ahora que ya lo sabes todo de mi, ahora que sabes quien fui, que conoces mis secretos, que conoces mi verdadero nombre...ya no me importa lo que pienses de mi. Porque cuando me has preguntado si ese dolor desaparecerá alguna vez solo puedo responderte que este dolor siempre permanecerá. Me temo que este dolor lo sientes cada día, cada noche... hasta que te conviertes en eso. Entonces... Solo entonces te das cuenta de que estas muerto. Que no has sobrevivido. Que la muerte te ha

matado.

11

Alain, 20 de mayo 2013

Estoy de rodillas junto a su tumba. El día es precioso. Los pájaros revolotean por el cielo y pienso en lo mucho que le gustaba contemplarlos.

Recuerdo la última vez, hace muchos años ya, pero fue como si hubiese pasado ayer, cuando estaba a su lado, en el porche...

Sus lágrimas se escabulleron de sus ojos mientras los contemplaba. "Se acabó..." susurró tristemente, pero aun así manteniendo una débil sonrisa. Estaba terminándose la primavera, año 1976.

"Volverán, como en los poemas de Bécquer" le contesté, sin dejar de mirar al cielo. Sentado en el porche de esa casa medio pintada, todavía sin terminar. Así, para la eternidad.

Ella río, negando con la cabeza.

"Me refiero a lo nuestro" Hizo una pausa, para asimilar lo que estaba diciendo "No quiero seguir a tu lado"

Rompió a llorar, desconsoladamente, mientras yo la contemplaba. Sin ni siquiera decir nada. "Me llevo al niño" Esas fueron sus últimas palabras. Se levantó de la silla. "Vuelvo a casa, a mi casa, con mi hijo"

Yo me quedé allí, buscando alguna golondrina más...buscando en el cielo, sin decir nada, sin impedírselo. Cuando no hay amor... ¡hay tan pocas cosas que te importen! No tardó ni dos minutos en bajarlo todo, todo lo que era suyo, todo lo que le pertenecía.

"ya volveré por todo lo demás" y se fue de un portazo. Estaba solo, en aquella casa que me anclaba al pasado. La que ella había odiado porque simplemente fue mía y de Cindy. Nunca suya.

"Ojala pudiera amarte como tú me amas a mí" Le dije hace poco. Y allí me encontraba, dos días después. Solo, junto con los ojos tristes de Kate mirando la puerta, preguntándome cuando volverían...

Estoy delante de su tumba, de rodillas todavía. Acaricio su nombre grabado en la piedra, dorado y hermoso, resplandeciente por el sol. Ni siquiera he visitado a mi querida Cindy en su tumba. A ella la visitaba siempre en nuestra casa, en el porche, en los rincones donde la veía feliz...Cada día, cada noche...

Durante mucho rato me quedo sentado allí, en el césped, sin decir nada. Decido levantarme e irme. Necesito volver, marcharme de aquí. No puedo seguir más. Todavía hay muchas cosas que solucionar. Debo volver a casa, con Cyndi.

12

Estábamos llegando, y lo único que quería era ver la casa.

Nos metimos por un camino pedregoso. Poco a poco, después de una eternidad traqueteando por las piedras, llegamos hasta ella, con el débil brillo del sol escondiéndose entre las montañas.

No se si lo supe por el tejado, por la madera tal vez, por la foto en el cajón secreto...no lo sé, tal vez lo supe mucho antes, por el diario. Y aun así no quise creerlo.

Cuando Ada apagó el motor todos nos quedamos en silencio. Sentí como si me despertase. Estaba observando esa casa media pintada de color amarillo. Un amarillo apagado.

Fuiste la primera en reaccionar. Abriste la puerta del coche y saliste de él lentamente, mientras los demás nos quedábamos en silencio. Observaste con tus ojos un lugar que desconocías. Era la primera vez que estabas allí, al igual que yo. Sin dudar te acercaste a la casa subiendo los peldaños muy despacio.

Mi cuerpo estaba allí, sentado, observando todo como en una película. Pero mi mente estaba lejos.

Cuando abriste la puerta ni siquiera vi la llave con la que la abriste. Mi cuerpo salió de la furgoneta, corrió atravesando el césped muerto y piedras pequeñas. Y fue como si esos ojos que penetraron en la oscuridad de esa casa, fueran ajenos, mientras Yo,(mi ser, mis pensamientos, mis ideas, lo que yo era)me quedaba lejos.

Mi cuerpo se adentró, sintiendo la oscuridad en su piel. Solo por una ventana, entraba la pequeña luz, bañando ese escritorio en el que hoy,

años después, me encuentro sentado.

En ese escritorio debía estar él.

Los ojos de ese cuerpo, *mi* cuerpo, veían a ese hombre encorvado, escribiendo. Allí estaba el hombre del diario, el que empezó todo esto, y quería verlo allí, sentado, que se diera la vuelta y me observara. Y entonces... al oírte sollozar con tus lagrimas caerse hacía abajo, cuando escuche tus lamentos... solo entonces comprendí que estabas llorando su ausencia.

La casa estaba vacía.

TERCERA PARTE

1

“Cuéntame un cuento Abuela”

Todavía siento sus cálidas manos sobre mí, rodeándome con sus brazos mientras yo me entregaba a ella, sentándome en su regazo. Era un preámbulo, una promesa de que algo bueno estaba a punto de empezar.

Se preparaba la voz, hacía una pausa y empezaba diciendo...“No voy a decirte de donde viene esta historia, en que ciudad se encuentra, ni quien me la ha contado”

Empezó a hablarme de mares lejanos y de monstruos habitando bajo sus profundidades; de la oscuridad, con su empuñadura, y de cómo fue derrotada por la luz; de castillos encantados y barcos voladores...

Empecé a ver que en los mares sí había monstruos con dientes de verdad, que la luz también podía residir en nosotros y que incluso sin la oscuridad no se podían ver las estrellas.

Y un día...

—Debo contarte una historia — su voz era dulce a pesar de lo vieja y agotada que sonaba.

Dejó a un lado el trapo sucio de chocolate y se sentó a mi lado.

La sostuvo en la mano durante mucho tiempo, observando su juventud. Esas pocas fotos que estaba junto a él, escondidas para que nadie la viera. La sonrisa plasmada, tanto la de él como la de ella. Tan dulces y fuertes. Tan jóvenes, tan sonrientes...

Me hablaba de él, en presente, como si estuviera con nosotros en esos momentos. Muy pocas veces me hablaba de él, ni siquiera ella se atrevía a verlo en su propia soledad. Hasta que no pudo soportarlo más. Necesitaba contar su historia, aunque fuera solo un pedacito de ella.

—Abuela, esto no es ningún cuento ¡me estás hablando del abuelo!

Sonrió tristemente, intentando ocultar su aflicción.

No le costó convencerme. Me explicó fragmentos de una vida pasada, aquellos en las que él la llenaba de felicidad, amor....

Se acordaba de los pequeños detalles, algunos insignificantes, pero que para ella fue un "todo."

Nunca me habló más allá de la verdad, cuando todo terminó. Cuando sus lazos de amor acabaron por romperse. En vez de eso me contaba historias, como si esos pedacitos tristes de su vida pudiera separarlos. Solo eran historias que había vivido otras personas, y la suya siempre fue la feliz.

Si. Mi abuela lo tenía todo planeado. Había una última historia que contarme.

"Acompáñame y te mostrare muchas historias" yo mirando ese sobre en la penumbra de la habitación, levantándome, sin darme cuenta de que ella hubiese querido que hiciera exactamente eso.

2

Me desperté con el sueño de una vida no vivida. En una cama que no era mía, en la cama de un extraño, en una de esas habitaciones de gente que

debería pertenecerme.

Esa noche soñé con papa, con mama...alejados de una vida arrebatada.

“¿Que hago? ¿por que estoy aquí? ¿como he llegado hasta aquí?”

No encontraba una respuesta.

“¿Por qué ahora cuando pienso en el abandono, en la lejanía, en las cosas perdidas... mama aparece ante mi, encorvada, con el rostro oculto, con la mirada baja? ¿Por qué me la imagino pequeña, corriendo, intentando escaparse de allí, de casa? ¿Quién soy? ¿quien seré cuando me levante de esta cama? ¿Seré el nieto perdido?, ¿seré el sobrino que nunca deseó ser conocido? ser amado, ser recordado...?”

“me han abandonado, estoy solo...”

Me estrujo el cojín en la cara, intentando no respirar.

La puerta se abrió.

—Perdona...debí llamar.

Kate se había levantado como si no hubiese echado ojo.

—Hace buena mañana. ¿No te parece?— y lo dijo con tal normalidad que no me di cuenta de que le costaba esfuerzo encontrar las palabras.

Dejó la taza de café que llevaba en la mano y la dejó en la mesita, sentándose a los pies de la cama. Me puse a un lado, apartándome de ella. Me sentía avergonzado.

—Tu padre y yo nos hablamos hace un par de semanas. Hablamos de muchas cosas...

Nos miramos tendidamente. Lo decía en serio. Hice un esfuerzo por asentir.

—Mi padre nunca me ha hablado de ti— le confesé

Se encogió de hombros.

— Tiene muy pocos recuerdos de mí.

—¿Por que?

—Por que era muy pequeño.

—No. *¿Por qué* me diste el diario?

Me miró extrañada. No sabía de lo que le estaba hablando.

Se levantó y agarró el café. Miro por la ventana mientras se lo terminaba..

—Yo...yo... No sabia quien era...No sabia que era mi abuelo.

—Ahora ya lo sabes. —sonrió con ternura.

Asentí.

— Tengo una foto tuya,— no pude resistirme — cuando eras pequeña, con un helado y yo...

—Necesito hacerte una pregunta - me interrumpió con sus ojos mirándome con tristeza. — Una pregunta que debes responderme si o si. Y tienes que ser sincero.

Asentí.

—¿Quien crees...—Se le derramó una lágrima— ¿de quien fue la culpa?

¿Yo? ¿que no sabía nada sobre lo que había pasado?

Parecía fácil. Sin embargo me quedé callado. Pensé en todas las historias que me contó mi abuela, de las lagrimas que guardó para que no la viera llorar. Lo que había echo para ocultar su dolor.

— Dices que te contaba historias.— al ver que no respondía se levantó, paseándose por la habitación— Ella tenia una maleta, llena de fotos. La historia del helado has dicho ¿no? ¿que te decía sobre ella?

Me acerqué, inclinándome hacia delante, preparado para explicarla. La sabia de memoria. Y esa vez... antes incluso de volver a recitarla la entendí..

—Erase una vez una niña...y erase una vez un padre. La niña no tenía madre, y aun así era feliz. Sabía que tenia alguien a su lado, y eso era suficiente. Un día...la niña inexplicablemente empezó a ver una sonrisa resplandeciente, siempre acompañada de unos ojos profundos y castaños. Conoció esas manos suaves, ese lenguaje con sus dedos al enredarse en su cabello solo para hacerla sentir bien. Y de ese modo empezó a ver el mundo como si de pronto todo estuviera resplandeciente de un amarillo

feliz.

“ La niña aprendió a hablar, a conocer nuevas palabras, hasta que un día descubrió en lo profundo de su ser una palabra que sabía pronunciar, incluso escribirla, pero que no conocía. Una palabra que tristemente nunca pudo usar. Era una palabra especial, porque no podía decírsela a cualquiera. Era un nombre; una prueba de amor, una palabra que tenía un significado.

“Y un día... al ver esa sonrisa cada mañana y su propio reflejo en esos ojos profundos, decidió regalarle esa palabra.

“La palabra era tan especial que una vez pronunciada la niña no recordaría nunca la primera vez que la conoció. Sería como si siempre hubiese estado allí. Así que un día... un día que no recuerda, decidió utilizarla. Se acercó a la mujer de la sonrisa, la miró a los ojos y sin más le dijo: Mamá.”

Kate asintió. Se aclaró la garganta, intentó controlar sus emociones. Suspiró, como si se hubiese quitado un peso del pecho. O mejor dicho, un recuerdo.

Me devolvió la mirada.

—¿Ya esta? ¿no te contó nada más de mí?

Negué con la cabeza. No había mas. Me quede mirando las sabanas finas en mis manos mientras intentaba comprender las cosas. Todavía tenía muchas preguntas que hacer.

—¿En qué piensas?

Me agarró desprevenido, y sin saber por qué , dije lo primero que se me vino a la mente.

— ¿Por qué no hizo algo?

Bajó los ojos, observando el poco café que le quedaba en la taza.

—¿Sabes?— río— ni siquiera sabia que conocías a Arlette, hasta que te vi a su lado — Sonríó.— fue entonces cuando me di cuenta de que tarde o temprano volverías ...¿a casa? ¿a tu familia?

Se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Tu abuela...fue la persona a la que mas quise.Me cuidó, me mimó, tengo recuerdos lejanos....que los revivo como si los viese ahora. Me quería y yo a ella. Fue mi madre. Me colmó de besos. Y un día se dio

cuenta de que mis ojos eran los ojos de una desconocida para ella, que cuando mi padre me miraba veía a mi madre. A mi verdadera madre.—Le temblaron las manos. —Tu abuela dejó de mirarme, de besarme, de abrazarme...y un día se fue. Perdí otra madre, a un hermano.... y ahora a mi padre.

Se giró hacia mi, con los ojos llenos de lagrimas.

— Cuando te vi por primera vez en el hospital...supe que eras tu. Nunca te había visto y supe que eras tu. Me recuerdas a él. ¿Quién me queda a mi ahora? ¿al sobrino que tengo a mis ojos o a un desconocido? ¿Quién eres..?

La misma pregunta que me hago todos los días.

—¿A quien le hecho yo la culpa? Dime. A quien le digo yo que no merezco esto? ¿a quien le digo que no ha sido justo? ¿A Dios?

Entonces, dejando la taza de café otra vez en la mesita metió su mano en su pantalón y extrajo un papel doblado. Lo dejó delante de mí.

—Le dije que no lo hiciera. Iba a dejártelo por debajo de la puerta. Dijo que lo entenderías. Que no le gustan las despedidas.

No me di cuenta de lo mucho que mis manos se aferraron. Temí por un momento perder ese control, esa fuerza de aguante. Temía sentir como las cosas a mi alrededor dejaban de perder su peso y yo también. Tenía miedo de dejarme llevar y sentir lo que ya sabía. Lo que estaba esperando desde esa misma mañana.

Con mucho cuidado abrí el mensaje. Ese trozo de papel doblado Las últimas palabras que vería de ella, de mi mejor amiga:

"Siempre hay elección. Pero siempre hay una que pesa más que las otras. Y eso es lo que más duele. Saber que la tienes.

No espero a qué lo entiendas, pero por favor, solo quiero que sepas que debo elegir lo mejor para ella.

Hace tiempo que quise decírtelo, que quería marcharme, pero esperé y esperé y esperé por ti.

Ojala nunca hubiese tenido elección. Sé que nunca estarás solo.

Te quiero y siempre te querré."

Ada

—Lo siento...

Me levanté, salí de la habitación y bajé los escalones. Y mientras lo hacía imaginé a mi abuela bajando esos mismos peldaños, con su hijo en brazos, saliendo por la puerta para no volver jamás, rota por dentro, llorando mares y océanos. Salí fuera y no vi nada salvo un paisaje vacío y cálido. Y entonces por primera vez en mi vida empecé a gritar de dolor.

24 de enero de 2023

17:50 h de la tarde

Paro un momento para escribir. Lllaman a la puerta. De pronto estoy en el escritorio, con el único ruido del viento colándose por la casa.

Me levanto, sin ningún esfuerzo. Ni siquiera me paro a pensar en quien debe ser.

Un aire frío entra por la puerta al abrirla. Pero no es el aire frío que esperaba, no es el tiempo que cubre la nieve y se cuela por debajo de la puerta. No. Es el tiempo del pasado, allí de pie, el que vuelve a mí. Es el tiempo que de alguna forma no cambia nunca, aunque siga creciendo. La misma piel pálida, los mismos ojos color miel...

Hago un esfuerzo por no derramar ninguna lágrima, ya habrá tiempo después, de eso estoy seguro.

Allí estás.

Arlette. Otro nombre que he susurrado entre mis labios, casi siempre, sin ser consciente. Estás enfrente de mí, mirándome. Observando que ya no soy un niño, que me he convertido en hombre. Y veo como esos ojos se vuelven brillantes. Miro una vez más tu piel pálida, tu pelo, cubriéndote el rostro, mientras finitos copos de nieve caen sobre él. Ya no eres una niña, ahora eres una mujer. Dejas escapar el vapor del frío con un suspiro. "Al fin estas aquí" dicen mis ojos. Quiero abrazarte, besarte, sentir otra vez tu calidez en este frío invierno.

Sonrió, casi al borde las lagrimas.

– Pasa.

Cuando entras, el suelo cruje, al igual que crujió la primera vez que entré en esa casa.

Los dos parecemos nerviosos.

El fuego está apagado. Intentas apartar la vista de cualquier objeto, rincón...cualquier cosa de esta casa. En cada sitio hay un recuerdo, una sensación, un sentimiento arraigado. Esta casa...“No debería estar aquí” Dicen tus ojos.

Enciendo la chimenea por millonésima vez, pronto el lugar será cálido, te quitaras el abrigo y dejarás que el ambiente te arrastre al espíritu que una vez dejaste atrás, esas vivencias de niña que creíste tal vez olvidar.

Por último tus ojos se dirigen al cuaderno que esta encima de la mesa. Todavía recuerdo cuando descubriste que tenía este cuaderno en mis manos

Me siento en el sofá, delante de la chimenea. Esperando a que hagas lo mismo. Y aun así todavía sigues de pie, sin moverte. Ves el ordenador encendido, con la ultima frase sin terminar.

“¿A qué esperas?” Podrías quedarte así toda la tarde. O podrías coger el paño de la puerta e irte de allí. Por un momento siento miedo de que sea así. “Todavía no estás preparada” pienso con temor, pero sé que una parte de ti quiere sentarse aquí, a mi lado, coger el diario y revivirlo todo otra vez.

Te quitas el abrigo lentamente, dejándolo encima de la silla. Te observo con el rabillo del ojo. Te sientas en el sofá, muy cerca de mí. Nuestros ojos están a solo unos centímetros. Nos sonreímos. Es agradable sentir tu calidez. ¿Eres tu quien me transmite esa calma? ¿Ese agradable calor en mi piel, en mis huesos...en mi alma? La leña empieza a crepitar, pero no es eso. Hay fuerzas más poderosas en este mundo, en la naturaleza... como esos ojos que me miran, y que de alguna forma sé...me han echado de menos. Me agarras de la mano, y siento un agradable frio en ellas.

–Hola

–Hola

Acaricias mis manos con tus dedos. Me siento bien. Me siento diferente.

“Estoy aquí...”dices con tu mirada

- Creí que no vendrías
- Solo quería volver a verte.
- Espero que no estés demasiado cansada.
- Ha sido un viaje largo...

Deslizas tu mano por mi hombro hasta dejarla caer. Sin yo esperarlo agarras el cuaderno. Piensas en él. Lo sé. Abres el cuaderno, en busca de su letra, y la acaricias como si pudiese hacerlo realmente, como si desde ese mundo que creasteis los dos pudieras comunicaros. Se hace el silencio y volvemos a mirar el cuaderno

- Lo estas leyendo otra vez ¿verdad?

Asiento.

- ¿Por qué?
- Ya sabes por qué.

Me miras, escrutas mis ojos castaños oscuros.

- ¿Es por esa promesa?

Asiento, sin saber muy bien qué decir.

- ¿Lo...lo has hecho?
- Estoy en ello.

Estás a punto de preguntarme si verdaderamente es cierto.

“¿Es verdad que estas aquí por eso? ¿De verdad puedes hacerlo con unas simples letras escritas? ¿De verdad puedes cumplir esa estúpida promesa que me hiciste cuando eramos demasiado jóvenes e ingenuos para saber nada de la vida? ¿Cuándo dijiste que escribirías un final...un final feliz, un final...real?”

Agarras el diario, te diriges al final, a sus últimas palabras.

El corazón te late fuertemente, puedo oírlo débilmente, aun así cuando empiezas a leer sé que es posible que en tu mente recuerdes la primera vez que lo leíste.

3

Alain, 21 de mayo, 2013

Me gustaría hablarte de esta casa. De estas paredes... pero no me entenderías.

Me gustaría describirte la puesta de sol que observo a través de la ventana. Puse el escritorio delante de esta ventana, a propósito, para poder verlo desaparecer.

Para poder escribir correctamente pongo un trozo de papel en la pata para que no se mueva. Y una vez hecho las palabras salen con facilidad.

Querida Arlette... escribo para ti. Uno siempre vuelve donde era feliz. Esta mañana después de regresar del cementerio te he visto en la librería. En frente de tu nuevo hogar. ¡Cuán dichoso me siento Arlette! ¡Estabas sonriendo!

Por un momento he tenido la necesidad de entrar, de dar un paso y despedirme de ti, para decirte que volveré pronto, que necesito despedirme, después de tanto tiempo sin ser capaz.

En ese instante me he sentido vulnerable. Estabas en paz Arlette, estabas en paz contigo misma, mientras sujetabas un libro entre tus manos. Por un momento los pensamientos me hablaban, haciéndome comprender algo que nunca me había dado cuenta.

Es sabido que necesitamos a alguien que nos diga de lo que estamos hechos, que nos digan cosas bonitas para hacernos felices. Pero a la vez no es necesario que alguien nos lo diga. Aun así lo aceptamos, porque lo que nos dicen nos empuja hacia delante o nos hunde. Las palabras son poderosas.

Somos lo que somos, y podemos llegar a ser mucho más. Somos fuertes solo si queremos... independientemente de los demás. Solo tenemos la idea de que alguien debe reactivarnos. Y aunque eso tiene parte de su verdad debemos hacerlo como si aprendiéramos a pedalear por primera vez, siguiendo nuestro camino solos. Porque nadie lo hará por nosotros. Necesitamos a alguien que nos empuje para que luego cada uno siga su camino.

Pero Arlette... cuando amamos, amamos porque sentimos.

Yo formaba parte de este plan. Los dos lo formábamos. Dos desconocidos. Nos convertimos poco a poco en dos pilares fundamentales en nuestras vidas, para ayudarnos a avanzar. Ahora entiendo que eso se terminó.

Ahora lo he comprendido mucho mejor. Al verte esta mañana, sola, pero feliz, me he dado cuenta de que ya no me necesitas. Sé que a partir de ahora me abrazaras porque simplemente quieres hacerlo. Eso es amor, Arlette

Ahora lo sé. No importa como amemos, sino que amemos. He desperdiciado mi vida creyendo que nunca llegaría a dar de mí lo mejor. Creí que nadie merecía mi amor salvo Cyndy. Creí que yo no merecía ser amado. No me di cuenta de que sin ella yo no era nadie. Cuando volví a casarme creí que sería capaz de olvidar y seguir adelante, solo quería un hogar para mi hija. Y cuando tuve mi segundo hijo, que no esperaba, me aterró saber que él me ataba a una vida diferente, lejana de la que yo no quería huir. Los ojos de mi esposa me decían que la amase, aunque supiera que nunca la amaría como ella deseaba. Ella solo se conformaba en que estuviera allí.

¿sabes? La amaba. Siempre la amé. Y creí que ninguno de los dos se lo merecía si no era el mas grande y puro amor. Por desgracia creo que esa misma idea hizo que mi esposa me dejara y se marchara, con el terrible sentimiento de sentirse desamada.

El odiar a alguien no duele, pero el desamor...es la muerte.

Cyndy murió, y yo dejé que se marchara mi segunda esposa.

Esta bien amar a los muertos, pero de nada sirve si no amas a los que están vivos.

El amor lo es todo. El amor es la verdad, lo que mueve a las personas a ser felices. Ama la vida Arlette. Ama el dolor, abrázalo si es necesario. Porque el dolor es lo que sucede cuando amas...Ama y no dejes de amar. Ama aunque tengas poco que amar,.

He tardado en entenderlo, demasiado tiempo. No puedo enmendar mis errores

.

Todos tenemos enemigos, pero el peor de nuestros enemigos a veces suelen ser nuestra propia voz. Tal vez podría haber sido feliz, en el presente. Pero mi mente y mi corazón estaban atados al pasado, a un pasado que ya no existe. Un pasado que cualquiera puede decir que no

fue. No existe el pasado...ni el futuro. Existe el hoy. Y eso es lo importante.

Me gustaría hablarte no solo de las paredes, sino de los rincones, los felices, los tristes, los mejores...pero no lo entenderías.

iHe perdió tantas cosas Arlette! Y fue la vida quien me las arrebató y fui yo quien empujó el resto de las piezas del dominó. Abandoné a mi hijo y a mi mujer. Dejé que se marcharan.

Porque me negué a darle mi pequeño corazón roto. Pienso ahora que tal vez podría haberlo arreglado por mi...

No quise tener esa fuerza de seguir adelante a pesar de que ella trató de reactivarme. Yo quería estar allí, en el pasado... Por eso he llegado tarde.

Yo elegí. Yo decidí perder...Yo elegí esconderme, borrar mi nombre, convertirme en otro hombre. No soy Alain. Tu bien lo sabes. Pero tu Aún eres joven y sé que puedes conseguir aquello que te propones. Si alguien te ama hoy, amalo también. Y si alguien no te ama hoy, pero lo hace mañana...No seas estúpida. Amalo tú también. Y si no lo hace nunca... Amalo todavía más. Porque el que no ama, no puede amarse a sí mismo. Se que ella murió amándome hasta el final. Ahora me toca a mi vivir con la desgracia.

Creo que es la primera vez que digo lo que es correcto en estas palabras

Perdóname. Si. Perdóname por engañarte. Por decirte que te enseñaría a ser fuerte, enseñarte a salir adelante. Perdonarme por haberte fallado.

Quise hacer lo posible por cambiar el pasado, demasiado tarde para darme cuenta de que lo mejor era aceptar lo que tenía. Que lo mejor era no hacer nada y seguir con lo que sí tenía.

Por eso me despido. No de ti, sino de esta casa.

Voy a volver Arlette voy a quedarme donde pertenezco.

25 enero 2021

12:30 de la madrugada

Aquí termina, donde solo quedan las últimas paginas en blanco.

Solo puedo imaginarme el momento en que se levantó.

Alain agarró sus cosas, se despidió de los rincones felices, de los tristes, pensó en el pasado y en el futuro que pudo haber sido. Dejó sus lagrimas en el suelo, como migas de pan, salvo que estas desaparecerían, ya no volvería a seguir el rastro hacía esa casa, se secarían, se elevarían hacía el cielo. Alain no volvería su vista hacía atrás, nunca .

Alain solo vivió dos días más. Su corazón murió en su butacón preferido con un libro en mano.

No creo en el destino ¿Diez años son suficientes para entenderlo?

Estamos sentados mientras terminas de leer sus ultimas palabras dirigidas a ti. Cierras el cuaderno, antes de que tus lágrimas puedan estropear sus letras escritas.

— Volvió — asientes — volvió...

Te agarro de la mano y entonces me siento preparado para hablarte de eso.

— Necesito un final, Arlette

— No puedo recordarlo...

—No me refiero a ese. Necesito esas últimas palabras tuyas, las que nunca escribiste.

25 enero 2021

00:01

Nos quedamos en la habitación a oscuras. Sin estantes, sin armarios... Estas en la cama, a punto de dormirte, con los zapatos puestos.

La noche ha llegado demasiado pronto. La botella de vino esta en la mesa,

casi vacía. Cuando veo que estas dormida te arropo.

Iré a echar leña, prender el fuego, mantenerlo vivo mientras estemos aquí. Cuando salgo de la habitación observo la ventana. Afuera esta la oscuridad. Bajo las escaleras, recuerdo aquella segunda noche, cuando Ada se marchó. Cerca de mí, las camas chirriaban, tus susurros al contarle un cuento a Ion... No sabia lo que le decías, que era lo que le contabas. Pero en ese momento pensé en el hombre de la luna, y fue entonces cuando caí en la cuenta de que Ion nunca mas lo iba a necesitar. Sin embargo, como una maldición, quise entender que me tocaba a mí recordar que el hombre de la luna se había ido para siempre.

Me siento en el sofá y pienso en la forma en la que nos expresamos los humanos. Pienso en mi abuela y sus fotos, en mi abuelo y en su diario. Como cada uno de ellos explicaba su vida, aunque de forma diferente.

Vuelvo a recordar ese día fatídico, en el que regresé al pueblo, para llevar su ataúd encima de mi hombro. Es demasiado tarde, pero quiero escuchar su voz una última vez. Pongo esa grabadora que tanto le gustaba a mi padre. Así es como él dejó su vida, anotada por sus voz, para que yo pudiera escucharla.

La voz de mi padre es dulce, como oír el sonido de la lluvia al caer y deslizarse lentamente sobre el césped.

Recuerdo ese día, los dos paseando, cuando me dijo que su padre había muerto, ese dia en que me dijo que pasara lo que pasara me despidiera de él...Ojala pudiera haberlo hecho.

Pongo en marcha la grabadora, escuchando su voz triste pero fuerte y decidida, hablando de mí, cuando era niño narrando lo que pasaba, cuando vi el perro en la carretera, con las moscas comiendo sus entrañas. No lo recuerdo. Pero él si. Le gustaba hablar sobre las cosas importantes. Narrar mis pasos cuando tropezaba y caía, cuando me levantaba y seguía adelante.

Escucho entonces su voz de ese día en que vimos el perro en la carretera. Lloré por ese perro "como nunca antes había llorado" dice. "Es buen chico, es muy buen chico"

Pongo otra vez la frase. Llora porque se que me esta hablando a mi, aquí y ahora, a pesar de que ya no esta.

Lo escuché cuando lo enterré, cuando puse su ataúd sobre mi hombro, todo el peso recayendo en mi.

Lo escucho una y otra vez y lo haré hasta que las correas de la cinta se estropeen. Lo escucho una y otra vez cuando mi madre intenta hacerse

daño a sí misma; cuando me oigo decir a mi mismo que espero que todo acabe. Lo escucho también en los momentos felices, cuando veo a mi madre volver a ser la madre con la misma piel de antes, cuando la veo sonreír, un poco más feliz.

Le escucho decirme que soy buen hijo cuando me acerco a mi madre y la abrazo. Lo escucho cuando pienso que no debería haber sido él, sino ella. Lo escucho cuando siento que ahora soy yo quien debe vivir con ella, aguantar sus ataques de histeria, su mal humor, sus ganas de acabar con su vida. Lo escucho poco a poco cuando siento que ya no puedo más, lo escucho porque al hacerlo recuerdo que la amo, que es mi madre. Lo escuchare siempre y me lo diré a mi mismo que soy buen hijo porque es lo único que puede salvarme.

25 enero 2020

1:00 de la noche

Te despiertas y hablamos todo la noche. Intentamos imaginar como llegó el cuaderno allí. Creí siempre que fue Clara, y en cierta forma ella lo sabía.

Mi segunda casa. Pienso en ella, en los miles de pasos que gasté con mis zapatos para ir hacia allí. Reflexiono en las pocas personas con las que me encerré en esa pequeña habitación.

Decido creer, porque sé que es cierto ,que una vez *Él* y yo coincidimos. Que me observó mientras yo observaba esas historias. Decido creer que me vio y no supo que hacer.

Intento apropiarme de un recuerdo que nunca conocí. De un recuerdo que he estado buscando, escrito en palabras, en alguna hoja de papel, en sus pertenencias, en sus libros... sobre ese momento en que dejó el cuaderno, su cuaderno, y dejarlo entre Jane Austen y la isla del tesoro.

Busco ese momento que se que existió.

Te hablo de aquella vez cuando me encontré con Clara una vez por la calle, después de un tiempo. Me sonrió con la profunda tristeza que siente alguien cuando hecha de menos a un ser amado. Fue allí, aquel día que nos encontramos por casualidad, cuando nos reconocimos. Yo era el nieto perdido, ella la mujer tal vez enamorada en secreto de su mejor amigo.

Fue suficiente para saber, para imaginar las palabras de Alain diciéndole, que solo yo debía encontrarlo. La sonreí yo también, y asentí. Y me alegra saber que piensas lo mismo que yo. Que Alain habló de mi, que prometió ir a esa fiesta...

Que los dos decidieron reencontrarse. "Acompañame y te mostraré muchas historias"

Si. Las historias que faltaban por contar.

Me siento con la botella en mano en el sofá, mientras el calor brilla en las páginas amarillentas de un cuaderno mucho más antiguo. Alain había escrito su vida entera y yo lo estaba leyendo, conociendo...

Aquella mañana después de hablar con Kate ella decidió darme todo lo que Alain había escrito. Lo releo, exactamente como hice ese día, y observo a la vez la casa, imaginándome pasar el tiempo atrás. Leerlos para aceptar la realidad, o parte de ella.

Toda una vida entera caben en esos diarios.

Al observarlos ahora me hacen pensar en lo corta que es. Que tenemos —no los días contados— sino las palabras que escribimos y decimos en un límite de caducidad.

Abro por la mitad... mis dedos conocen cada parte de esas páginas, se donde buscar, como un ciego guiándose por su casa, conociéndola por el sentido de saber donde esta cada cosa.

Y ahí están, las palabras que busco

"...A veces siento como si no fuera parte de todo esto, como si nada tuviese que ver conmigo, todo ajeno a mi. Esta vida no es para mi... la otra gente existen por alguna razón, por un motivo. Pero yo no.

¿Por qué debería yo existir, aquí y ahora, si simplemente no hago que la vida tenga sentido? ¿Por qué me quedo quieto, sin hacer nada, sin cambiar el ciclo, sin romper el molde... Sin hacer mi llamada a este mundo gritando, que la gente me vea y que sepa que existo?

Simplemente creo que este mundo no es mi sitio..."

Este mundo no es mi sitio....

Paso las páginas una tras otra, buscando algo que me recuerde a mí. Algo para mí. Revivo, como un dejavú, esas ansias por encontrar mi nombre escrito. Y cuando lo encuentro acaricio mi nombre, observando con detenimiento la forma en que se curva la raíz de mi inicial. De alguna

forma me emociona, todavía hoy, ver su caligrafía escribir mi primera letra curvada, ornamentada, suave...

15 enero 1996

"Se llama Julen. dicen que es muy pequeño, que ha nacido con dos meses de antelación. Clara ha conseguido una foto de él.

solo veo unos ojos cerrados, con una mantita en su envoltorio. La cabeza sin pelo.

Es rubio, como su padre. Como mi hijo. Como Cindy.

Me pregunto si para sentirme abuelo es suficiente su existencia. Si eso lo justifica. No he estado allí. Y tal vez nunca lo este.

hay amigos... familiares en la habitación. Esta allí Eimi, con su nieto, su hijo, su nuera. La vida que yo le di. La que ella me quitó...

la vida que yo no supe, no quise, no fui capaz, sin excusa, ¿sin remedio?...merecer.

Ahora, con la foto entre mis manos la vida me habla. Por fin me da a conocer su voz. Por primera vez la oigo gritar, tan dolorosa como la muerte, diciéndome que al fin he logrado que la gente sepa que no estoy allí, que mi ausencia es mi grito de guerra.

"Al fin lo has conseguido..." ahora todos saben que ya no pertenezco a su mundo.

Intenté no sentir nada por ese hombre. No sentir ni una pizca de compasión. Sin embargo ahora, que soy mayor he aprendido a dejar mis lágrimas entre los parpados. Se que si muevo la cabeza hacía delante caerán.

cambio de pagina.

"kate quiere un hermanito, uno pequeño. Quiere una madre. Muchas veces me he preguntado que hubiese sido de ellos. Si no se hubiesen ido. Tal vez estarían jugando al escondite por la casa.

Me pregunta cuando volverá su hermano y su madre. Le digo que no lo sé, tal vez estas palabras sean mejor que decirle "nunca" Debo recordarle que su mama, su verdadera mama se fue hace tiempo, pero ella solo piensa en Eimi como si fuera su madre.

Hay un rincón en el armario, inutilizable, las perchas con la ropa puesta impiden su visión. kate se esconde allí,le gusta ocultarse cuando esta

triste o quiere pensar. Con lagrimas en los ojos me la imagino jugando al escondite. Mi hijo pequeño, Jhon se ríe cuando por fin lo encuentra, se persiguen por la casa mientras los regaña para que no corran, mientras Eimi me dice que no me altere, que los deje jugar, saltar y chillar mientras me sonríe y me acaricia la mejilla para besarme. Una mentira que me cuento a mi mismo.

Habríamos tenido piscina. Los dos se habrían inventado palabras, muecas, motes. se habrían peleado, hecha daño tal vez, y luego abrazarse para perdonarse. Habrían dormido juntos por las noches, separarlo cada uno a su cama por charlas durante la noche contándose cuentos. Ir a la playa en familia, montar castillos con ellos, comprarles una balsa inflable y nadar con ellos con las olas...

Intento pensar que siempre hay una esperanza. Me imagino algún día, un sueño hecho realidad, se abrazan ya de mayores y se susurran al odio con lagrimas en los ojos todo aquello que yo les arrebate, todo aquello que no vivieron por mi culpa.

Y aun asi, aunque me odien intenten amarse como si nada hubiese cambiado.

Solo pienso en la esperanza.

Cierro el libro, con lagrimas, pensando en la vez que se volvieron a ver, dos hermanos que no se conocían, reencontrándose, una hermana llorando su perdida en su funeral, agradecida por haber llegado al menos a tiempo de conocerle, de amarle, de añorarle mas que nunca.

Agarro otro.

"hemos vuelto a hablar...dice que no volverá. Que no es suficiente, que sin amor no hay vuelta atrás. Mi hijo esta jugando mientras hablamos, ni siquiera se ha acercado cuando nos hemos visto. Hace meses que no le veo y parece haberse olvidado de mi. "es lo único que tengo...- me dice- no me lo arrebatas tampoco.

No insisto. Tal vez por miedo, tal vez por no empeorarlo.

"Kate te hecha de menos..."

"es una niña fuerte..."

Así sin mas intenta justificar su ausencia.

Unas paginas hacía delante

"Algún día, cuando kate se haga mayor, cuando sepa razonar, cuando sea mas inteligente me preguntara por todo esto. No lo entenderá. Tengo miedo a que llegue ese día. ¿que le diré? Si yo mismo me pregunto por que no hice nada. porque impedí que se marchara de esa forma. Porque impedí que no sucedieran esas cosas que deseaba para mis dos hijos. Que vivieran felices, que compartieran vivencias...tengo miedo a que me diga que le hubiera gustado dormir con su hermano, montar una tienda de campaña para los dos en vez de para si sola. Esta creciendo en la soledad que un padre como yo no puede llenar. No quiero que sea como yo.

¿Como le explicaré que he sido un cobarde porque he vivido refugiado con miedo?"

Lo devuelvo a su sitio y paso al próximo, para leer otra vez aquellas palabras que al principio intentaba no creer.

Allí entre las paginas hay una boceto, una hoja suelta.

Lo despliego. Hay un faro color rojo, en el mar, con gaviotas sobrevolando nubes densas, olas del mar rompiéndose en la orilla.

En la esquina inferior derecha hay escrito unas palabras.

"para la habitación de kate..."

"Cyndi planea decorar la casa, antes de que kate llegue a nuestras vidas. Faltan dos semanas para salir de cuentas.

"Quiero pintarle el mar"

Quiere hacerlo antes de que llegue a nuestras vidas"

Escucho el crujir de la casa por el viento, el ruido de las escaleras. Me doy la vuelta, pensando que tal vez se haya despertado y este bajándolas. Pero solo es el viento.

Me recuesto en el sofá, dejando el cuaderno en el suelo, demasiado cansado para dejarlo en su sitio. Observo el fuego a través de mis parpados, el color rojo ardiendo en mi cara, ese agradable calor que he estado esperando toda mi vida. Noto su presencia desde abajo, me llevo la mano al pecho justo cuando pienso que he estado aguantando durante años esa opresión en el pecho.

Mañana será el último día. Lo prometo. Mañana espero que el amanecer nos traiga la esperanza.

26 enero 2020

9 de la mañana

Me despierto con un leve frío en el cuerpo, la luz entra por la ventana, una luz ciega que me nubla la vista. Me levanto como puedo y me paso las manos por el rostro. Miro a mi alrededor.

Me tiembla el pecho porque lo recuerdo todo como un sueño. Subo las escaleras y entro en tu habitación.

Suspiro.

Ahí estás, de espaldas a mi, mirando por la ventana.

Antes de entrar Llamo a la puerta, para avisar que estoy aquí

—Pasa — dices, ni siquiera te das la vuelta.

Me siento a tu lado. Unas débiles arrugas te surcan los ojos, por el cansancio.

Miro tus ojos. Tu miras por la ventana.

A tu lado tienes el manuscrito, sonrió porque sé que lo agarraste a noche a hurtadillas. Por tu mirada sé que has estado toda la noche desvelada.

—¿Vendrán? — preguntas

Eso espero, pero no respondo. Agarro tu mano y cubres la mía con las dos, como un bebé en el vientre de su madre.

—¿Por qué te diriges a mi?

— ¿cómo dices?

—Si. En tu libro. Escribes como...si hablaras conmigo. ¿Por qué?

Me haces una pregunta inesperada.

—¿No te gusta?

Sonríes, como si eso fuera evidente. “Ya sabes que si” dices con tu mirada.

—Solo que...no es mi historia.

Tus ojos cambian de color, veo una oscuridad, esa que recuerdo a veces.

— ¿Sabes por qué ?— pregunto yo esta vez

Giras la cabeza, esperando una respuesta de verdad.

—Porque solo tu puedes cerrar esta historia.

Suspiras, sonríes como aquella vez que nos conocimos, cuando intentabas ocultar tu tristeza.

— Creo que yo nunca podré cerrar esta historia.

Me giro y miro a la pared, ese faro con las olas extendidas.

—¿Lo recuerdas?

Tu, kate, ion y yo mismo con los pinceles en la mano. Dibujando sin parar hasta el anochecer, hasta que no quedaba luz en el cielo. El cielo, el mar y el faro para Kate, hecho realidad.

—Hiciste una promesa que no se puede cumplir. — Tiembblas.

—Lo sabremos hoy, o tal vez mañana o...

—No creo que vengan.

—Yo creo que si.

Sé que piensas en esas palabras, cuando Kate nos dijo esas palabras: “hay que saber cuando volver a casa”. Te miro. Han pasado diez años. Tan rápidos que ni lo hemos visto. Te fuiste, seguiste adelante, otra ciudad, otro trabajo, otros amigos...intentaste escapar, del sufrimiento, de tu hermano...por miedo.

Quiero decírtelo, quiero decirte que tú todavía no te has dado cuenta, decirte qué...

—...Falta poco.

—¿Para qué?

—Para volver a casa.

Derramas lágrimas. Esa es la promesa. Te sientes como si en tu cuerpo lo estuviera viviendo una persona diferente, una persona que no eres tu. Deseas volver a verlos, abrazarlos. Incluso a ella. A pesar de saber que el perdón es un palabra que algún día esperas comprender, encontrar. Por otra parte solo deseas alejarte. Tienes miedo de sentir otra vez. Este mundo tan injusto te ha engañado, te ha obligado a abrir tu corazón para que vuelvas a amar y arrebatártelo.

Piensas en la muerte y crees que es tu enemiga, una enemiga contra la cual nunca podrás luchar.

Te mueves a escondidas, obligándote a pensar que amar menos es sufrir menos. ¿Pero como olvidarte de tu hermanito?

—Tengo miedo...mucho miedo.

—Lo sé.

Se lo que es tener miedo, de perder a alguien.

Alain, mi padre, mi abuela, Ada...

Todavía tengo su mensaje escrito en ese papel, cuando me dejó, me abandonó. Ada siempre estaría subida en su furgoneta, sin destino, mirando en el horizonte, sin detenerse. Intento respirar sin que las lagrimas me ahoguen. ¿Cuántas veces he leído esa nota intentando encontrar algo más, como si tuviera que descifrar un secreto oculto?

Dejo a un lado a los muertos que me acompañan. De alguna forma pienso que esta es mi historia, por que sin mí no podría mantener su memoria, sus recuerdos. Al fin creo que no estoy solo, que sus recuerdos me acompañan vaya donde vaya.

— Deberíamos volver abajo y preparar las cosas. Antes de que mi Madre y Kate vengan.

Al menos se que ellas dos vendrán.

Te levantas sin ningún esfuerzo, como si hubieses esperado a que lo ordenase. Antes de salir te volteas y miras la casa.

—Es un milagro que después de tanto tiempo la hayas conseguido. No es

fácil que algo que una vez fue tuyo vuelva a ti.

Si. Hemos vuelto al mismo sitio, aquella vez en la que tuvimos que enfrentarnos a la verdad, a la realidad. Esta casa encantada, como un paso, como un portal que a la vez te atrapa y no te deja salir.

De alguna forma, solo ahora comprendo mejor a Alain. Esa casa tenía demasiadas historias y recuerdos. Siento que de alguna forma ese niño que yo era siempre estará aquí. Y lo busco, para que me explique las cosas que vio sin darse cuenta, lo que hizo mal, lo que hizo bien...

Me quedo mirando por última vez el manuscrito. No sé como continuar, como escribir cuando Ada me dejó. Releeó el mensaje. Y es entonces cuando caigo en ello, en ese secreto indescifrable. Aquella noche en que la conocí, debajo de la lluvia, cuando subí a su furgoneta. Nunca le pregunté que hacia esas horas por la carretera, su hermanita durmiendo detrás, entre maletas y bolsas...y entonces lo entiendo. Ahogo un grito porque ahora lo entiendo. Yo impedí que se fuera. Porque me conoció.

Pienso en todos esos años, días y segundos que estuvo allí por mi, como el ángel de la guarda. Esperando el momento oportuno para irse, el momento oportuno para mi, para no estar solo. No creo en el destino, creo en las personas como ella, que lo dan todo y no esperan recibir nada a cambio.

26 enero 2020

11 de la mañana

Estamos esperando. Sentados delante de la chimenea pero con nuestros cuerpos volteados, mirando a través de la ventana que esta a nuestra espalda. El reloj suena y me digo que falta poco. He aprendido a ver las cosas antes de que sucedan.

Esta historia, mi historia empezó cuando encontré el diario. Y he estado esperando...Hemos estado esperando diez años para que la historia empiece a renacer. Porque las historias nunca terminan, sino que mueren y reviven, se queman para volver de sus cenizas. Estamos cerca del principio.

—De acuerdo.— dices

Te miro, mientras observas atentamente a través de la ventana.

—Escribiré.

No digo nada, suspiro.

—No dejo de pensar en él. En como me hablaba de tí, en como me dijo que nos encontraríamos.

Asiento. Pensando en esa noche, en lo que debió ser y no fue.

De una invitación con el sobre color crema. Yo acompañado de mi abuela, ella acompañada de Alain. Nos habríamos conocido de forma diferente.

— ¿Pero que hay de nuestra historia?— acaricias los dedos de mi mano, uno a uno. Siento una pequeña chispa de electricidad.

—¿Qué historia?— sonrío. Me hago el tonto.

Se cuando las cosas van a empezar antes de que sucedan, he aprendido a ver más allá. Sé por qué te marchaste, de todos estos años entre miradas, jugando los dos a escondidas, yo cuidando de mi madre, sin tiempo, sin mi vida para dedicarte. Y se que algún día sabré como son el sabor de tus labios, la caricia de estos en mi mejilla de una forma que nunca he llegado a sentir. Del contacto de tus ojos en las partes mas desagradables de mi cuerpo y de mis ojos en todas esas cicatrices que has arrastrado desde que te conozco. Se que algún día nos miraremos desnudos uno al otro. En todos los sentidos. Que nos acercaremos lo suficiente para compartir nuestras oscuridades, pero sobretodo nuestra luz. Pero no hoy. Hay que cerrar cosas para empezar de nuevas.

He sentido lo que es amar de una forma que no podré jamás comprender. Te miro y creo que cuando sea viejo entenderé mejor lo que es ser joven. Lo mucho que te he amado casi en silencio sin saberlo yo mismo.

Ahora veo a Alain y se que le temo a la perdida, a perderte.

Una mancha oscura se mueve en la pureza de la nieve. Se acerca a nosotros, lentamente, levantando una fina capa de nieve.

Decido observar todo eso a través de tus ojos. Se abren, y brillan como una flor en primavera. Leo una chispa, una chispa que tenemos todos los humanos en los ojos. Aquella chispa que nos hace estar vivos. Ha vuelto. Has vuelto.

Me miras como si me debieras algo. Las lágrimas surcan tus ojos y te levantas hacia la puerta. El coche se detiene.

Allí estas. Ojala él pudiera ver lo que ha conseguido.

Por un momento sales al porche, sin bufanda, sin chaqueta. Veo ese calor que sale de tu cuerpo en forma de vapor al suspirar. Te acercas a tu hermano, sentado en silla de ruedas. No hemos hecho el camino para que pueda deslizarse sobre él. Pero da igual, nada impedirá que llegue hasta ti. Ni siquiera la muerte. Miras a tu hermano, cada vez más frágil que siempre será pequeño a tus ojos, miras a tu madre de la forma en la que una niña perdida se reencuentra con lo que perdió hace tiempo atrás. Bajas descalza a pesar del frío, corres hacia ellos para refugiarte en su calor.

4

Arlete, 26 de enero 2020

Una niña que no soy yo corre por los senderos de un bosque desconocido, corre como si la vida le fuera en ello. A pesar del temor a caerse y romperse.

En ese momento cree saber quien es. Es la muñeca de porcelana frágil. Y aun así corre tan rápido como los pies descalzos pueden aguantar.

Sabe que si se detiene se romperá, llorará y se quedará tendida en el barro.

La música llega antes de que pueda ni siquiera escucharla.

Se alza mas allá de su garganta sofocada, de las hojas pisadas haciendo ruido bajo sus pies.

La música le dice que ha llegado.

Se adentra en un jardín donde la gente bebe para olvidar. Alguien la mira apenas unos segundos, sin saber muy bien quién es... Y se olvida incluso de que la ha visto.

Parece extraño porque ni siquiera ella sabe quién es. se sirve una copa, dos, una tercera...mientras piensa en ti, mientras recuerda como la

abrazabas.

Tus ojos tristes, tus arrugas en la comisura de los labios... tu pelo desenredado cuando te quitabas el sombrero...

Baila entre una multitud de apariencia feliz. Es fácil sonreír cuando uno se lo propone.

Intenta no caerse al suelo, tal vez ya ha bebido suficiente. Se mueve de un lado a otro hasta que recuerda por que está aquí.

Quiere creer que en algún momento lo encontrará. Y si no lo hace tal vez él la encuentre a ella. Lo necesita, para saber que la historia continua, que no termina allí...

Es difícil escribir después de saber que nunca vas a volver a contestarme.

Me pregunto en lo último que pensaste antes de morir...

Pienso en la última vez en la que hablamos. Cierro los ojos, mientras la gente pasa a mi alrededor, moviéndose, siento que me rozan la piel. Pero yo no estoy allí... No recuerdo la ultima vez que te vi, pero siempre recuerdo esa vez, cuando volviste de esa casa... cuando volviste a mi.

Vuelves a mí, llegas de muy lejos, te has dio sin decirme nada. Pero te acercas más a mí y me abrazas. Y por el momento eso me basta.

Me siento triste y empiezo a llorar. Y al fin ha sucedido lo que tanto esperaba.

La niña de porcelana al fin se ha roto, esparciendo su cuerpo entero por todos lados. Cansada. La niña frágil, que podía destruirse fácilmente en pedazos...¿que le queda ya? ¿una vez rota puede volver a romperse?

¿Que pasa una vez rota?

"Creo que...no puedes volver a romperte" es lo único que dices, porque lo sabes muy bien.

¿ Que voy a hacer? ¿que haré cuando no esteis aquí?

"Estaré aquí. No te preocupes. En los momentos duros, cuando lleguen, me romperé por tí, te lo prometo."

Nunca dejaremos de llorar te digo. Entonces me miras y me dices: Tal vez algún día aprendamos, aprendamos a llorar.

Y ahora estoy otra vez en ese jardín, con esa multitud bailando y bebiendo, abro los ojos y veo la sombra de un chico. Esta delante de mí, mirando algo que tiene en su mano. Tiene una foto y no deja de observarla. Cuando alza sus ojos me mira como si hubiese visto un fantasma. Sonríe. No sé si lo hago con los labios o con los ojos, pero sonrío. Por que sé que es él. Por que me mira de esa forma en la que tu me mirabas cuando no sabias que hacer o decir...

En ese momento pienso en esas últimas palabras, lo que dijiste. Que algún día aprenderíamos a llorar. En ese momento no lo entendí. Llorar es llorar.

Empiezo a caminar hacía él, ahora ya lo sé, se que hay mucho por aprender, quiero decirle que esto es solo el principio. Lo se justo cuando recuerdo a esa niña que se detiene delante de él y ve sus ojos brillar. Lo sé cuando sonrío mientras el rostro me cubre de lágrimas. Cuando la niña cree que nada volverá a ser igual, por que es la verdad. Quiero decirle a esa niña que sale asustada, que se va, que se adentra otra vez en la oscuridad de ese bosque que algún día volverá a ver la luz del sol. Que ese no es el final, que no tenga miedo.

Y ahora vuelvo al tiempo, bajo los escalones y abrazo a mi hermano. Escucho su débil corazón latir. Y tengo miedo. Oigo sus latidos pendiente de que no se pare.

Pero como dijiste una vez estoy aquí para abrazar el dolor.

Si. En ese momento vuelvo a ver esas versiones de mi, esa niña que corre y atraviesa el bosque, que desde ese día no dejó de correr para volver a mi, esa niña que recuerdo tan bien. Quise apartarme de ella, ahora quiero que vuelva. Quiero que se acerque, que forme parte de mi.

Siempre lo ha hecho.

Siento como se funde en mi, al ver a mi madre, sonriéndome.. ¿La abrazo a ella o ella me abraza a mi? No lo sé. Pero lo que si sé es que las tres juntas abrazamos a mi hermano.

Somos frágiles, muy frágiles. Abrazo a mi madre, los abrazo y cuando veo que la vista me nubla me parece como un sueño verte allí de pie, en las escaleras, joven, con una sonrisa.

Me digo que sois diferentes, pero se que algo de ti permanecerá en ese muchacho que un día me hizo una foto. Extiendo mi mano fuertemente, le pido que venga hacía mi.

Veo una chispa que esta a punto de extinguirse, en sus ojos. No pienso

permitirlo. He visto esos ojos. Te veo a ti allí mismo.

Cuando se acerca a mi, sus lagrimas se unen a las nuestras. Sé que todo saldrá bien.

Querido Alain...me gustaría describirte esta casa, estos rincones tristes, el ruido de la madera gritando por tu ausencia, el viento susurrando el silencio, el mundo sin ti...

Me gustaría escribírtelo y se que si pudieras escucharlo lo entenderas. Solo puedo decirte que ...

Lo sé. Si, lo sé, porque tú mismo, sin saberlo, en un tiempo en el que yo no sabía... me enseñaste a llorar.